SANTUARIO vegan

Laura Luengo y Eduardo Terrer

Solo les falta hablar

Historias que demuestran cómo aman y sienten los animales

mr

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Introducción de Laura
Introducción de Eduardo
Los recuerdos de Laura
- Koke. Unos ojazos que conquistan
- Ricki. La vida vale la pena
- Moni. Las ganas de vivir
- Yoko y Lennon. Un milagro de Navidad
- Peche. Una perra de rehala hiperactiva
- Carmen. Ochenta mil firmas para salvar una vaca
- Linda y Dulce. Dos vidas con un triste final
- Sakura. La ilusión por seguir adelante
- Avellano. El caballo sumiso

Los recuerdos de Eduardo
- Mel. Una historia de amor y liberación
- Luna. El cielo es un prado verde
- Galicia y Pablo. Encuentros mágicos
- Haize. Confianza ciega
- Vanesa. Una segunda oportunidad
- Little Blacki. Una hazaña inspiradora
- Marius y Leo. El lenguaje del corazón
- Napo y Flor. Amor de verdad
- Fresno. El caballo olvidado

Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

El caballo Fresno, el toro Marius, el pollito Little, la cerdita Sakura, la cabrita Gali y otros muchos protagonistas de *Solo les falta hablar* se convierten en estas páginas en amigos con nombre propio. Amigos que, igual que tú, aman, sienten y sufren y cuyas emotivas historias nos replantean una nueva conciencia mucho más empática y solidaria.

Todos ellos han tenido una segunda oportunidad gracias a Santuario Vegan y al gran amor y entrega de Laura y Eduardo. Historias de amor, amistad, superación que provocarán en el lector una nueva comprensión hacia estos animales tan desconocidos y olvidados por la sociedad.

SANTUARIO vegan

Laura Luengo y Eduardo Terrer

Solo les falta hablar

Historias que demuestran cómo aman y sienten los animales

mr

Este libro está dedicado a los animales
que pasaron por nuestras vidas.

A Peche, a Moni, a todos los que estuvieron
y nos enseñaron a amar, a cuidar, y el
verdadero sentido de la palabra vivir.

A quien me inspiró en el camino.

A Edu, a Sonia, a Carmen, a Iván,
a Aitor, y a los que me apoyan.

A las voluntarias que nos han ayudado
a lo largo de los años.

A las personas que dedican su día
a día a proteger a los animales.

Introducción

Me llamo Laura y, junto a mi compañero Edu, creé el primer Santuario para animales de España que rescataba y daba una segunda oportunidad a esas víctimas invisibles de la explotación animal.

Desde el principio tuve dudas, muchas más que mi compañero. Al contrario que él, yo ya llevaba años haciendo voluntariado en protectoras de perros y gatos, ayudando a animales «callejeros» y participando activamente en el mundo de la protección animal.

Cuando empezamos el Santuario Vegan, tenía treinta y dos años, diez de los cuales siendo vegana. Y desde los dieciocho ayudando a los animales. Por ese motivo tenía muy claro el peso y la responsabilidad a la que nos podíamos enfrentar si decidíamos iniciar un Santuario.

Cuando rescatas a un animal tienes que cuidarle. No tiene sentido sacar de un apuro a alguien para dejarle en otro lugar igual o peor. Cuando ayudas, tiene que ser para mejorar su vida. Y es por eso que es tan duro ayudar a otros. Y da igual que hablemos de humanos o no humanos, porque al final es muy parecido. Renuncias a una parte de tu vida, esa en la que te refugias, tu espacio personal, y lo entregas a quienes tienen menos que tú.

Además, ya sabía muy bien cuál iba a ser uno de los problemas a los que nos íbamos a enfrentar. Porque un perro o un gato, cuando les abandonan acaban, con suerte, en una protectora de animales. He estado en muchas, y siempre suelen estar pensadas del mismo modo, de la manera que más sentido tiene.

Una protectora está concebida como un lugar de paso, porque el objetivo es darle a ese perro o gato un hogar. Porque todo el mundo sabe que donde mejor van a estar es en una casa con una familia que se responsabilice de ellos. Por tanto, una protectora asume una responsabilidad limitada sobre cada animal rescatado, aunque si este tiene mala suerte, nunca nadie le adoptará y pasará allí su vida, la cual no será la que más le hubiese gustado tener.

Pero un Santuario no era eso, y es algo que ya sabía. Un Santuario es un lugar donde los animales van y no salen. Es su lugar. Es su hogar. Porque los santuarios solo existen para animales que, si consiguen ser rescatados, no tienen otro sitio dónde ir, ya sea por sus propias condiciones o porque la ley no lo permite. Porque es posible que no os hayáis parado a pensar, o que no sepáis, que una vaca, un cerdo o una oveja no pueden vivir en una casa con jardín con una familia. La ley les contempla como cosas, como productos, así que no les permite vivir más allá de la granja que les explota —y les envía después al matadero— o el propio matadero que pone fin a sus vidas.

Así que figurad lo que me venía a la cabeza cuando me pensaba en un refugio con cientos de animales como ovejas, cerdos o vacas —que algunos de ellos pueden llegar a vivir más de veinticinco años— y siendo yo la persona responsable de ellos. Porque asumir ese papel, esa responsabilidad tan inmensa, es algo que te ata de por vida.

Pero ya os podréis imaginar lo que sucedió. Las circunstancias fueron las que fueron y yo soy como soy, así que, mirado en retrospectiva, me doy cuenta de que era inevitable. Quizás estuviese predestinada o quizás es algo que siempre quise hacer. Sin darme cuenta, y envuelta en una vorágine de acontecimientos, de rescates y de intentar salvar, atender y cuidar a animales de los que apenas sabía nada, me vi trasladando sesenta vidas a Madrid para empezar allí este proyecto.

He cambiado mucho desde entonces. Todos hemos cambiado. Y he aprendido mucho también. He entendido que los animales nos necesitan y que los santuarios son la piedra angular de un movimiento que defienda sus derechos. He

entendido que aunque luchemos por los animales, lo hacemos envueltos en una lucha más global por la justicia, la empatía, y por un mundo mejor para todos. He aprendido que hay que ser valiente y no dejarse intimidar por nadie, porque tus compañeras, los animales del Santuario y los que están fuera, dependen de eso. De ser valiente, de luchar y no conformarse con algo cuando consideras que es injusto.

Un Santuario no es solo un refugio y no es solo un lugar lleno de historias increíbles. Un Santuario es una lucha contra un sistema. Es rebelarse para mostrar que podemos relacionarnos con los animales de una forma diferente. Un Santuario es una visión que cuestiona todos los principios y leyes sobre los que se sustenta el planeta en el que vivimos, que explota y mata a miles de millones de animales cada día. Un Santuario es una historia en sí misma, en la que coges un pedazo del mundo y le cambias las reglas. Y ahí dentro, en ese lugar protegido, los animales, por una vez, son los jefes y los que importan. Y los humanos que allí estamos trabajamos para ellos, para garantizar su seguridad, su bienestar y su felicidad.

Y nos dejamos la vida en luchar para que cada vez haya menos animales fuera, en la sociedad en la que se les considera meros recursos, y pasen a este pedacito de lugar en el que son alguien. Y pueden intentar frenarnos o boicotear nuestro trabajo, ponernos trabas e impedimentos. Pero no lo van a conseguir.

Empezamos el Santuario teniendo claro que era una lucha para proponer ese otro mundo lleno de empatía, respeto y amor, y sabíamos que íbamos a tener enfrente a la Administración, a los *lobbies* de explotación animal y a muchísima gente que quiere que a los animales se les siga tratando como hasta ahora.

Pero eso no va a ocurrir. Ya sabéis eso de «podrán cortar todas las flores, pero no detendrán la primavera», ¿no? Pues creo que los Santuarios somos la avanzadilla de esa primavera y veremos florecer ese nuevo mundo, o haremos todo lo posible para que lo vea quien venga después.

Un Santuario es un camino hacia un lugar más bonito para todos, y os invito a que lo recorráis con nosotros.

Me llamo Eduardo y, junto a mi compañera Laura, creé el primer Santuario para animales de España que rescataba y daba una segunda oportunidad a esas víctimas invisibles de la explotación animal.

En ese momento no sabía bien cuál iba a ser nuestro trabajo. Íbamos a ciegas, con la única referencia de un Santuario en Estados Unidos que tenía ochenta trabajadores y más de mil animales en sus tres refugios. Pero ya sabíamos que Estados Unidos era otro mundo y que allí la gente daba mucho más apoyo a las ONG que ayudan a los animales. Así que, sencillamente, empezamos a hacer lo que sentíamos y lo que, en realidad, supuso un cambio que inspiró a muchísima gente a hacer lo mismo: salvar animales y contar sus historias.

La diferencia que creamos, ese cambio, era que un Santuario dejaba de ser un lugar enorme, con praderas infinitas entre montañas, con naves de madera para animales y muchísima gente visitando ese lugar. Un Santuario dejaba de ser un lugar para pasar a ser un verbo, una acción. Rescatar, liberar, curar y dar una segunda oportunidad a los animales que habían sido víctimas de la cruel y brutal industria de la explotación animal. Es decir, un Santuario no era un lugar donde vivían animales rescatados, sino que, en realidad, un Santuario eran las vidas de esos animales rescatados.

Poco a poco nos fuimos dando cuenta de que cada rescate convertía en «alguien» a un animal al que nos enseñaban a ver como «cosas», como alimento. Cada animal rescatado venía de una situación terrible en la que su destino era la muerte. Y, por uno u otro motivo, llegaba una oportunidad para él. A veces por un familiar del ganadero, o un amigo, que sentía pena o empatía por ese animal y quería salvarle. Otras, por una

denuncia o, como suele ser muy habitual, porque un animal dejaba de ser útil a su explotador y lo desechaba como si fuese basura. Y no es una forma de hablar. Así que empezamos a entender la esencia de lo que hacíamos, de lo que para nosotros era un Santuario: un lugar donde nacen historias, donde se da visibilidad a las víctimas invisibles de la ganadería. Donde pasan de ser algo —un «producto», una «materia prima»— a ser individuos, únicos e irrepetibles, con sus deseos, sus miedos y su anhelo de vivir y hacerlo en libertad, cuidado y rodeado de paz, cariño, y una familia.

Las historias tienen un poder enorme, eso ya lo sabemos. Y cuando no solo las escuchas sino que las vives, te das cuenta de todo lo que hay detrás. Y sientes una necesidad imperiosa de contarlas.

Fundación Santuario Vegan está llena de historias. Algunas son terribles y otras entrañables. Algunas te llenan de tristeza y otras de alegría. Son la vida de esos animales que vinieron al mundo con la fecha de su muerte señalada antes de nacer. Esos que nunca llegan a ver el sol o a sentir el aire limpio hasta que les meten en el camión que les lleva al matadero.

Son el cambio, la fortuna, la oportunidad de unos pocos a los que el destino, o el azar, salvaron. Y que pueden tener la vida que todos los demás desearían. Eso les convierte en embajadores de una causa, en representantes de todos los que no podrán salvarse.

Sus historias inspiran y muestran al mundo cómo son en realidad esos animales. Enseñan a la gente que no son diferentes a un perro, a un gato ni a nosotros mismos. Que solo quieren vivir y ser felices. Sus historias son la llave que abre muchos corazones a esta otra visión del mundo en el que nos relacionamos con los animales a través de la empatía y el amor. Sus historias son, para nosotros, el motor que nos inspira y motiva cada día a seguir luchando y salvando vidas. A darles esa segunda oportunidad en el Santuario.

Este es un libro basado en sus historias, las de esos animales que hemos rescatado, que hemos conocido y que nos han enseñado tanto. Animales que nos han hecho abrir los ojos a otra realidad más bonita, más pacífica y más inspiradora.

Vais a conocer a animales de diferentes especies que quizás nunca os parasteis a pensar en que tuviesen sentimientos y anhelos. Ni que fueran cariñosos o les encantase que les diesen un abrazo o un beso. Son algunas de los cientos de historias que hemos vivido durante más de diez años y que nos han dejado una huella para toda la vida.

Gracias por acompañarnos y abrir vuestros ojos, mente y corazón a los animales.

❁ ❁ ❁

Los recuerdos de Laura

Koke. Unos ojazos que conquistan

Empezamos el proyecto de Fundación Santuario Vegan en junio de 2011, pero aún estábamos en Valencia, en una casa pequeña con poco terreno.

Desde entonces estuvimos buscando una finca que nos permitiese rescatar más animales, con mucho espacio para pasto y parques. Y encontramos una en Madrid a finales de año.

La mudanza la hicimos a una velocidad increíble, haciendo viajes durante tres días sin parar mientras yo me quedaba en Madrid y Edu iba trayendo a los animales.

Cuando por fin nos instalamos, respiré tan profundo que dormí del tirón por primera vez en semanas. Esa mañana, la del 2 de enero de 2012, me desperté y hacía muchísimo frío. Estaba todo helado, pero el sol lucía radiante en el cielo.

Hice una ronda rápida para ver que todos estaban bien y al llegar a las ovejas, las cuatro que habíamos traído, me entraron unas ganas irrefrenables de rescatar animales.

Había muchísimo terreno en comparación con lo que teníamos en Valencia y me di cuenta de que por primera vez en mi vida estaba en un lugar que era para eso. Ya no era la casa de mis padres ni tenía que intentar convencerles para que me dejasen quedarme con un gato que había encontrado abandonado. No era tampoco una casa de alquiler en la que apenas podía rescatar animales por el miedo a que la propietaria se enfadase y rompiese el contrato. No, esta vez estaba en un lugar que me parecía enorme —luego me di cuenta de que no era tan grande, ni mucho menos— y que

habíamos alquilado para rescatar animales.

Y esa sensación, ver las ovejas bajar corriendo desde lo alto de una colina a saludarme, el sol llenando todo de alegría y el olor a campo, puro campo, me hizo sentir por primera vez que podría ser fiel a mis principios. Y que si creía que un animal necesitaba ayuda, podía ayudarle.

❁ ❁ ❁

Siempre me han despertado muchísima curiosidad los cerdos. Por algún motivo que desconozco, quizás porque me recordaban a los perros pero con diez veces su peso. Sentía que iba a tener una conexión especial con ellos.

Un día, buscando proveedores de alimentación para animales «de granja» en una web de anuncios clasificados, vi un anuncio que me llamó la atención. Decía que vendían crías de mezcla de cerdo y jabalí para entrenar perros de caza.

Me quedé helada solo de pensarlo. Pero, aún más, que el anuncio dijese eso de forma tan directa, de forma tan brutal. Bebés para que se los lances a perros desesperados y que los despedacen para que, cuando huelan algo parecido, ya sepan qué tienen que buscar para matar.

Durante un par de días no me lo podía quitar de la cabeza.

Me imaginaba a esos bebés acurrucados en brazos de alguien que les cogería de una de sus patitas y jugaría con los perros a ver quién lo enganchaba con la boca mientras ellos gritarían aterrados llamando a una madre que nunca aparecería. Ni una película de terror me parecía más aterradora. Así que al tercer día llamé por teléfono. No lo pude evitar. Y no tenía ni idea de lo que le iba a decir.

Me cogió el teléfono un chico joven, algo que no me esperaba. Hasta parecía agradable. Era increíble pensar que esa persona tuviera animales para tal fin, para matarlos de una manera brutal. Le pregunté por el anuncio y me dijo que sí, que había tenido, pero que ahora ya solo le quedaban dos y que eran los más pequeños de la camada. En ese momento le mentí. Le dije que le llamaba de una granja escuela, que estábamos empezando. Que no teníamos dinero apenas y problemas con los permisos. Le dije también que creía que al ser cruce de cerdo y jabalí me pondrían menos problemas para tenerlos.

He de reconocer que fui muy convincente. No soy una persona que le guste mentir porque, honestamente, prefiero ir de frente. Pero es que cuando le escuchaba hablar imaginaba a los bebés en sus manos y no podía evitarlo. Necesitaba sacarles de allí.

Finalmente le convencí de que los cediese y le dije que en dos horas estaría allí. Y así lo hicimos. Fuimos, nos recibió, seguí siendo muy amable y cuando tuve a los bebés en mis brazos, salimos tan rápido como habíamos llegado.

Con tantas prisas no les había prestado atención, pero una vez que el coche se alejó lo suficiente y me relajé, paramos, me senté detrás con el transportín en el que viajaban, abrí la puerta, metí la mano y cogí a uno de los dos, al que estaba más quieto.

¿Habéis sentido alguna vez el amor a primera vista? Yo lo sentí en ese momento. Tenía en mis manos, cogido como por las axilas y con sus naricita casi pegada a la mía, un cerdito que me cabía en la palma.

Sus ojazos eran supertiernos, el pelo a rayas —como un rayón, cría de jabalí— y una naricita rosa, suave y preciosa. Estaba muy asustado, totalmente inmóvil. Pero le miré y le

prometí que cuidaría de él hasta el fin de sus días.

Le llamamos Koke y a su hermano, Eneko.

Al llegar a la finca les dejamos en una jaula de transporte para perros con mantas y una bombilla de calor, en el salón de la casa. Cuando les metimos dentro, se acurrucaron juntos y se taparon con una manta. Estaban asustados, pero era de las imágenes más tiernas que he visto en mi vida. Tenían el cuerpo pegado al suelo, con sus cabezas juntas, como intentando que no se les viese. Sus orejas, en cambio, estaban erguidas y apuntando a cada sonido que escuchaban.

Entonces se acercó Carmelo, un gato increíble que habíamos rescatado dos años atrás y que tenía inmunodeficiencia felina. Carmelo era muy cariñoso con los demás animales. Él se aproximó a la jaula, miró dentro, vio a los bebés, las mantitas y la bombilla de calor, y no lo dudó. Entró y se tumbó con ellos. Y aunque parezca una tontería, eso hizo que a los pocos minutos se relajasen y empezaran a perder el miedo.

Yo les había dejado la puerta abierta con la esperanza de que saliesen cuando se sintiesen preparados, pero se quedaron en la jaula cerca de Carmelo.

Como eran bebés y los bebés tienen que comer y además hacerlo cada poco, les preparé una papilla especial y se la acerqué. Al principio no tuvieron mucho interés pero cuando cogí a Koke en brazos y acerqué el plato a su naricita, empezó a olerla, a mover su preciosa colita y, acto seguido, a comer. Bueno, sería más correcto decir a bañarse en la papilla. Porque aunque el plato era bajito, metió sus pezuñas delanteras y casi se tumba encima.

Si te llama la atención que diga naricita, colita, pezuñitas, es porque no has tenido un bebé de cerdo en brazos. Porque si alguna vez tienes esa inmensa fortuna y le tocas las pezuñas, le miras la cola o le acaricias la nariz sentirás exactamente lo mismo. Es una ternura indescriptible.

Lo bueno fue que cuando Koke empezó a comer y hacer ruidos de cerdo pero en formato bebé, Eneko se levantó corriendo y se puso a su lado. El resultado era el que cabría esperar, que volcaron el plato, que terminó todo hecho un

desastre, ellos con papilla hasta en las orejas, pero sus pancitas llenas. Y mi corazón a punto de explotar de amor mientras les limpiaba.

La segunda vez que cogí a Koke, cuando le estaba limpiando, me volvió a mirar y se relajó. Y de nuevo me quedé mirando a esos ojos que me transmitían tanto. Era la segunda vez en mi vida que tenía a un cerdo, a un bebé de cerdo, tan cerca. Y nos mirábamos mutuamente. Y es que no os puedo esconder algo: Koke fue mi cerdo favorito, si es que tal cosa puede suceder en un Santuario.

❁ ❁ ❁

He amado a muchos cerdos. Amo a todos porque me fascina cómo son, su modo de ver el mundo, lo incomprendidos que son, lo rudos y a la vez tiernos, la manera que tienen de verte como un igual y nunca someterse, su inteligencia increíble y cómo reflexionan y deciden. Pero, sobre todo, la forma en que te reconocen, te saludan y te muestran cada día que te quieren.

Porque a un cerdo no te lo ganas como a un perro. A los cerdos te los ganas como a los gatos. Siendo cariñosa, constante y predecible. Sin tener reacciones desproporcionadas o agresivas. Si se hace eso, olvídate de que él te quiera o te respete. Si le gritas a un cerdo no te verá como a una amiga.

Y Koke fue mi primera conexión y el más cariñoso que he conocido. Y el que más me quiso. Yo fui la madre de Koke y de Eneko. Estaban dentro de casa y me ocupaba de ellos cada día. Les vi correr de un lado a otro como locos, disfrutando como es raro ver a alguien disfrutar. Disfrutando como lo hacen los demás animales.

Corrían y se resbalaban y se volvían a poner de pie, mirando a su alrededor de una forma que me hacía muchísima gracia. Parecía que mirasen a todas partes para asegurarse que nadie les había visto. Pero en realidad era algo más triste que eso. Tras una carrera, y siendo bebés, cuando se caen se aseguran de que no haya cerca ningún depredador o alguien que les quiera hacer daño. Esto lo aprendí viéndoles jugar por

el salón, y cada vez que les veía así, me acercaba, les susurraba cosas bonitas y les rascaba la barriga, que es lo que más les gusta a los cerdos.

Cuando eso ocurría Koke me miraba y empezaba a tumbarse de nuevo, pero esta vez con muchísima suavidad. Y comenzaba a «ronronear» como lo hacen los cerditos, con unos gruñidos pequeños con tono de bebé.

Poco a poco fue creciendo. A los dos meses ya eran de un tamaño suficiente como para que durmieran en el porche, porque, además, ya no hacía tanto frío. Y como acabábamos de rescatar a Javi, un ternero recién nacido, dormían los tres juntos, muy pegados, y se daban calor.

Se hicieron buenos amigos, aunque la relación de un toro y un cerdo no es la mejor que puede haber, por la diferente forma que tienen de comunicarse y su energía.

Cuando superaron los ciento cincuenta kilos de peso, se fueron a otra zona. Yo iba siempre a verle y él me saludaba y venía a tumbarse a mi lado. Lo hacía para que le rascase, pero también porque le gustaba estar así. Solo lo hacía él, y yo, sinceramente, me sentía especial.

Koke siempre fue un poco más débil que Eneko y más tranquilo. Tuvo un cólico y algún problema menor, pero sus articulaciones sufrían algo más. Koke era el cerdo que conquistaba a todo el mundo en las visitas cuando las hacíamos. Porque era muy listo y le encantaba saludar como lo hacen los cerdos, abriendo la boca y emitiendo el sonido que solemos identificar como el oink, pero que, cuando saludan, lo hacen muy rápido, y era cuando yo le acercaba mi nariz a la suya y le daba un besito en ella. Y al hacer eso, Koke se tumbaba para que le rascase la barriga.

Tener un amigo de trescientos cincuenta kilos es alucinante, aunque luego te acostumbres. En el Santuario pierdo la noción del tamaño y sus referencias. Cuando estás con vacas y caballos, los cerdos pasan a parecerte pequeños. Pero cuando te tumbas sobre uno de ellos o al lado, te das cuenta de lo grandes que son. Y de lo gentiles y cuidadosos cuando apoyan su cabeza en tu regazo. Al hacerlo, no notas su peso. Normalmente no eres consciente de lo grandes que son

hasta que un día no pueden levantarse y les tienes que ayudar. Y así fue como empezó mi despedida de Koke. Una noche de 2017 le costó levantarse y no sabía por qué. Estaba apático. Me saludaba, pero con los ojos entrecerrados.

Tras valorar la situación decidimos llevarlo al hospital. Nos costó muchísimo que entrase en el remolque porque él no se levantaba y había que hacerlo con la máquina. Yo estaba muy nerviosa porque no quería que se asustase de mí. Solo quería ayudarle. Casi me temblaban las piernas de verle así, pero tenía que ir al hospital.

Finalmente le llevamos y se quedó ingresado. Vino Pablo, nuestro veterinario de cerdos y aves, para asesorar a la veterinaria responsable, ya que ella tenía conocimiento de caballos y de rumiantes, pero poco de cerdos. Estuvo con tratamiento de suero, antibiótico, antiinflamatorio y todo lo que recomendó Pablo.

Por la noche me costó muchísimo despedirme de él. Estaba en un hospital y esperaba que todo fuese bien. Esa mañana no había ocurrido nada extraordinario que pudiese llevarme a pensar que era algo grave lo que le pasaba. Pero tenía un mal presentimiento.

Cuando me acerqué a despedirme, estaba tumbado y tapado con una manta que le había llevado. Tenía los ojos apagados, pero me miró. Y vi a ese Koke de cuando era un bebé. Vi esos ojos que me miraban y, no sé si lo imaginé o fue real, que me daban las gracias. Empezó a caerme una lágrima porque no sabía si solo estaba débil o se estaba despidiendo de mí. Intenté que no se diese cuenta.

Estábamos solos en el box. Le sonreí y le dije cuánto le quería y que en nada estaríamos de vuelta en el Santuario, y él volvería con su hermano Eneko y su amigo Lemmy.

Me saludó como siempre hacía, abriendo la boca y con esos sonidos rápidos. Le abracé y le susurré lo que quería, y le pedí, por favor, que no se rindiese, que le necesitaba. Le besé en sus preciosos mofletes mil veces Y luego le di el beso que siempre le daba en la nariz. Él me siguió con la mirada mientras salía de allí. En la puerta le volví a decir que le quería.

Y cerré la puerta pensando que a la mañana siguiente

estaría allí a primera hora para darle fuerzas. Pero al alejarme dos pasos, algo dentro de mí me dijo que quizás esa sería la última vez que le vería.

Y así fue.

De madrugada, sin poder pegar ojo, recibí la temida llamada de la veterinaria que no quería que llegase. Y me confirmó que Koke acababa de morir. Me mantuve fría para decirle que le hiciese la necropsia. Ella me dijo que lo sentía. Había visto la conexión que teníamos y la noté sincera y profundamente apenada. Le dije que no pasaba nada, me despedí y colgué.

❁ ❁ ❁

No dejé de llorar en toda la noche. No dejé de recordar ese día que salvé su vida. Ese momento en que le cogí en brazos y le prometí que cuidaría de él. Ese momento en el que le cogí en brazos tras la primera papilla y sentí que desde ese instante me vería como su madre. Todas esas veces que se tumbó a mi lado, o yo al suyo, y le rasqué su suave y enorme barriga. Esos ojos tan bonitos, tan maravillosos. Esa naricita y ese último beso que le di.

No quise reconocerlo, pero sabía que podía ser una despedida. Y creo que no me quedó nada por decirle. Quizás me debería haber quedado con él para que se fuese acompañado. Quizás podría haberme tumbado a su lado de nuevo para que se hubiese ido así. Quizás... tantos quizás que tuve que dejar de pensar en eso.

Tardé varias horas en escribir una despedida que expresase cómo era él. Porque los ojos se me empañaban de lágrimas y no podía continuar. Lo mismo que me ocurre mientras escribo estas palabras, intentado que sintáis lo maravilloso que era Koke y cuánto lo amé.

Ricki. La vida vale la pena

La historia de Ricki es muy importante porque la considero un triunfo en cada una de sus fases, a pesar de las consecuencias que tuvieron para él.

Ricki nació en una granja de cría intensiva de cerdos.

Normalmente la gente desconoce cómo funciona la ganadería. A los cerdos los explotan de dos maneras diferentes. En una granja están las madres, y digo las madres porque esa facultad tan bonita, eso de que un animal pueda dar a luz a otro, amarle y cuidarle, es lo que provoca el sufrimiento de miles de millones de animales en granjas de todo el mundo.

Las cerdas adultas viven en lugares muy pequeños en los que apenas se pueden mover. En la fase de gestación —que es cuando quedan embarazadas— las tienen en unas jaulas y, luego, cuando van a dar a luz, las llevan a otras que las mantienen inmóviles, ocupando el mínimo espacio para que puedan meter más cerdas juntas. Y ahí paren a sus hijos.

Las cerdas son madres increíbles. Pacientes hasta el infinito con los «trastos» de sus hijos. Cariñosas, extremadamente cuidadosas —una adulta pesa más de doscientos cincuenta kilos y un bebé cerdito cabe en una mano cuando nace— y muy protectoras. Pero en las granjas no pueden ni ponerse de pie ni darse la vuelta. La postura debe ser la que permite a los bebés —lechones como les llaman— amamantarse. El nombre de lechón no es porque su carne sea más tierna, sino porque aún son lactantes. Es decir, verdaderos bebés totalmente dependientes de sus madres hasta para

alimentarse.

Las madres no pueden cuidar a sus hijos, que corretean a su alrededor. A veces uno se pone debajo de su madre, que se ha incorporado un poco, y muere aplastado por ella al no poder apenas moverse. Y una vez que los hijos crecen lo suficiente, los llevan a otra granja, el cebadero, donde los cerdos engordan hasta los seis meses de edad para enviarles al matadero.

Un cerdo es muy parecido a un perro, pero en tamaño XXL. Un cerdo de seis meses es, a todos los efectos, como un cachorro de seis meses, con sus mismas ganas de jugar, sus inseguridades y miedos, su dependencia de una madre y su incapacidad de defenderse. A las madres, sin embargo, las vuelven a dejar embarazadas tan pronto se lo permite la ciencia y empieza de nuevo su tormento.

A veces las dos granjas están en una misma más grande, o a veces son diferentes. Pero en lo esencial es lo mismo.

❁ ❁ ❁

Pues Ricki nació en una granja del primer tipo. Y a esa granja, ese día, fueron unas estudiantes de veterinaria en una de las visitas rutinarias que hacen para conocer, desde dentro, cuál será el trabajo para la mayoría de ellas.

Ricki tuvo una suerte infinita. Él había sido descartado, que es cuando un «producto» está «en mal estado» y lo apartan como «desecho». Ricki, un bebé de pocas semanas, tenía un absceso enorme en su piernecita izquierda del tamaño de una pelota de pimpón.

Y allí esperaba, junto a otros amigos o hermanos que también estaban enfermos, a que los matasen al día siguiente estampando sus cabezas contra el suelo o la pared —como indica el estándar de la industria— para provocarles una muerte agónica durante varios minutos, o más tiempo incluso. Pero una de las estudiantes era activista por los Derechos Animales y, mientras la profesora explicaba cosas al grupo, su mirada se cruzó un instante con la de ese pequeño bebé. Y no pudo apartarla. Él le miraba como suplicando ayuda. Así lo sintió ella.

Dos amigas suyas más, también sensibilizadas con los animales, le miraron también y entonces le preguntaron a un operario cuál era el motivo por el que estaban allí. El operario les explicó la realidad: que eran unos cerdos inservibles y que los iban a matar. No podían creerlo, y no me extraña. Nunca piensas que la ganadería es tan cruel como lo es hasta que la vas conociendo por dentro.

En ese momento se les rompió el corazón, y se separaron del grupo para convencer a uno de los operarios para que las dejaran llevarse a algunos de aquellos bebés. No sé cómo lo hicieron ni qué le dijeron, pero aceptó.

A la mañana siguiente fueron a por tres, y unos días más tarde uno de ellos, el que más grave estaba, llegaba al Santuario. Los otros dos fueron a otro, Compasión Animal, en Valencia.

Cuando me contaron la historia me entristeció a la vez que me alegró. Nunca puedo evitar pensar en los que quedan atrás y me esfuerzo por centrarme en quienes tienen la inmensa fortuna de salvarse. Y fue fácil cuando lo tuve en brazos y miré su carita y sus ojos. Era una preciosidad. Ya tuve a Eneko y Koke dos años antes, pero al ser del color de un jabalí, la sensación era diferente. Ricki, en cambio, era rosita, del color de los que me cruzaba en la carretera mientras les llevaban en camiones al matadero. Para mí fue más evidente, más directa, la conexión. Uno de esos cerdos que cada día enviaban al matadero había tenido la inmensa fortuna de salvarse y estaba durmiendo en mis brazos en ese instante.

Lo bueno de que fuesen estudiantes de veterinaria es que ya había iniciado un tratamiento; lo malo es que no llegaron a tiempo. Cuando llevamos a Ricki al hospital para hacerle pruebas me confirmaron que la infección estaba controlada, más o menos, pero que se había comido varios huesos de la articulación. Y eso significaba que cuando fuese adulto tendría muchísimos problemas porque, no lo olvidemos, un cerdo adulto puede llegar a los trescientos cincuenta kilos de peso.

Como era habitual, me informaron de que, en criterios veterinarios, esa no era la mejor vida que un cerdo puede llevar. Pero nunca he usado el criterio veterinario para tomar una

decisión sobre el futuro de un animal, sino el criterio humano. Jamás he sentido que la condición con la que naces o en la que quedas tras un accidente o enfermedad, o simplemente la mala suerte, debería determinar tu derecho a vivir. Siempre he sentido que tiene que haber una especie de privilegio respecto a ellos, para ayudarles a que su vida sea menos dura, menos difícil. A que tengan unas condiciones más igualitarias. Digamos que creo que el derecho a vivir de alguien no puede basarse en un criterio médico, sino en uno moral, emocional, empático y basado en entender sus intereses. Y ese criterio lo he aplicado siempre a los demás animales también. No importa que alguien venga al mundo perteneciendo a una especie diferente. Para mí tienen el mismo derecho a vivir y a hacerlo con dignidad. Y no importa desde luego que nazca enfermo, sea más débil, anciano o con algún tipo de diversidad funcional. Nunca voy a decidir terminar con la vida de un animal que va a requerir más trabajo y recursos para dejar espacio a otros que estén más sanos y sean más jóvenes. ¿Cómo decirlo? Me niego a aceptar un mundo en el que sería correcto matar a un perro anciano, medio ciego y sordo, que ha sido abandonado en una perrera, para dejar espacio a uno joven que tenga más posibilidades de que le adopten. En vez de eso, prefiero luchar por un mundo en el que trabajemos más duro para conseguir espacio para los dos.

❁ ❁ ❁

Como podrás deducir fácilmente esta forma de ver la vida me ha traído problemas cuando colaboraba con protectoras de animales. Me negaba a aceptar el «sacrificio» de los más desfavorecidos para «liberar» espacio para los más afortunados. Porque un mundo así, donde solo los privilegiados tienen una segunda oportunidad, es un mundo por el que no voy a luchar.

Disculpadme estas reflexiones. Solo quería explicar que cada vez que me han recomendado eutanasiar a un animal por la dificultad y el trabajo que supondría para la persona que lo cuida, me han entrado ganas de gritar. Así que, como es fácil deducir, cuando me hablaron de los problemas que podría tener

Ricki de mayor, las palabras me entraron por un oído y me salieron por el otro. Ya me encargaría yo de que su vida valiese la pena.

Y así lo hice.

Desde que Ricki llegó me volqué en su bienestar. De pequeño era pura ternura. Le encantaba dormir en mi habitación y se hizo amigo de las perras, en especial de Peche.

Dormían juntos en la cama y eso me hacía muy feliz. Me dolía pensar qué habría pasado si Ricki hubiese ido a otro sitio y les hubiesen convencido de que lo mejor para él era matarle.

Poco a poco Ricki fue creciendo y desarrolló un carácter muy particular. No era muy cariñoso con los otros cerdos, excepto con Baku, otro bebé que llegó unos meses después. Los dos se hicieron superamigos.

Ricki se movía de forma diferente al resto, con menos agilidad. Su pierna había quedado como una especie de pata de palo y era un poco más corta. Y ya sabía que eso, a larga, le provocaría problemas más serios. Pero «a la larga» era algo que tardaría en llegar, y ahora, en ese momento, Ricki era feliz.

A veces tenía dolor y eso era completamente normal. Así que siempre estaba pendiente y le íbamos ayudando a controlar las molestias con tratamientos y analgésicos. Estos períodos solían coincidir con la llegada del frío.

El dolor hacía que fuese más irascible que otros cerdos, pero conmigo siempre era cariñoso. Para mí, la relación con los demás animales es algo que hay que construir cada día, cultivar y regar. Tienes que poner mucho de tu parte para que confíen en ti, y mucho más aún para que te quieran. Debes ser siempre comprensivo, ponerte en su lugar y no enfadarte cuando no consigues de ellos lo que quieres. Estás decidiendo sobre su vida, y ellos tienen mucho, tienen todo, que decir. Debes abandonar esa forma de tratarles en la que eres el macho alfa, en la que estás en la cúspide de la pirámide. Tienes que renunciar a reñir y tratarles corrigiendo sus «malas conductas». Eso no funciona y, sobre todo, con eso construyes un mundo desagradablemente autoritario. Si renuncias a ser quien decide cómo debe ser la relación e intentas que ellos participen, es todo muchísimo más bonito y más fluido. Siempre tratándoles

en positivo, con cariño y respeto. Premiando y no riñendo. Motivándoles.

Por ese motivo Ricki nunca tuvo un mal gesto conmigo a pesar de que con otra gente a veces era gruñón. Siempre confió en mí, desde pequeñito. Y siempre recordaré el día que me di cuenta y decidí que nunca traicionaría su confianza.

Ese día Ricki había entrado en un dormitorio que no era el suyo a comerse una comida que no era para él. Esto, cuando conoces a los cerdos, su fuerza e inteligencia y su amor por la comida es algo completamente normal y rutinario. Y siempre debes cerrar las puertas de los dormitorios a los que tienen acceso —o al almacén— porque saben abrirlas de forma que no podrías siquiera imaginar. Pero en esa ocasión había un problema adicional, ya que en el dormitorio había una oveja enferma que no se podía mover y Ricki la podía aplastar porque estaba muy cerca de ella.

Recuerdo que escuché a Edu gritarle y reñirle porque estaba muy preocupado por si le hacía daño. Y Ricki protestaba. Recuerdo también que llegué y vi a Edu entre la oveja y Ricki. Pero el espacio en ese punto era muy estrecho, y entonces me di cuenta de que Edu no había entendido lo que sucedía. Él

pensaba que Ricki quería ir hacia ellos, donde estaba la comida, para seguir comiendo. Y eso podía hacer que la oveja se hiciese daño —ella tenía el plato al lado de su cabeza—. Pero lo que sucedía era que Ricki estaba asustado porque se sentía acorralado y creía que Edu era quien le quería hacer daño.

Le pedí a Edu que se apartase y, aunque le costó hacerme caso, me acerqué lentamente a Ricki y le susurré que todo estaba bien y que le quería. Él dejó de gruñir y me olió la mano. Entonces me puse a su lado y no hizo el amago de morderme como le había hecho a Edu. En vez de eso, se giró hacia mí más suavemente y le besé la mejilla. Luego se tumbó despacio para que la rascase la barriga y me quedé un rato con él.

Cuando terminé, me levanté y le pedí que me siguiese.

Ricki no hizo caso a la comida y salió conmigo y, una vez fuera, se fue a buscar a su amigo Baku.

Edu se quedó alucinando y le pedí, por favor, que nunca más gritase a un animal. No es que Edu les gritase, ni mucho menos. Pero cuando creía que un animal estaba en peligro, solo pensaba en proteger al que corría el riesgo. Y le sugerí que, en vez de eso, intentase relajarse, fuese amable con el otro y así todo sería siempre mejor. Ese día Edu aprendió también algo que creo que es muy valioso. Y ese día yo comprendí que la confianza se construye a diario, especialmente en los momentos más tensos.

Ricki no confiaba en Edu tanto como lo hacía en mí porque nunca tuvo motivos para sentir miedo o angustia por mi culpa.

El tiempo ha ido pasando y Ricki se ha ido haciendo mayor.

❁ ❁ ❁

Escribo estas palabras en otoño de 2021 y Ricki lleva dieciocho meses con parálisis del tercio posterior. Porque los últimos dos años y medio tuvo más problemas y lo fuimos solucionando paso a paso. Sin embargo, un día se rompió las falanges del pie malo y desde ese instante su condición empeoró. Le operamos y estuvo un tiempo con una especie de escayola. Se recuperó bastante, pero un día empezó a tener

problemas de coordinación y las piernas apenas respondían. Luego dejó de ser capaz de ponerse de pie y nos dimos cuenta de que había sufrido una lesión en la columna que le había dejado paralítico de atrás.

Desde ese día Ricki vive en un dormitorio y le ayudamos varias a veces a moverse. Él puede arrastrarse como un perro en esa condición, pero siempre que podemos le echamos una mano para que no se le ulcere la piel. Con ese peso no se puede usar sillas de ruedas.

Ahora vive en una cama muy mullida y alta de viruta que le da un apoyo blando, y come una comida especial de papilla. Así evitamos los cólicos y no gana peso al tener mucha menos actividad.

Ricki tiene ya siete años, y ha vivido muchos de ellos con el resto de cerdos, llevando la misma vida. Ahora vive con Marino, un cerdo mayor y prácticamente ciego y sordo que no puede estar fuera porque se mete en problemas constantemente sin darse cuenta. Y tienen una relación muy divertida porque son dos gruñones que comparten «piso» y muy independientes.

Que Ricki pueda vivir conlleva mucho trabajo. Curas y limpieza de heridas diarias, estar muy pendientes de él, asistirle varias veces para que se desplace cómodamente hasta la comida, limpiarle la cama otras tantas para que no apoye sobre viruta húmeda... Y es cierto que no es la mejor vida que él podría llevar, al menos visto desde fuera. Pero Ricki es feliz con esa vida. Está sano y sus analíticas salen suficientemente bien. Le encanta su comida y el cariño que le damos cuando vamos a verle. Y mientras él siga teniendo ganas de vivir, yo seguiré haciendo lo posible para que pueda disfrutar de su segunda oportunidad el mayor tiempo posible. A fin de cuentas, es posible que vidas solo haya una, y la suya quiero que sea la mejor que él podría haber vivido.

Moni. Las ganas de vivir

En la primavera de 2013 rescatamos a la primera familia de burros. Eran Rita, una burra maltratada de quince años, Martín, su compañero, y Hansel, el hijo de ambos, que tenía seis meses.

El negocio del ganadero, que fue denunciado y los animales decomisados, era, en relación con los burros —había más animales— enviar a los hijos al matadero a los seis meses de vida. En Álava aún se come carne de burro. Esto suele llamar la atención de la gente como si fuese algo extraño. Pero no lo es.

El motivo del decomiso no fue que enviase burros al matadero, que es legal, sino que era especialmente cruel y maltratador. Y por ese motivo pudieron salvarse.

Cuando llegaron, descubrí que los burros son seres increíbles y muy cariñosos. No me extraña que la gente se enamore de ellos. Yo estaba encantada e ilusionada porque no sabía, además, que eran tan divertidos. Así que, cuando pocos meses después me llegó un aviso de una abuelita de veintidós años a la que aún seguían explotando en un pueblo de Cáceres, y que por la muerte de su «dueño» la enviaban al matadero, se me partió el corazón. Sobre todo porque el aviso venía con una foto, una en la que se veía a una burra anciana, cansada, con la mirada carente de cualquier ilusión. Con una mirada llena de tristeza.

❁ ❁ ❁

No me costó mucho convencer a Edu para rescatarla, y en verano de ese mismo año, en uno de los días de más calor, llegaba a Fundación Santuario Vegan.

Bajó del vehículo con cuidado. Su andar era pesado y lento, y daba la sensación de que en cualquier instante se podía caer al suelo.

La llevamos a su recinto de adaptación y cuarentena, y después de las cenas volví con ella. Me preocupaba mucho porque estaba peor de lo que esperaba.

A la mañana siguiente fui a verla y la vi tumbada. No pudo levantarse sola, aunque con un poco de ayuda se puso de pie. La siguiente noche la pasó en otro dormitorio más resguardado porque su debilidad me preocupaba.

Cuando vino la veterinaria, nos dijo que su problema era el que podía esperarse de una burra anciana explotada durante años y que dependía mucho de la vida que hubiese llevado. Pero que si ya tenía problemas de movilidad serios, su esperanza de vida se reduciría mucho. Esas palabras me produjeron gran tristeza.

Ver a un animal tan sumiso como ella, forzada siempre a cargar y arrastrar en el campo, sin recibir un gesto de cariño en veintidós años, y cuando por fin tiene la oportunidad de ser feliz, es la propia vida que le impusieron, las consecuencias de todo ese abuso, el motivo por el cual no podría disfrutar de esta oportunidad, me partió el corazón.

Las cadenas que les ponen a los animales explotados se extienden mucho más allá de «la jaula» donde les tienen metidos. A menudo no consiguen librarse del todo y acaban muriendo por culpa del daño que les hicieron.

Y no estaba dispuesta a permitir que a esa abuelita, a la que habíamos llamado Moni, le pasase lo mismo. Le pusimos ese nombre porque había una voluntaria que se llamaba Mónica. Le tenía muchísimo cariño y la quería. Era una amiga. Tenía cuarenta y dos años cuando rescatamos a Moni y Mónica era una madre soltera rehaciendo su vida y luchando cada día por conseguirlo. Le pusimos su nombre para que se sintiese orgullosa de pertenecer al equipo del Santuario. Unos meses más tarde le diagnosticaron cáncer de colon con metástasis y al

año siguiente murió. No quería contar esta historia sin recordarla.

Moni no estaba bien, eso ya lo sabíamos. Pero ella no había escapado por fin de ese destino miserable para venir aquí a morir. Así que empezamos a darle una alimentación especial y tratamientos para el dolor articular, y poco a poco fue mejorando. Pero siempre estaba apática, como cansada.

Moni trasmitía una ternura difícil de explicar. Era, quizás, el habitante que más ternura desprendía. ¿Sabéis esa mezcla de timidez y ganas de recibir cariño? Eso que, cuando lo ves, te hace tanta gracia y a la vez te da tanta tristeza porque sabes que están deseando acercarse, pero tienen que vencer unas barreras con las que llevan cargando muchísimos años. Pues así era Moni.

Sus primeras caricias las recibió la primera noche que durmió a salvo en el Santuario. Y ella se quedaba quieta, con el labio de abajo colgando, y echaba las orejitas tan grandes que tenía hacia atrás. Entrecerraba los ojitos y se dejaba querer.

Al principio creo que era por sumisión, pero evidentemente ella lo experimentaba como algo distinto a todo lo que había conocido. Las caricias le hacían sentir, por primera vez, un poco en paz, y con el paso de los días empezó a disfrutarlas. Y algo más adelante Moni comenzó a buscarlas, eso sí, con su ritmo pausado y tranquilo.

Moni, para que la conozcáis mejor, tenía el pelo grisáceo y blanco y unas extremidades largas y delgadas. Su cabeza era un poco más grande de lo que le correspondería a su cuerpo, sus orejas eran inmensamente largas y preciosas, y su colita muy corta. Sus ojos tenían una expresión constante de tristeza y, al ser abuela y faltarle dientes, la lengua se le salía a menudo y le colgaba a un lado. Y, además, tenía el músculo del cuello descolgado. Al resto de la gente no lo sé, pero a mí Moni me parecía preciosa.

Desde que llegó me preocupaba su salud y me negaba a aceptar que su vida sería corta. Por ese motivo me empecé a sentir superfeliz cuando me atreví a juntar a Moni con Rita. Porque de ahí salió la relación más especial de todo el Santuario. Una de las más bonitas que he conocido.

Al principio se ignoraban, pero no se alejaban demasiado la una de la otra. Más adelante comenzaron a comer juntas. Luego, con el paso de los días, ya paseaban también juntas y a las pocas semanas era difícil, realmente difícil, verlas separadas.

En este caso he de reconocer que su buena relación vino cuando Rita, que es muy glotona, se dio cuenta de que Moni tenía premios y comida especial. Estaba débil, así que necesitaba una alimentación más rica en nutrientes. Y Rita, cuando entendió que «la utilizábamos» porque cuando comían juntas Moni comía más, empezó a llevarse siempre una parte de la recompensa. Pero esa relación de conveniencia acabó convirtiéndose como digo en una de las más maravillosas que he tenido la suerte de conocer.

Moni y Rita se querían. Muchísimo. Se seguían a todas partes. Rita era la que convencía a Moni y se la llevaba de aventuras. Le enseñó a pedir golosinas, a sacar carácter cuando un cerdo se acercaba a molestarlas para que se quitasen del sitio que él quería. Le enseñó a no ser tímida y a intentar colarse en el almacén a comer cada vez que la puerta se quedaba mal cerrada. Le enseñó dónde se podía conseguir resto de comida que otros no se habían comido. Le enseñó muchísimas cosas, pero, sin duda, lo que más, fue a confiar en sí misma, a ganar autoestima y a ser una burra orgullosa.

Moni cambió desde que la juntamos con Rita. Fue algo muy rápido y su salud mejoró. Parecía otra y se sentía feliz, inmensamente feliz. Y vivió casi seis años en el Santuario.

❁ ❁ ❁

Moni no murió por enfermedad. Y cuando tienes que despedirte de alguien como ella de esa manera, duele aún más.

Empezó a tener problemas articulares y recaídas de salud. Desde el tercer año, cada pocos meses, la notábamos más

apática. Entonces le dábamos suero y la teníamos unos días en observación. Durante ese tiempo Rita no se alejaba de su lado. Bueno, solo para hacer la ronda de buscar comida que nadie se hubiese terminado y luego volvía junto a ella y se miraban a través de la puerta. Estuvo tres veces ingresada en el hospital y cuatro veces en el propio Santuario. Pero siempre se recuperaba.

En el último año y medio su fuerza y coordinación empezaron a decaer. Teníamos que ayudarla a levantarse varias veces al día, pero, cuando lo hacíamos, aguantaba bastante de pie. Con el paso de los meses empezó a ser rutinario y ella se volvía a tumbar de nuevo. Esto era algo que estábamos dispuestos a afrontar, sin embargo, el problema se agravó y cuando perdía el equilibrio, se caía. Porque se daba golpes tremendos y se hacía daño. Pero ella quería vivir, deseaba vivir. Lo notaba en sus ojos.

Las últimas semanas empezó a pasar la mayor parte del tiempo en un dormitorio cerrado. Si se caía de madrugada, no bebía hasta que íbamos a levantarla a la mañana siguiente. Y dependiendo del día, aguantaba o se volvía a tumbar.

Recuerdo el preciso instante en el que me di cuenta de que se acercaba el momento. Llegué por la mañana y Edu la había levantado ya. Estaba con ella para evitar que su falta de fuerza y coordinación en la pierna derecha le provocase una pérdida de equilibrio. Y le vi la cabeza. Se había dado un golpe muy fuerte durante la noche. Otro más. Esto fue suficiente para imaginarme lo que pasaría cuando se cayese sobre algo más peligroso. Esa imagen de ella muriendo de esa manera me provocó muchísimo dolor.

Hablé con Edu y le dije que había llegado la hora. Me costó convencerle porque la adoraba. Era quien la levantaba cada vez y se quedaba con ella hasta que veía que no se iba a caer. Y me dijo que prefería hacer eso veinte veces al día antes de eutanasiarla por no poder estar de pie. Pero luego hablamos más pausados y entendió que esta no era una vida para un animal grande. Estar tumbados les afecta y al final se mueren porque su cuerpo no funciona correctamente en esa situación.

Y tomamos la decisión. Por la tarde llegaba nuestra

veterinaria y con ella tumbada le dijimos adiós.

Edu, como solía hacer, se puso las gafas de sol y se alejó porque no es capaz de llorar con alguien delante. Yo me aguanté y rompí a hacerlo cuando me quedé sola con Moni, mi Moni. Estoy segura de que se fue siendo consciente de todo el amor que se llevaba.

Creía que ese amor por ella iba a estar guardado en nuestro corazón y no volvería a verlo, pero me equivoqué.

Rita nos miraba desde lejos y supe, al ver sus ojos, que quería pasar a despedirla. Y yo me fui y aproveché para llamar al camión de recogida de cadáveres, que es algo que siempre hay que hacer cuando un habitante muere, y me dijeron que hasta el lunes no podrían venir. Era viernes, así que eran muchos días.

Volví y mi corazón se partió con lo que vi. Rita le daba suaves toquecitos a Moni para despertarla. Ella estaba acostumbrada a verla tumbada y siempre esperaba paciente a que llegásemos para levantarla. Así que se negaba a aceptar su muerte y se esforzaba en animarla. Casi podía escuchar sus pensamientos como diciéndola que se diese prisa, que había muchos premios que robar.

Pero Moni no reaccionaba, y Rita, poco a poco, empezó a estar más cabizbaja. Parecía que empezaba a entender la situación. Quise sacarla de allí, pero me miró y no pude. ¿Sabéis cuando sentís que un animal os está hablando sin decir ninguna palabra? Pues Rita me dijo que no quería irse y abandonar a su amiga. Y la dejé con ella.

Estuvo con Moni todo el fin de semana, y como se negaba a separarse, le llevaba la comida allí porque estaba acostumbrada a comer junto a su mejor amiga.

El lunes por la mañana tuvimos que sacarla con la máquina. Rita nos acompañó y no paró de intentar despertarla hasta que la vio alejarse por la puerta de salida.

Cuando la puerta se cerró, Rita empezó a rebuznar y a correr de un lado a otro. Y cuando vio a Moni «volar» con la grúa del camión que la levantaba para meterla en el enorme contenedor, se quedó mirando congelada y rebuznó aún más fuerte. Corrió hacia la puerta y se quedó parada. Me miró y yo a

ella. Yo estaba llorando y creo que ella también. No entendía nada, no sabía dónde nos llevábamos a su amiga.

Cuando el camión se alejó, Rita siguió corriendo y se paró a lo lejos. Y allí se quedó quieta durante horas.

No ha vuelto a ser la misma desde entonces. Ha tenido amigas, muy buenas. Se ha sentido feliz y alegre y ha disfrutado de cariño. Pero nunca he visto en su mirada todo el amor que sentía cuando Moni y ella eran amigas. Las mejores amigas que nunca he conocido.

Yoko y Lennon. Un milagro de Navidad

Una de las historias que más me ha conmovido fue la de Yoko y Lennon. Me parece tan bonita que he pensado que debía estar en este libro sobre Fundación Santuario Vegan.

Todo empezó el 23 de diciembre de 2014, en una gasolinera de algún lugar de los alrededores de Madrid. Una madre oveja escapaba con su hijo de tres meses de edad y era vista en una gasolinera de una vía de servicio. No sé si entendéis las implicaciones de esto. El día 23 es la última noche en la que los corderos son enviados al matadero para que la gente pueda comérselos en Nochebuena.

Yoko era la madre, y era mayor. Eso quiere decir que le habían quitado a sus hijos una y otra vez y los habían llevado a morir al matadero. Y pudo ser azar, o pudo ser que ella dijo basta y se rebeló, pero lo cierto es que Yoko, junto a su hijo Lennon, se refugiaban en un solar cercano a una gasolinera la misma noche en la que un ganadero iba a separarles y subir a su pequeño a un camión.

Estuvieron por la zona durante todo el 24, imagino que buscando comida —que no sería complicado encontrar para una oveja— y agua. Y el día siguiente por la mañana tuvieron la inmensa fortuna de que una persona paró al verlas cuando andaban por el arcén de una carretera secundaria.

Esto no es extraordinario en sí mismo, porque no es tan descabellado que alguien se detenga al ver a dos ovejas vagando solas y sin rumbo un 25 de diciembre por la mañana.

Lo que sí es increíble fue el hecho de que esa persona, esa mujer, las subiera a su coche, en el maletero, y continuara hacia donde se dirigía. Y eso me sorprendió aún más porque iba a la comida de Navidad familiar.

Según nos contaron, decidió dejarlos en su coche porque no hacía calor y, cuando terminó la comida, se volvieron los tres juntos a su casa. Y desde que llegó empezó a buscar desesperadamente un lugar donde se pudiesen quedar sin que matasen a ninguno de los dos.

Un par de semanas más tarde llegaban al Santuario. Yo, que ya me habían contado su historia, esperaba emocionada su llegada. Me parecía tan bonito, tan maravilloso, que una madre escapase con su hijo el mismo día en el que se lo iban a arrebatar y que una persona se las llevase a su casa para salvarles la vida...

Cuando llegaron, lo primero que hice fue acercarme a ellos con mucha calma, y entonces Yoko se puso en medio, dejando detrás a su hijo. Me emocioné al verlo. No eran imaginaciones, ella sabía que su hijo corría peligro y estaba dispuesta a cualquier cosa para protegerlo. Entonces me quedé de cuclillas con los dos un rato y Yoko, poco a poco, se fue relajando, echándose a un lado y dejándome ver a su criatura, a su hijo. Y él, con la timidez e inocencia de un niño, miró a su madre buscando su aprobación y se acercó a mí despacio, lo justo para olerme. Y luego se giraron y se pusieron a comer.

Ese momento fue brutal para mí. Me sentía parte de su historia y se me humedecieron los ojos. Y entonces le hablé. Ella comía como si yo no estuviera.

—¿Cuántas veces te arrebataron a lo que más querías del mundo? —le pregunté.

En ese instante dejó de comer y echó las orejas hacia atrás, apuntándome. Y le hablé de nuevo.

—Tranquila, ahora podréis estar juntos para siempre —le dije.

Fue ahora cuando relajó las orejas y continuó comiendo. No sé si ella me entendió, porque no estoy segura de que los animales comprendan nuestro lenguaje. Lo que sí tengo claro es que nos comunicamos mediante energía, lenguaje no verbal, emociones... y creo que ella sí supo lo que quise transmitirle.

Mi cometido de esa noche había terminado. No os lo había dicho, pero necesitaba decirle que ya estaba en un lugar seguro, su hogar. El lugar al que siempre perteneció. Y que ya nunca más volvería a tener miedo.

A la mañana siguiente fui a verles y me los encontré tumbados, pegaditos, con sus narices tocándose. Era de lo más bonito que se puede ver en el mundo. Cuando entré, Yoko se puso de pie, como una madre orgullosa, pero esta vez no lo hizo para hacer de escudo de su hijo. Esta vez ella me miraba y yo a ella. Les llevé un poco de pienso y se lo ofrecí delicadamente.

Yoko dudó, sin embargo, enseguida olió lo que era y empezó a comer de mi mano. El segundo encuentro había ido bien.

Durante un tiempo vivieron separados de otras ovejas mientras pasaba su período de cuarentena, pero en pocas semanas empezaron a convivir con el resto. En ese grupo los dos iniciaron distintas amistades, como no podía ser de otra manera. Él comenzó a reunirse con el grupo de los jóvenes y ella con el de los mayores. Y parecía que ya no se juntaban, pero siempre que pasabas cerca de allí los distinguías incluso de lejos solo con buscar a dos ovejas tumbadas y pegadas una junto a la otra.

Era una relación muy especial, muy bonita y profunda. Al fin y al cabo, tenía detrás una historia increíble.

Con los años, Lennon se hizo uno de los machos más grandes de todo el grupo de ovejas y Yoko, en cambio, empezó a sentir el paso del tiempo. Para una oveja que se hace mayor es difícil quedarse con el grupo porque empieza a tener dificultades para comer el forraje entero y a veces no llega a la comida.

Ya hace mucho que tenemos una zona especial a la que llamamos el geriátrico, que es donde viven las ovejas con más edad o con diversidad funcional, ya sean amputaciones, cojeras, ceguera o artrosis.

Yoko adelgazó y empezamos a preocuparnos. Y tuvimos que tomar la decisión de separarlos. Ese día fue duro para nosotros, pero el bienestar de Yoko estaba en juego.

❁ ❁ ❁

No os voy a mentir diciendo que todo fue fantástico, porque al principio no sucedió así. Yoko amaba a su hijo y se pasó la primera semana balando. Le llamaba. Los dos grupos no están muy lejos, pero apenas tienen contacto visual, y eso a Yoko le provocaba angustia, que no sabía nada de Lennon. Pero con el paso del tiempo comenzó a relajarse y a entender que llega un momento en la vida en que ya no debes proteger a otros y tienes que centrarte en ti. Y cuando ese instante llegó, Yoko empezó a disfrutar de su nueva vida. Una más tranquila

con otras ovejas de su edad a las que ya conocía y que habíamos ido llevando del grupo grande al geriátrico.

También ayudó el hecho de que en el geriátrico había más chucherías y comida rica porque tienen tendencia a adelgazar por la falta de dientes y su metabolismo diferente. Y a Yoko, que siempre fue un poco glotona, eso le encantó.

Hoy los dos viven y son felices. Lennon con sus amigos y Yoko con sus abuelitas. Han disfrutado muchos años de su mutua compañía y se han ayudado a superar las fases más complicadas de sus vidas.

Yoko tuvo que aprender a dejar de preocuparse por su hijo y centrarse en ella misma, y Lennon tuvo que aprender a no depender de ella para que los dos pudiesen estar sanos y ser felices. Y yo aprendí lo que era el amor, lo que era darlo todo por aquellos a quienes amas. Lo que era estar dispuesta a luchar y no rendirte.

Conocí una de las historias más bonitas del mundo y fui parte de ella. Y ahora la continúo cada día, escribiendo cada página con la tinta de los cuidados que les damos aquí en el Santuario, con las medidas que tomamos para que estén sanos, felices, y puedan seguir viviendo muchos más años y compartiendo con nosotros, conmigo, la esencia de lo que realmente son: seres iguales que nosotros, llenos de inocencia y cuyo paso por la vida, cuando les prestamos atención, hacen que este mundo sea muchísimo mejor.

Peche. Una perra de rehala hiperactiva

Antes pensaba que tenía una especie de imán para atraer animales muy particulares. Esos que los demás no quieren, que no hacen siempre lo que deben. Los que requieren de trabajo y te traen problemas y cambios radicales en tu vida.

Con el paso de los años me di cuenta de que no era así. Que no es que yo tuviese un imán ni atrajese a los problemas. Más bien, y esto cambió profundamente mi forma de ver el mundo, esos seres estaban ahí y todos se cruzaban con ellos y pasaban de largo. La gente piensa que son «problemas» y que le va a complicar la vida. Pero no lo son. No son nada de eso. Sencillamente son seres que por nacer en un grupo desfavorecido, como son los animales, son, además, los más desfavorecidos de todos. Y estos no tienen ni una sola oportunidad. Y me di cuenta entonces de que más bien lo que sí tenía era una capacidad intensa de sentir empatía al cruzarme con ellos. Y eso sí que me parece un problema, pero solo para mí. Ellos son perfectos tal cual son, y si todo el mundo tuviese una capacidad de sentir empatía más intensa, el planeta sería mucho mejor. Pero pasan de largo porque no la tienen. Y cuando alguien que sí la tiene intenta hacer lo mismo, un sentimiento de culpa, de abandono o de traición le va destrozando por dentro.

Eso me pasó cuando Peche apareció en mi vida. Ella no era un animal «de granja», sino una dulce y tierna perrita que había nacido con las características de raza que no debía. Y cuento su

historia porque ha sido muy importante para mí y porque ha estado a mi lado casi desde el principio de Fundación Santuario Vegan.

Peche era una perra cruce de pitbull y podenco, o algo similar, y no debía de tener más de un año y poco de vida.

Cuando vivía en un chalé en Valencia, la época en que empezamos a rescatar animales pero aún lejos de decidir iniciar el proyecto del Santuario, una vecina, que también alimentaba a la colonia de gatos, vino a buscarnos. Venía acompañada de una perra blanca con manchas marrones. Al verla, me puse en guardia. Era como un pitbull, pero más alta y muy delgada. Tenía un cordón como collar que, según nos contó, ya traía cuando apareció. La encontró rebuscando entre la basura, comiendo colillas de cigarro del hambre que tenía. Era una perra de rehala de cazadores.

Nos dijo que unos vecinos habían avisado a la policía y que, al ser la raza que era, la perrera se la llevaría y la matarían.

En ese momento lo primero que pensé fue que no podíamos hacernos cargo de ella. En casa ya vivían cinco perros y diez gatos, además de la colonia que había alrededor de nuestra casa. Pero tampoco podía dejarla.

La vecina nos contó que la perrera tenía muy mala fama, pero que un pueblo cercano tenía un convenio municipal a través de una protectora y los perros que recogían en ese municipio no eran sacrificados.

Apenas pude pensar, porque mientras nos contaba todo esto, un coche de policía llegaba y recorría varias calles de la urbanización. Nos escondimos y, en cuanto se fue, subimos a la perra en la furgoneta y nos fuimos Edu y yo a ese municipio.

Entonces nos paramos en una carretera secundaria y llamamos a la perrera dando el aviso de que nos habíamos encontrado una perra. Y cuando llegó el propietario de la perrera, me transmitió una energía tan mala que me costó dejar que se la llevase. Nos preguntó si había aparecido aquí y le dijimos que sí, que precisamente veníamos por la carretera y que habíamos parado al verla. Él nos miró con desconfianza y, con tono de ironía, nos dijo que era curioso porque un par de horas antes le habían dado un aviso de una perra similar a

quince kilómetros de allí. Le respondí que ni idea, que, o corría mucho, o era otra perra.

Cuando la iba a subir en la furgoneta le pregunté si en la perrera sacrificaban a los animales y me dijo que los que recogían aquí, en el pueblo en el que estábamos, no. Respiré hondo y les dejé marchar.

Ella, la perrita, había estado tranquila todo el rato. Se había acercado a mí cuando íbamos en la furgoneta, pero no le hice mucho caso porque no quería encariñarme. En ese momento cuidábamos de más de treinta animales y no me sentía preparada para meter otro más en casa, y encima de esas características.

Pero al verla subir con tanta alegría a la furgoneta de la perrera, el desprecio con el que él la miraba y lo contenta que se le veía a ella, que no sabía adónde se la llevaban, se me hizo un nudo en la boca del estómago.

Esa tarde no dejé de pensar en su mirada inocente y esa noche apenas dormí. Intenté no pensar en ello, pero a los pocos días no pude más y llamé a la protectora que gestionaba el acuerdo municipal y que se encargaba de buscar adopción a los animales. Les dije que yo era quien había encontrado la perra y que quería saber cómo estaba. Y lo que me dijeron me dejó helada.

La perra había contraído parvovirus y estaba crítica. Le habían dado medicación, pero seguía en la perrera porque no tenían dónde meterla. Rompí a llorar. Les dije que yo me la llevaba, que iríamos en ese mismo instante a por ella. Me dijeron que si era así, podíamos llevarla a la clínica veterinaria con la que trabajaban y que ellos correrían con los gastos. Les respondí que eso no me importaba, que lo único que quería es que no muriese allí sola y en un lugar tan terrible.

Tardamos una hora en llegar a la puerta de la perrera. Como era de esperar, no nos dejaron entrar. Esperamos cinco minutos y sacaron a Peche en brazos. Tenía baba que le colgaba de la boca y olía a diarrea. Había adelgazado muchísimo en muy poco tiempo.

La cogí en brazos, me quedé con ella detrás en la furgoneta y le pedí perdón una y mil veces mientras la

llevábamos a la clínica veterinaria. Al llegar, la hospitalizaron y nos dijeron que nos irían informando. Les pedí que la salvasen, que si lo hacían, tendría una familia. Que cuidaríamos de ella para siempre.

❁ ❁ ❁

Los siguientes días fueron una montaña rusa. Pensaba en el problema que íbamos a tener en casa, pero, a su vez, deseaba ayudarla. Y estaba muy preocupada por su estado de salud. El parvovirus es mortal en cachorros, pero no tanto en adultos.

Y pocos días después le dieron el alta. Peche se había recuperado y fuimos a recogerla. Y me sentí inmensamente feliz.

Cuando llegamos a casa la tuve separada. No me atrevía a juntarla con el resto porque, aunque sabía que el carácter de un perro no depende de su raza, en casa vivían ya muchos y algunos con mucho carácter. Y sabía que la pelea podía empezarla cualquiera de los otros.

A medida que comenzamos a hacer pruebas, a juntar a todos un rato para pasear, comer y, sencillamente, estar, me di cuenta de que había sido una imbécil. Llevaba muchísimos años rescatando animales y sabía que cualquier perro podía convivir con otros, siempre que no hubiese tenido unas vivencias demasiado duras. Pero si Peche era una perra de rehala, estaría acostumbrada a convivir de forma muy estrecha y en verdaderos zulos con muchísimos otros perros. Y ella no tenía marcas de mordiscos.

A los pocos días Peche ya era una más de la familia. Dormía con los demás, comía con los demás y jugaba con los demás.

Peche, para que os hagáis una idea de cómo era, tenía actitud de cachorra. Era muy, muy intensa. Y ese tipo de intensidad es una de las cosas que hace que la gente no quiera adoptar a perras así. Porque tienen tanta energía que les desborda. Se suben a los sitios, se bajan y vuelven a subir, intentan llamar la atención sin parar, cogen cosas para jugar... Peche era una perra hiperactiva. Además, las perras así no

suelen tener una noción sobre el espacio personal, así que se te echan encima e invaden tu espacio constantemente. Esto les provoca problemas con otros perros que no llevan bien estas cosas. Y con humanos también, porque les suele resultar incómodo. La gente busca perros adorables, tranquilos y cariñosos. Perros que puedan sacar a un parque y jugar con otros. Que adoren a los niños y duerman por las noches y ladren poco. En definitiva, la gente busca perros que aporten cosas buenas a la familia sin que tengan nada que ellos consideren malo. Pero ningún animal es así. Ni siquiera el ser humano. Todos tenemos nuestras cosas buenas y nuestras cosas malas. Y Peche, como muchos otros perros, también. Porque a su vez era un verdadero amor. Era la más cariñosa. Todas las noches se subía a la cama y se tumbaba pegada a mí. Roncaba prácticamente en mi oreja o se acurrucaba dentro de la manta cuando hacía frío.

Cuando salías a pasear, no dejaba de tirar de la correa, por lo que siempre iba con arnés. Y a la hora de jugar, era la que más disfrutaba, con diferencia. Disfrutaba de una forma tan alocada que tenías que estar pendiente porque si no volvía a casa llena de heridas de ramas y piedras. Pero ella se comportaba como si no sintiese dolor.

Era muy respetuosa con los demás perros una vez que le habían enseñado a relacionarse con ellos. De hecho, Peche no era problemática con los de casa. Sin embargo, a medida que se creó una manada y empezamos a vivir en casas alejadas o pequeños chalés, en general el grupo se hizo más hostil con otros perros. Y a Peche eso le afectó.

Un día llegamos y estaban todos en el jardín. Peche vino corriendo superfeliz a saludarnos como siempre y casi se salió de la valla de lo contenta que se puso. Pero esta vez estaba manchada de sangre seca. Y al entrar descubrimos que una de las perras, una abuelita pequeña medio ciega y que apenas podía caminar, estaba muerta. Ese día me sentí tan mal que no supe ni qué decir.

A la mañana siguiente vino un etólogo y le contamos lo sucedido. Vio a toda la manada, estuvo con Peche, y nos dijo que no nos preocupásemos. No era una perra problemática con

perros de su familia. Nos dijo que lo más probable era que los cachorros —habíamos rescatado a una perra embarazada y los cachorros tenían ya unos cuatro meses— hubiesen provocado mucho a Ramona, la perrita que murió. Y que la llevaron a un límite donde se desencadenó una pelea y que Peche, sencillamente, finalizó la riña. Que no era una perra conflictiva. Que era probable que ni siquiera la hubiese matado ella.

❁ ❁ ❁

El tiempo fue pasando y solo tuvimos un problema más con Peche, con otra perrita abuela, pequeña, muy poco sociable y que era epiléptica. Era noviembre de 2014 y ya estábamos en el Santuario. Aparecieron unos perros fuera y se pusieron a ladrar todos. Hubo mucha agresividad y a la perrita, Taqui, le dio un ataque epiléptico en ese momento. Peche se puso muy nerviosa y la atacó, pero no pasó nada grave. Quitando ese momento, nunca fue agresiva con nadie, cosa que es difícil decir de la mayoría de los perros, que antes o después se pelean, muerden o hacen amago cuando hay comida de por medio.

Cuando iba al veterinario siempre le conquistaba y cuando venían los voluntarios también, aunque tenía tanta energía que tuvimos que empezar a poner reglas para relacionarse con los perros. Porque el equilibrio depende, siempre, de la energía que hay. En especial cuando conviven con animales que de un modo «natural» podrían ser sus presas.

Peche mantuvo su energía durante muchos años. Era increíble verla correr y jugar. Y siempre dar amor. A dar muchísimo amor. A invadir tu espacio, a alterar tu energía, a llenarte de besos y lametazos toda la cara y llegarte cada día al corazón. Yo amaba eso de ella. Amaba todo de ella. No me importaba que a la gente le resultase demasiado intensa, que le agobiase o que le incomodase. La amaba tal como era porque ella era así. Peche no había elegido cómo ser ni yo tampoco había elegido cómo debía ser. Sencillamente Peche se cruzó en mi vida.

Con el tiempo acabó siendo «mi» perrita. Yo era la única persona que la entendía del todo y fui paciente con ella. Me esforcé cada día de los diez años que pasamos juntas en que supiese que, aunque el mundo no la entendía bien, yo iba a ser su apoyo. Y que siempre podría confiar en mí.

Un día me di cuenta de que le habían salido unos bultitos y la llevé al veterinario. Era cáncer de piel, pero no parecía demasiado grave. La operaron para extirparlos y se fue recuperando de la cirugía. Peche era muy fuerte y eso no era nada para ella. Pero con el tiempo vimos que algo no iba bien. Peche empezó a estar un poco apática y a adelgazar.

La llevé de nuevo a hacerle pruebas y me dijeron que le había hecho metástasis a algunos órganos. Estuvimos unos meses de quimioterapia y tuvo sus altibajos. A veces volvía a ser la misma, pero otras decaía nuevamente.

Un día en particular me preocupé porque empezó a actuar de forma extraña. Estaba más agresiva y nerviosa. La llevamos a otra clínica y nos dijeron que le había hecho metástasis en el

cerebro. El tumor incrementaba la presión intracraneal y afectaba a su sistema nervioso. Y podía ser impredecible. Me preguntaron si quería eutanasiarla aprovechando que estaba dormida. No pude. Les dije que necesitaba unos días para despedirme de ella antes. Cuando me la trajeron de nuevo, lloré abrazándola. Los días siguientes fuimos Peche, Edu y yo a pasear a lugares increíbles. Recorrimos muchos kilómetros después de atender a los animales y fuimos a montañas preciosas, prados infinitos y bosques mágicos.

En su último paseo, en la Pedriza, volvió a ser la de siempre. Fue un momento fugaz de dos horas en las que corrió, jugó con un palo y me miró con esos ojos tan llenos de vida y de amor. Las dos disfrutamos ese día juntas y me pareció el recuerdo más bonito que podía guardar de ella.

Desde allí volvimos al Santuario para que se despidiese de todos y nos fuimos al hospital. La vitalidad del paseo se había esfumado y volvía a ser un perrita en fase terminal cansada de luchar.

En el hospital la abracé como nunca antes mientras le ponían la inyección. Estaba tumbada, enroscada sobre sí misma y con la cabeza apoyada en mis brazos. Me miraba y yo a ella. Apenas la veía por las lágrimas y no dejaba de susurrarle que la quería.

—Te quiero, Peche, te amo, mi pequeña. Mamá está aquí y te quiere, no te preocupes que todo va a ir bien —le dije sin parar.

Sus ojos se cerraron y mi corazón se partió en dos. Y aunque sabía que para ella había sido una liberación, para mí no lo fue. Todo el sobreesfuerzo que me llevó cuidarla durante esos más de diez años, todos los problemas que me había ocasionado, todas las noches sin dormir cuando empezó a enfermar, todo eso me parecía ahora un regalo que ella me dio. Me enseñó a amar de verdad, sin esperar nada a cambio. La cuidé porque la amaba. Y la amé porque Peche necesitó mi amor para ser feliz.

De todas las despedidas de mi vida, la suya fue, quizás, la más dura.

Carmen. Ochenta mil firmas para salvar una vaca

Uno de los momentos más importantes de mi vida fue cuando la de Carmen estuvo en riesgo, cuando la Administración amenazó con matar a la vaca que más quería.

Hasta entonces no tenía del todo claro lo que era y lo que no era un Santuario para animales. Bueno, sí que lo tenía claro, pero no por lo que hacía, sino hasta dónde estaba dispuesta a llegar para defender a los habitantes de Fundación Santuario Vegan y sus derechos.

Desde que empecé este proyecto, desde que me embarqué en la construcción de un Santuario y desde que comencé a rescatar animales y darles una segunda oportunidad, dejaron de importarme las reglas del juego detrás de la valla del lugar que estaba creando. Y lo poco que me importaba el trato que daban a los animales fuera era para cambiarlo. Eso sí que me importaba mucho.

Deseo, más que nada en el mundo, que termine la explotación animal. Pero mucho más que eso, deseo que el mundo entero sea como un enorme Santuario en el que todo animal, todo ser que sienta, tenga derecho a ser feliz, a vivir dignamente y a que nadie le haga daño por el mero hecho de poder hacerlo. Y que los más favorecidos ayuden a los menos favorecidos. Que los enfermos reciban cuidados y puedan curarse o vivir con su enfermedad en las mejores condiciones

posibles. Porque no entiendo cómo puede haber gente que no lo ve así. Ser amable y solidario con quien está en peor situación no te quita nada, no daña tu vida. Y para el ser al que ayudas el mundo cambia para siempre.

Cuando Carmen dio positivo en una enfermedad, lo único que tenía en la cabeza era cómo le afectaría eso, si podría curarse y cómo conseguiría que fuese feliz. Pero cuando presiones externas intentaron que Carmen, la víctima de la enfermedad, no fuera la protagonista de la historia, que el foco de atención no estuviese sobre ella, sino sobre otros potenciales riesgos absurdos como el contagio, entonces me revolví.

En un mundo justo, si yo enfermo, no soy culpable de que mi enfermedad pueda afectar a otros. Yo no elijo enfermar. Nadie decide hacerlo. Para cualquiera que contraiga una enfermedad es una desgracia que eso le ocurra. Y que esa enfermedad no se transmita a otros es una responsabilidad común, de todos y de cada uno de los habitantes de un lugar.

Si matásemos a quien supusiese un riesgo para el resto solo porque ha tenido mala suerte, ¿qué mundo sería este? ¿Imagináis que cada persona que contrajera la COVID 19 fuese «sacrificada» para que no supusiera un riesgo para otras? ¿Sería justo hacer de jueces y verdugos dictando sentencia contra alguien que no ha tenido intención de contraer la enfermedad? Este planteamiento es absurdo.

Pues a los animales considerados de granja les tratan de esa manera. Si alguno contrae una enfermedad de las que la Administración tiene bajo vigilancia, le matan. Y si un porcentaje relevante, como un diez por ciento —diez de cada cien— da positivo, entonces matan a todos los animales de la granja. Y a esta masacre indiscriminada lo llaman planes de erradicación de enfermedades. Es decir, en vez de centrarse en el patógeno, en el verdadero culpable, se centran en las víctimas, las criminalizan y las condenan a muerte. ¿Por qué? Pues muy sencillo: como los animales «de granja» terminan en la cadena de consumo, si tienen una de esas enfermedades ponen en riesgo al humano que se beneficia de su muerte y se los come. Esta es la lógica también absurda.

Obviamente se amparan en que es difícil detectar las enfermedades con suficiente precisión como sucede con la COVID 19 y los test rápidos, por ejemplo. Así que no determinan la enfermedad por certeza, sino por sospecha. O lo que es lo mismo: si un test rápido, del que siquiera se fían porque da resultados imprecisos, dice que un animal es positivo, entonces deciden que es positivo. Y si unos pocos más son positivos, ante la imposibilidad de saber, con esas pruebas, quién lo es y quién no, deciden que todos lo son.

Llegados a este punto, habrá quien se eche las manos a la cabeza y habrá quien considere que los animales explotados merecen menos derechos que un humano. Esa gente creo que se equivoca por completo. Pero aun dando por bueno esto y aceptando la lógica de los planes de erradicación, el problema enorme al que tuvimos que enfrentarnos fue que, para la ley, Carmen era un animal de producción. Es decir, un animal que iba a ser comido por un humano.

Pero Carmen no era eso. Nadie se iba a comer a Carmen. Ella era un animal que abandonaron en una terrible situación y a la que rescatamos. Era alguien sensible e increíble que necesitaba ayuda y que consiguió una segunda oportunidad. Carmen llegó tan profundo a mi corazón que el propio logotipo de Fundación Santuario Vegan, que podéis ver en la portada de este libro, se creó desde una maravillosa foto que me hicieron momentos antes de darle un beso en su maravillosa nariz.

❁ ❁ ❁

Carmen llegó a mi vida en 2014 y esta es su historia.

Un día de diciembre de 2014 nos dieron un aviso. En Guadalajara había una finca que unos millonarios habían abandonado dejando a los animales allí solos. Nos dijeron que había varios caballos de pura raza, pero que al llegar para valorar la situación encontraron una vaca, la típica vaca blanca con manchas negras explotada para leche cuya existencia nadie conocía.

Por primera vez en este país habían conseguido que una jueza dictaminara que, por motivos de bienestar para esa vaca,

debía viajar de manera urgente a nuestro Santuario para salvaguardar su integridad y su vida. Y daba igual lo que la Administración dijese; una jueza que dicta sentencia por un caso penal —maltrato animal— está por encima de lo que diga la Administración. Así que, muy ilusionados, cogimos nuestro kit de rescate de vacas y fuimos a la finca. Nunca habíamos tenido que ir a por una vaca, así que el kit era, en realidad, el mismo que habíamos usado para una oveja, pero tamaño XXL.

Y allí nos plantamos. La finca era de millonarios, sin duda. Mil hectáreas con helipuerto para un helicóptero, unas instalaciones impresionantes..., pero ni rastro de la vaca. En el lugar estaba la gente de la asociación que llevaba el caso y agentes del Seprona. Y también el transporte que habíamos contratado para llevárnosla. En ese momento les preguntamos si estaban seguros de haber visto una vaca, y nos dijeron que sí, que unos días antes habían estado y la vieron.

Tenéis que entender que cuando abandonaron la finca los guardeses, a quienes dejaron de pagar —fue a raíz de la crisis de 2008, según nos contaron—, liberaron a los animales antes de irse para que al menos pudiesen buscarse la vida. Así que la situación era que teníamos mil hectáreas rodeándonos y una vaca asustadiza y desconfiada que encontrar. Y decidimos empezar a buscarla.

En realidad no era tan complicado. Había una balsa enorme de agua, así que era evidente que tendría que ir allí cada día a beber. Por tanto, no debería alejarse demasiado. Por otro lado las vacas son tímidas, por lo que si estaba sola, buscaría sitios donde ocultarse. Nos subimos a un punto alto, miramos las diferentes zonas y encontramos una zona arbolada a unos quinientos metros aproximadamente. En vez de rastrearlo todo, nos centramos en esa parte y nuestra alegría vino al encontrar huellas de pezuña de vaca a medida que nos acercábamos.

En la primera pasada que hicimos no la vimos, pero sentíamos que debía estar. Así que seguimos buscando y, finalmente, la encontramos rumiando entre unas encinas.

Al principio le ofrecimos comida y se asustó. Pero con un poco de paciencia se fue acercando a comer y empezamos a

guiarla hacia donde estaba el camión. Y salió bien.

Mientras esperábamos a que estuviesen los papeles, fui con ella. La habíamos dejado en un pasillo que había entre dos corrales y estaba tranquila. El día era maravilloso, soleado pero fresco, y el viento movía las hojas de los árboles.

Carmen rumiaba sin entender lo que ocurría, relajada. Eso me sorprendió, porque llevaba seis meses sin ver humanos, sin ver a nadie más que a los caballos que estaban en su misma situación y que se habían llevado el día anterior. La miré fijamente a los ojos y os juro que en uno de esos momentos sentí algo, como un destello. Algo me dijo que nuestras vidas acababan de quedar unidas para siempre.

A las pocas horas llegábamos al Santuario. Y al día siguiente un veterinario vino a hacerle las pruebas.

Cuando llamé a la persona responsable de la identificación animal de la Comunidad de Madrid se quedó alucinado. ¿Cómo habíamos movido a una vaca sin identificación? Estaba fuera de sí mientras hablaba conmigo.

—Pues con una orden de una jueza —le respondí, y ahí terminó la conversación.

Era la primera vez que me enfrentaba a lo que más tarde entendería: las vacas son los animales con menos derechos de todos los animales explotados. No solo se mata a las enfermas. También se mata a la que no tenga identificación, aunque el ganadero se la haya quitado para abandonarla por lo caro que le resulta matarla.

Vinieron, le hicieron las pruebas oficiales y salieron bien. Y nos dejaron en paz, de modo que pude centrarme en ella. La llamé Carmen, como mi abuela. Era una vaca mayor, de eso no cabía duda. Y tenía una mirada tan inocente que me despertaba muchísima ternura.

Carmen confiaba en mí muchísimo, de verdad. Ella me amaba casi tanto como yo a ella. Fue el habitante con quien más tiempo pasé, la que más me esforcé por cuidar. Porque era tímida y necesitaba confianza. Y ese trabajo de ganarme su confianza me llevó muchísimo, pero finalmente lo conseguí.

Las vacas son muy intuitivas y sensibles. La gente cree que no lo son porque son grandes y tienen muy poca gesticulación. Pero es que las vacas no necesitan gesticular porque, si lo hiciesen, un depredador podría identificar fácilmente a las más débiles. Por eso los animales que son presas grandes suelen parecer impasibles, pero no lo son. Y para conocer a esos animales, a las vacas, las ovejas, las cabras... necesitas comunicarte con ellos de una manera mucho más profunda, mucho más sutil. Porque es en los detalles donde está el peso de la comunicación y de sus emociones. Y las de las vacas son una pasada. Son tan nobles, tan buenas, tan inocentes y tan cariñosas... cuando te las ganas.

Carmen me conquistó en aquel lugar mientras esperábamos a que nos dejasen salir de allí. Le bastó una mirada. Y yo tardé mucho más tiempo en conquistarla a ella, pero finalmente lo conseguí.

Los meses pasaron y luego los años, y todo en el Santuario iba viento en popa. Estábamos en medio de una campaña para cambiarnos de terreno a uno más grande y mejor. La gente nos apoyaba y habíamos iniciado los trámites para ser una Fundación. Y el 27 de enero de 2017 vino una veterinaria a hacer los saneamientos de las vacas. Eso es, básicamente, hacer los test y la lectura —que se hace tres días después—. Y ese día

era la lectura. Y yo, como cada vez que nos tocaba hacerlo, estaba tranquila. Pero de repente la veterinaria dijo:

—Uy, esta vaca da positivo en tuberculosis.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Cóóómo? —le pregunté.

Me acerqué y me enseñó la inflamación de la piel, en el sitio que había pinchado tres días antes. Entonces cogió la oreja, sacó unas tijeras y nos dijo que tenía que cortarla en forma de t y que en quince días debía ir al matadero.

No os imagináis cómo fue mi reacción cuando la vi intentando rajar la oreja de mi vaquita, de mi Carmen. Y mucho peor cuando me dijo que tendría que enviarla al matadero.

Le pedí, le ordené, que se fuese. Y cuando me dijo que me iba a meter en un lío, le respondí que era mi problema y que ella ya no pintaba nada aquí, que hablaría con sus superiores pero que se fuese.

En ese momento llamé a nuestro abogado y nos pidió que no firmásemos nada.

Eso fue un viernes, y el fin de semana siguiente busqué información al respecto y hablé con muchísima gente que sabía más que yo del tema.

Resulta que la tuberculosis es una enfermedad que está en todas partes. De hecho, se supone que el cincuenta por ciento de los animales salvajes la tienen. Los animales de los zoos también la tienen, pero no les obligan a matarlos porque son zoos. A los ganaderos sí que les obligan porque esos animales son para el consumo humano, pero ellos se quejan porque dicen que las pruebas no son fiables.

En los zoos, por cierto, las puertas siguen abiertas y millones de niños pasan por allí habiendo animales enfermos dentro.

¿Y a nosotros nos querían hacer matar a Carmen? Para que entendáis bien la situación, nos intentaban aplicar una medida destinada a evitar que la carne de Carmen acabase en un plato. Pero como podréis comprender, los animales de un Santuario son animales de un refugio. No solo no son comida, sino que un Santuario forma parte de una lucha para que los animales dejen de serlo. Somos veganos. Soy vegana desde hace casi veinte

años.

Cuando los animales mueren en el Santuario, les llevamos a incinerar o se los llevan los camiones que retiran cadáveres. Somos un refugio, una especie de protectora, pero de animales que no tienen otro sitio donde ir. ¿Tan difícil era de entender?

Porque la diferencia es muy importante. A los animales los masacran en las granjas ante cualquier sospecha de enfermedad, pero no lo hacen por la especie. No es que una vaca deba ser tratada así por ser vaca. Más bien tratan así a las vacas porque la ley asume que solo existen para acabar en un plato. Y entonces ¿qué sucede cuando una vaca no existe para acabar en un plato? Pues algo muy sencillo. Como nunca nadie les ha hecho esta pregunta y no les interesa que se la hagan, nos intentan tratar como si mintiésemos. Para ellos los animales que viven en un Santuario van a terminar en la cadena alimenticia y por ese motivo merecen morir si enferman.

Eso no sucede como digo en un zoo, donde no acaban en la cadena alimenticia. Y esa misma enfermedad no provoca que un perro, que la puede contraer y transmitir igualmente, deba morir porque no va a terminar en la cadena de consumo. Esto fue lo que le dijimos a la Administración.

El lunes siguiente, día 30 de enero, el funcionario responsable me llamó y estuvimos hablando. Intenté explicarle todo esto y ¿qué me dijo? Pues estas palabras, literalmente:

—Laura, si querías que no matasen a tus animales, haberte dedicado a perritos y gatitos. Pero a una vaca la vamos a matar.

Si hubiese sabido como soy, se habría ahorrado esa estupidez y falta de respeto a mi trabajo y a todo un movimiento enorme que nos respaldaba.

Al día siguiente nos reunimos con unos abogados especializados y nos dijeron que podíamos arriesgarnos a cuatro años de cárcel y una multa de, en el peor de los escenarios, un millón doscientos mil euros. Y les dijimos que no nos importaba. Les dije que no me importaba. Que para llegar a Carmen tendrían que pasar por encima de mi cadáver.

Hicimos una prueba alternativa de tuberculosis y salió negativa. Y eso nos dio aún más fuerzas.

El miércoles 1 lanzamos una campaña a las dos de la tarde, cuando cerraban la Administración. Habíamos concertado una reunión el día siguiente a las nueve de la mañana, pero pensábamos llegar allí con todas las cartas sobre la mesa. Con todo el miedo que habíamos pasado esos cinco días, ya no nos podían asustar más. Y pasamos al ataque.

Hicimos un directo en redes sociales que consiguió, en pocas horas, ochocientas mil reproducciones. Explicamos la situación e iniciamos una campaña que se llamaba #Salvar a Carmen.

La gente se volcó y empezó a darnos su apoyo. Fue increíble. Tenía tantas ganas de llorar de la emoción y los nervios... A la mañana siguiente habíamos recogido ochenta mil firmas. Por cada una le llegaba un tuit al consejero de Medio Ambiente, así que imaginad si se enteró o no de la campaña.

Cuando llegamos a la reunión, estaba todo el gabinete presente. Lo sabemos porque nos equivocamos de planta y casi entramos en la sala. Pero al ser acristalada, les vimos y evitamos pasar.

En la sala de reuniones que nos tocaba estaba la jefa de área con una carpeta que decía «Carmen» y al leer eso, al ver que en el área de ganadería, llena de carteles ganaderos y taurinos, se referían a ella por su nombre, supe que todo iba a ir bien.

La reunión fue bastante bien, y nos dijeron que, ciertamente, no podían obligarnos a matar a Carmen. Estuvimos un buen rato hablando de las diferencias fundamentales entre una granja y un Santuario, y que no tenían nada que ver. Nos confirmaron que podría vivir, pero que tendríamos que cumplir con unas medidas de bioseguridad que garantizasen que, de estar enferma, no era un riesgo para otros animales.

Todo me pareció fantástico. Mientras ella hablaba, yo solo quería volver al Santuario corriendo y abrazar a mi vaquita, a mi Carmen, y llenarla de besos. De miles de besos.

Cuando terminó la reunión, el director general quiso conocernos. Fue muy amable, aunque se le notaba el cabreo

monumental que tenía. Me dio igual. Yo no fui allí a hacer amigos, sino a salvar a Carmen. Y lo había conseguido.

La forma en que la defendimos, el no ceder ante la Administración y la negación a que pisoteasen nuestros derechos y los de Carmen me supuso varias discusiones con Edu, que no tenía tanta confianza en que todo fuese a salir bien. Pero valió la pena, aunque ahora me doy cuenta de que el precio que pagamos fue mucho mayor que el que en ese momento pensé.

❁ ❁ ❁

Carmen vivió casi tres años más. Tuvimos que mantenerla aislada y no volvió a estar con otra vaca. Yo pasaba por allí todo lo que podía para compensar su soledad. Por suerte siempre fue un poco solitaria.

Carmen murió porque era muy mayor y empezó a encontrarse débil. Nunca desarrolló ninguna sintomatología de esa enfermedad. Tenía muchísimo apetito y aún más ganas de vivir. Pero una mañana no se pudo levantar.

Ese día lo pasé entero con ella, intentando mantenerla en pie y haciendo todo lo posible. No lo conseguí. Al siguiente hice lo mismo y tampoco. Al tercer día vino nuestro veterinario y nos dijo que llegados a ese punto era muy difícil que se recuperase. Que normalmente se desencadena un proceso muy complicado y que acaban muriendo. Y que con ese tamaño necesitaba poder ponerse de pie.

Había dejado de comer y de rumiar, y me miraba de forma diferente. De repente había perdido las ganas de vivir.

La entendí con solo esa mirada y, aunque me costó tanto que no soy capaz de describirlo, me acerqué a ella, apoyé mi frente en la suya y llorando le dije que había llegado el momento de despedirnos y decirnos adiós.

No vi sus ojos apagarse tras la inyección porque las lágrimas me lo impidieron. Ella vivió sus últimos años sola en el Santuario, pero con todo el amor que le pude dar. Y no supo que había sido la vaca más famosa de Europa. Porque su historia, nuestro logro, fue toda una revolución, para lo bueno y

para lo malo.

Hasta entonces los Santuarios no éramos más que una «graciosa» anécdota de gente «sensible» que tenía la loca idea de tratar a una vaca como se trata a un perro. Pero el día que salvamos a Carmen, por primera vez en Europa, una vaca fue tratada como un animal, no como un producto. Y las Administraciones y la propia industria de explotación animal se dieron cuenta de qué trataba esto. No estábamos contando la historia de Bambi en versión granja. Estábamos iniciando un camino, una lucha, en la que ningún animal pudiese sufrir todo lo que les hace la industria de la explotación animal.

El día que conseguimos salvar a Carmen un movimiento, el de Derechos Animales, dio un primer paso en esa dirección.

Carmen no lo supo, pero había sido la vaca más afortunada del mundo. Y yo la persona más dichosa de haber podido ser su madre, su amiga y su cuidadora durante el tiempo que tuve el placer de compartir con ella.

Carmen murió en mis brazos y no en un matadero. Sus últimos años de vida fueron bonitos y se fue llena de paz y de amor. Nunca pisó un matadero ni sintió el terrible horror que sufren los animales.

El único daño que le hicieron quedó atrás, muy atrás, cuando puso un pie en el Santuario y aquí cumplimos la promesa que le hice. La protegimos y cuidamos hasta el final de sus días.

Linda y Dulce. Dos vidas con un triste final

En la primavera de 2016 tuvimos un rescate increíble, tanto por sus implicaciones como por la cantidad de animales que salvamos.

Un ganadero de Navarrete había cerrado la granja y dejó a las ovejas dentro. Mes y medio después, y tras las denuncias de los vecinos, el Seprona entró y encontró un escenario dantesco. Ciento diez ovejas habían muerto y sus cadáveres se amontonaban sobre los bebederos automáticos, contaminando el agua.

Al tener agua pudieron sobrevivir, aunque muchas de ellas habrían preferido morir antes de sufrir lo que soportaron en ese infierno. No quedaba comida y las madres que habían tenido la desgracia de dar a luz en esas condiciones —no olvidéis que el negocio de un ganadero es dejar que las madres se queden embarazadas para que tengan hijos, arrebatárselos y enviarlos al matadero— tenían mastitis y los bebés no podían alimentarse.

Cuando nos dieron el aviso decidimos acoger a las más graves que, obviamente, eran los corderos que habían sobrevivido. Lo decidimos así porque afrontar los gastos veterinarios es algo muy complejo y nosotros teníamos la posibilidad de hacerlo en ese momento y, además, contábamos con los mejores servicios veterinarios cercanos, incluidos dos hospitales universitarios.

Aunque me encantaría hablaros de los navarretes, que es así como les llamamos, de Mo, de Me, de Flor y Edén, de Giger..., esta no es su historia. Quiero contaros otra, la de Linda y Dulce, que coincidieron en el mismo lugar, que lo tenían muy difícil para aguantar y cuyos casos también me enseñaron una lección. Me gustara o no lo que aprendí.

Mientras estábamos cuidando a los primeros ocho corderos de Navarrete, llegaron ocho más al día siguiente. Una de ellas era una oveja adulta en un estado penoso. Estaba tan delgada, tan extremadamente delgada, que me dio hasta impresión cuando la cogí para bajarla del coche. No era muy mayor, pero ese mes y medio la había dejado al borde de la muerte. Tenía los ojos hundidos por la extrema delgadez y la deshidratación y, aun así, su mirada todavía mantenía algo de vida. Pero era una vida que se iba apagando poco a poco.

Nada más llegar le pusimos suero y fluidos, vitaminas y le sacamos sangre para llevarla a analizar. Bea, la que entonces era nuestra veterinaria, se quedó impresionada por lo caquéctica que llegó —delgadez extrema, al borde de que su cuerpo se alimenta, una vez agotadas las reservas, de sí mismo —.

Era tan dulce y se la veía tan inocente que le llamamos Dulce. En situaciones así se te hace inexplicable entender cómo alguien les puede hacer tanto daño, cómo pueden provocar tanto sufrimiento y no importarles. Me imaginé cómo sería cuando estaba bien, cuando corría con sus amigas, cuando estaba con sus bebés. Cuando te miran de esa manera tan dulce y bonita como solo una oveja puede mirar. Pero en sus ojos no quedaba apenas rastro de esa vida anterior. Se estaba consumiendo y esperaba de corazón poder salvarla.

Mientras estábamos poniéndole suero, recibí una llamada de Toni, un voluntario que estaba fuera, con su furgoneta, esperando con una ternera recién nacida. ¡Una ternera!

Salí rápido y le pregunté qué hacía allí, y sin decir nada me pidió que me asomase a la furgoneta y la vi. Era lo más precioso que he visto nunca. No os puedo expresar con palabras lo que me pareció. Debía de tener un día de vida y padecía Wry Nose, una malformación que les provoca que

tengan el paladar hendido y la nariz se tuerza hacia un lado.

Tenía el pelo marrón anaranjado y muy denso. Unos ojazos enormes con unas pestañas infinitas. Un cuerpecito de bebé y una lengua que le colgaba de forma adorable. Y tenía la carita más bonita que había visto nunca.

Mucha gente hubiese pensado que era fea al verla, pero a mí me pareció la vaquita más linda del mundo. Y la llamé Linda.

Bea me habló sobre la enfermedad y me dijo que eso provocaba la muerte si no se era cuidadoso, ya que la leche se le podía ir al pulmón por el tipo de paladar. Me dijo también que a veces provocaba otras malformaciones en órganos, como el corazón, y podía provocar muerte súbita.

Me ayudaron a meterla rápidamente en la habitación para que estuviese calentita, y estuve toda la tarde enseñándole a beber la leche en plato, porque el biberón era más peligroso para ella.

Recuerdo que hacía mucho sol y que daba al porche. Ella estaba fuera conmigo y me lamía la barbilla mientras yo me moría de amor en cada momento. Me daba besos sin parar con esa lengua tan suave y esa naricita tan linda. Era tan cariñosa...

Por la noche tenía a Dulce en un lado de la habitación con todo el kit. Estaba con el suero y tenía la cama más cómoda de todas. Linda, en cambio, tras tomarse la leche, se había quedado dormida a los pies de la cama en forma de ovillo.

Me despedí de las dos hasta el día siguiente. Pero me quedé un poco más porque de repente Dulce empezó a rumiar y le ofrecí unas hojas que había preparado y un poco de alfalfa. Era la primera vez que parecía recuperar la vida y me llené de esperanza. Me dormí algo más tranquila. Me costó un rato, pero cada vez que las miraba las veía igual.

A la mañana siguiente me desperté antes de que sonase el despertador, como a las seis y media más o menos. Y cuando miré a Dulce, que era la que más me preocupaba, la vi igual de tumbada y respiré. Sin embargo, hubo algo que me llamó la atención. Fue un instante, pero fue suficiente. Me quedé mirándola de nuevo, intentando ver su cuerpo hinchándose por el poco aire que respiraba, pero no noté nada. Estaba con los ojos abiertos tal cual los había tenido toda la noche y la cabeza apoyada en la posición en la que la había dejado.

Me levanté de golpe intentando no despertar a Linda y mis temores se hicieron realidad. Dulce estaba muerta. Y cuando me giré para ver a Linda la vi tumbada en el mismo sitio, pero con la lengua fuera y los ojos abiertos. Había muerto también. Las dos a la vez.

Cogí su cabeza con todo el cariño y cuidado que pude, esperando que aún respirase, pero no lo hacía. La apreté contra mi pecho y traté de no romper a llorar, mas no pude. Intentaba contenerme de la rabia que sentía y me odié por ello, porque el amor con el que la había buscado unos segundos antes estaba desapareciendo y me estaba llenando de ira y de ganas de encontrarme con quien les había hecho esto. El ganadero que cerró la granja y el que dejó a ese bebé abandonado.

Y al volver a mirar a esos ojazos, ya sin brillo pero igual de bonitos, con esas enormes pestañas y esa naricita tan preciosa, volví a llenarme de amor y la abracé de nuevo.

En unas pocas horas, menos de cuatro, habían muerto Dulce y Linda, y no llevaban ni un día conmigo. No había podido hacer nada por ellas, salvo mostrarles que el amor

existe. Y me quedó el consuelo de pensar que fue lo último que sintieron.

No pude guardarme un tiempo para mí, para afrontarlo, porque nada más levantarme tenía que estar con los corderos de Navarrete, que ya eran quince y la mayoría necesitaban suero y tratamiento. Y de nuevo, a base de sufrir una pérdida, dos pérdidas, y de no poder detenerme a llorar, aprendí que la protagonista de esta historia no era yo, sino ellas. Los animales explotados.

❁ ❁ ❁

Me costó mucho empezar a escribir este libro porque no me considero protagonista de ninguna historia, sino una espectadora privilegiada. Por eso he intentado contar solo lo imprescindible sobre lo que me ha tocado vivir y sufrir rescatando animales y luchando contra un mundo que desea que proyectos como este desaparezcan.

Lo que ellas tuvieron que sufrir hasta llegar a Fundación Santuario Vegan es algo que nunca podré siquiera imaginar. Y mi único consuelo es que, sin yo saberlo, el beso de buenas noches y el amor que intenté darles se convirtió en mi despedida. Y en la única muestra de amor que habían recibido.

La otra lección que aprendí, que me acompaña desde ese día, es no dejar un instante de afecto a un animal rescatado, a alguien que te necesita, para otro momento. Especialmente si está débil o enfermo. Porque quizás sea la última oportunidad que tengas de decirle que le quieres. Y ese gesto de ignorarle o por el contrario de darle amor será lo que se lleve de su paso por el mundo.

Dulce y Linda nacieron para llevar una vida anónima que a nadie le importó. Y he creído que debía contar sus historias para que sepáis, para que todos sepan, que existieron y que recibieron amor. Que para mí fueron alguien y que este capítulo se lo dedico a ellas y a todos los animales que han muerto sin saber que había algo bonito en este mundo que podrían haber descubierto. Quizás no sirva de mucho, pero he sentido que lo debía hacer.

Sakura. La ilusión por seguir adelante

Aunque parezcan tristes, la mayor parte de las vivencias que os he contado fueron en realidad maravillosas. El sentimiento agridulce es la esencia misma de la vida, de los animales explotados.

Es por ello que al final de la vida de un animal rescatado derramarás muchas lágrimas. Pero mientras llega, sentirás emociones de alegría y satisfacción y, a veces, te divertirás como nunca.

Esto es lo que he sentido con Sakura, una cerdita bebé que rescatamos hace poco, en la primavera de 2021, y que me devolvió una ilusión que empezaba a perder.

Todo comenzó con un mensaje. Una activista por los Derechos Animales vio caer un bebé cerdito de un camión, o se lo contaron, no recuerdo bien. Lo que sí sé con certeza es que ella fue a su rescate mientras estaba en la carretera y la llevó a su casa. Era un bebé, bueno, una bebé, y necesitaba cuidados muy especiales para salir adelante.

La cuidó durante una semana mientras le buscaba un hogar definitivo y fue así como esa preciosidad acabó en mis brazos.

Recuerdo el día que llegó y el momento en que la vi. Ya os lo he dicho, pero me gustaría repetirlo: amo a los cerdos. ¡Me parecen los seres más increíbles del mundo! Y esta bebé, a la que llamé Sakura, era lo más bonito que había visto nunca. Cuando Ricki llegó me pareció precioso, pero Sakura era aún más bebé. Y había aprendido mucho en los últimos siete años.

Había cambiado y, cómo decirlo, me había vuelto más dura para protegerme. Las emociones en un Santuario son una verdadera montaña rusa, y para una persona sensible como yo, puede ser muy difícil si no aprendes a tener control sobre los sentimientos.

Pero aun así, cuando la vi me emocioné. La abracé y me la llevé dentro, a mi habitación, para que estuviese calentita. La bañé, la limpié y la sequé. Vi que tenía diarrea, lo que indicaba que había comido cosas demasiado fuertes para ella. Necesitaba una dieta más adecuada y mucho cariño, sobre todo eso.

Los bebés son todos iguales: muy delicados, muy sensibles y todos, sin excepción, necesitan una mamá. Esto es importantísimo. Es verdad que pueden salir adelante sin ella, pero por experiencia esa figura les ayuda a crecer mucho más felices. Y su felicidad implica que, de adultos, sean más cariñosos, más confiados y más dulces en el trato con sus cuidadores y con otros animales. Es decir, una infancia con una madre es tan importante para un animal no humano como para cualquier humano. Así que decidí ser yo su mamá.

Sakura era muy tierna y tímida al principio. Cuando estaba en la cama se tumbaba conmigo y apenas se movía. Le gustaba esconderse debajo de la manta y se quedaba ahí calentita. Los cerdos pequeños tienden a esconderse, ya que son animales muy vulnerables y pasar inadvertidos es su principal defensa. Además, son muy aseados, como los gatos, y rara vez orinan o defecan donde duermen. Algo que choca a mucha gente cuando lo ve, porque no sabe cómo son los cerdos, es que siempre que pueden orinan en el agua. Y esto tiene una lógica que me parece superinteresante, porque es una estrategia instintiva para que los depredadores tengan más dificultad en saber dónde están, ya que el agua del río se lleva el olor. Pero, claro, en el Santuario no hay ríos, sino charcas, así que...

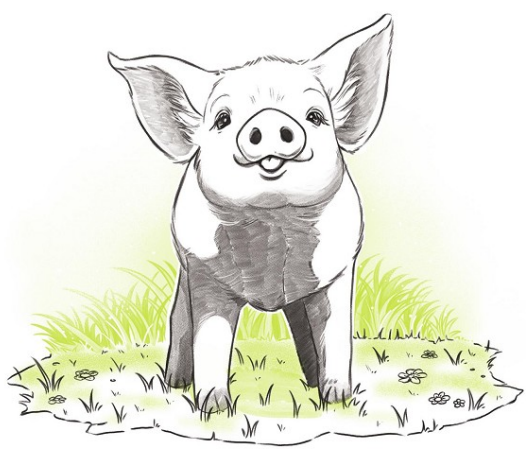
❁ ❁ ❁

Volviendo a los momentos de Sakura de bebé, os decía que le encantaba dormir pegadita a mí. A los gatos que dormían

conmigo no les hacía tanta gracia al principio, pero Sakura era muy delicada y se movía poco, así que ellos la aceptaron al final de buen grado.

Al acercarme con fruta asomaba la cabeza y no podía evitar reírme. Era tan pequeña que al meterse debajo de la colcha de la cama no sabía muy bien dónde estaba. Así que la llamaba por su nombre y ella, que era muy lista, ya sabía que le traía alguna cosa rica para comer. Y entonces serpenteaba como un gusanito y cuando llegaba al final de la colcha y levantaba la cabeza, le quedaba como si fuese una brujita con su capa con capucha o como si llevase un disfraz de fantasma.

A los pocos días de llegar empecé a sacarla a jugar fuera. Era mi momento favorito, estaba todo verde y hacía sol. En cuanto la dejaba en el suelo, de repente le daban como impulsos y se ponía a correr. Se alejaba unos cuantos metros y luego se paraba de golpe como diciendo «ups, ¿dónde estoy?». Y empezaba a dar vueltas sobre sí misma buscándome. Yo, aguantándome la risa, la esperaba detrás de algún árbol y la llamaba. Y si veía que tardaba, me acercaba a ella y al verme se ponía a hacer el sonido de cerdito y me seguía orgullosa.



Pasaba el día en un dormitorio que es el que solemos usar para los bebés. Normalmente son para ovejas o cabras. Es habitual que nos den avisos porque los ganaderos los abandonan directamente en el campo. Los cerdos, al ser

explotaciones herméticas y cerradas para que nadie vea lo que sucede dentro, es más complicado encontrarles fuera de allí.

Cuando estaba en ese dormitorio, Sakura se tumbaba debajo de las mantas y, si te quedabas mirando sin que ella se diese cuenta, a veces se levantaba y se ponía a jugar sola corriendo sin parar de un lado al otro. Una vez la grabamos haciendo eso durante cinco minutos. Pero, luego, cuando se daba cuenta de que estábamos, se quedaba quieta y empezaba a llamarnos para que le diésemos de comer.

Uno de los días más bonitos fue cuando la saqué para que empezase a conocer a otros cerdos. Los cerdos bebés, a diferencia de los adultos, son muy eléctricos. Se mueven nerviosos por todas partes y son casi casi hiperactivos. Como pequeños jabalís. A medida que se hacen mayores se vuelven más tranquilos y crecen muchísimo; de hecho, casi podría parecer que son diferentes especies. Pero cuando ves a un bebé de cerdo, estás viendo a un adulto en pequeño, con las orejas desproporcionadas y las extremidades muy cortitas, el cuerpo muy reducido y los ojos abiertos y enormes. Y una nariz suave y rosa que lo olisquea todo a su alrededor. Así que cuando ve a otros cerdos, un bebé se pone nervioso y empieza a saludarles con efusividad. La mayoría de adultos son muy comprensivos, pero los bebés de cerdo están tan entusiasmados que se vuelven muy intensos, demasiado para los más gruñones. Aun así, los bebés son tan eléctricos que los adultos gruñones no pueden conseguir que les dejen tranquilos hasta que se enfadan mucho, momento en el cual los bebés entienden que han superado un límite y se alejan sin sufrir daño y habiendo aprendido una valiosa lección.

Y ese día Sakura saludó a todos los cerdos sin excepción, unos fueron muy amables y otros un poco más gruñones. Pero todos la trataron con mucha dulzura. Para ella fue un día inolvidable. Al siguiente decidí dejar a Sakura con Ricki, un cerdo que también vino de bebé —y cuya historia ya te he contado— y que se había quedado paralizado del tercio posterior. Era perfecto porque era gruñón con quienes no se habían ganado su confianza y poco ágil —digamos que arrastra el culo y las piernas— como para poder hacerle daño.

Sakura se puso nerviosa al llegar, le olió y le invitó a jugar unas veinte veces. Ricki fue muy paciente. Me sorprendió porque, en realidad, nunca le había visto de adulto tratando con una bebé. A Sakura le vino bien esa fase de aprendizaje y de convivencia con alguien como él. Y cuando consideré que ya estaba preparada, empezó a vivir fuera con los demás cerdos, aunque de noche volvía al dormitorio.

Siempre le dedicaba mucho tiempo porque teníamos una relación especial. Yo era su mamá y ella era mi pequeña. Venía corriendo cuando la llamaba y luego se iba a jugar de nuevo y a explorar todo el Santuario. Era como un cachorro de perro sin apenas diferencia. La única diferencia era que tenía que aprender a vivir con cerdos, a establecer un vínculo con su familia de cerdos mayor que el que tenía con sus cuidadoras, que el que tenía conmigo. Y esto, que a veces resulta tan difícil, es un aprendizaje que llega con los años. Aprender a soltar, a dejar que hagan su vida y que nuestro vínculo perdure pero de un modo distinto es algo que cuesta, sin embargo, es fundamental en un Santuario. Centrarte en su felicidad y no en la tuya es la única forma de garantizar que podrás seguir rescatando animales y ser su apoyo, su amiga o su mamá, pero solo cuando lo necesiten. Y todo el amor que sientas por cada vida que rescates será cada vez menos correspondido. Siempre quedará una relación especial, pero nunca será como esa que tuviste cuando fuiste su apoyo y su luz en la oscuridad al llegar, tras el abandono, el abuso o la inmensa fortuna de caer de un camión que les llevaba al matadero.

Y ese momento llegó, y tuve que empezar a soltar.

Un día la dejé durmiendo con Anita y Carlota, dos cerdas que habíamos rescatado poco tiempo atrás. Eran muy jóvenes, Anita tenía cerca de un año de vida y Carlota unos ocho meses. Ya se conocían de fuera, de estar juntas por el día. Aunque Sakura iba más a lo suyo y estaba más pendiente de mí que de ellas.

❁ ❁ ❁

Los cerdos son tratados de la peor forma posible porque la

gente no se para a conocerlos. Son los animales más simpáticos y divertidos que puedan existir. Son de los más listos, ya que están entre los cinco animales con más inteligencia del planeta. Son cariñosos y agradecen que les muestres cariño y pases tiempo con ellos. Les gusta tumbarse y descansar. Y dormir la siesta. Son muy dormilones. Cuando duermes la siesta con ellos es como demostrarles que para ti son superimportantes. Porque para un cerdo dejar que otro se tumbe a su lado tiene muchísima relevancia. Es decir, dormir juntas las iba a unir muchísimo, pero podía costar un poco.

La primera noche Anita y Carlota le hicieron algunos rasguños, y Edu me dijo preocupado que quizás era muy pronto para dejar a Sakura con ellas. Pero mi intuición me decía que era el momento, que mientras más tiempo pasase, sería peor. Le dije que los rasguños eran normales. Son cerdos y los cerdos se comunican así, pero rara vez se hacen daño de verdad.

La siguiente noche volvieron a estar juntas y nada más meter a Sakura hubo un poco de pelea. Algo normal y que no me preocupó. Bueno, más bien que me esforcé por no preocuparme. Porque no sé si alguna vez habéis estado en una situación parecida. Un bebé que has rescatado y cuidado empieza a hacerse mayor y llega la hora de juntarle con otros animales de su especie. Y te vuelves superprotectora, provocando que la relación pueda no ir bien porque, sin darte cuenta, lo complicas todo. Y eso era algo que no quería hacer.

Así que confié en Sakura, en mi pequeña. Porque era muy lista y espabilada y, si se había ganado el corazón de Ricki, podía ganarse los de Anita y Carlota también.

Esa noche intenté no pensar en ello. Y a la mañana siguiente, casi me explotó el corazón al acercarme muy sigilosamente y encontrarme a las tres tumbadas juntas, con Sakura entre las dos, y dándose calor mutuo. Ya podía decir de forma oficial que Sakura, siendo una adolescente muy joven, se había hecho mayor.

❁ ❁ ❁

Desde entonces Sakura vive con ellas. Las tres duermen

juntas todavía. Sakura me ha devuelto una ilusión que necesitaba recuperar en esta época de tanto trabajo y responsabilidad. Gestionar Fundación Santuario Vegan y ser la responsable de la salud y la felicidad de todos los habitantes apenas me deja dormir. No lo he dicho hasta ahora porque quiero transmitir la parte más bonita de cada día. Pero la responsabilidad es dura. Y sobre todo en un Santuario donde los animales vienen a pasar aquí el resto de sus vidas. Porque eso significa que cada vez que abres la puerta a otro rescate, hipotecas tu vida para toda la vida de ese animal. Y sabes que nunca podrás abandonar porque te necesita y depende de ti.

Por ese motivo historias como la de Sakura, vivencias tan bonitas y divertidas, me hacen darme cuenta de cuánto amo mi trabajo, de cuánto amo mi lucha y de cuánta fuerza me queda todavía para seguir.

Avellano. El caballo sumiso

Un día de verano, el mismo año de la pandemia, recibí un aviso de un caballo en mal estado. Avisos como estos nos llegan a menudo.

La gente suele tener a los caballos en lugares cerca del pueblo donde viven y, aunque sus condiciones de vida sean miserables, lamentablemente son legales en la mayoría de los casos. Es decir, no hay nada que se pueda hacer. Por este motivo, cuando me llegó el aviso, apenas me llamó la atención, pero cuando me enviaron la foto, me quedé sin palabras.

Hemos contado ya el caso de Fresno, un caballo que llegó, literalmente, en los huesos. Pues Avellano llegó un mes antes y, aunque parezca mentira, su estado era muchísimo más grave. Las fotos que vi eran las de un caballo sin un solo gramo de músculo. La columna se le marcaba tanto que, visto desde atrás, costaba identificar de qué animal se trataba.

La persona que nos dio el aviso nos dijo que ya estaba el decomiso y que podría venir de inmediato. Me contó que paseaba por la zona, a la afueras de Navalcarnero, y que vio al caballo sin comida ni agua y apenas sin aguantar en pie. Me dijo también que un tratante de ganado lo había comprado. Esta gente suele comprar caballos que ya nadie quiere, que son mayores o están enfermos, y los vende luego al matadero. Y me contó que parecía que le era más rentable no darle de comer que gastar dinero en comida. Sea como fuere, y sin querer profundizar más en las oscuras motivaciones que llevan a alguien a hacerle esto a un animal, Avellano venía a Fundación

Santuario Vegan casi de inmediato y yo le recibía con muchos nervios. Mi experiencia con animales que llegan en un estado tan brutal no era demasiado buena, y no sabía con certeza cómo se iba a encontrar. Y lo que encontré fue peor de lo que me temía.

Bajando del van de caballo vi a un ser que apenas podía mantener los párpados abiertos. Delgado hasta el extremo, pero de verdad. Su piel estaba llena de marcas y el pelo se le caía. Caminaba que parecía que se iba a desplomar de un momento a otro.

Dejamos a Avellano en una zona con agua y comida y esperamos a que viniese la veterinaria. Después de explorarle nos dijo lo que imaginábamos: estaba en una fase crítica en la que el propio organismo podría empezar a alimentarse de sí mismo, agotando sus reservas —las pocas que le debían de quedar— y provocando la muerte. Se llevó una muestra de sangre al laboratorio y nos pidió que le dejásemos tranquilo. Así lo hicimos.

❁ ❁ ❁

A la mañana siguiente, a primera hora, Edu me dijo que fuese corriendo al lugar donde estaba y lo encontré tirado en el suelo. Me imaginé lo peor, pero vi que se debía de haber caído o tumbado, y las piernas se le habían trabado en una cancilla. Y con su escasa fuerza, no había podido sacarlas de allí. No podía levantarse y entonces sí que pensé que había poco que hacer, pero insistimos e insistimos y al final logramos que se quedara de pie. Luego lo llevé a un dormitorio cerrado con una cama enorme de viruta.

Poco después me llamó Patri, la veterinaria. Me explicó que la analítica era terrible y que tenía una enfermedad mortal, piroplasmosis, que le había provocado una anemia brutal. ¡Lo que le faltaba al pobre! Pero no solo eso. Me dijo que, además, el tratamiento era muy fuerte y que en su estado podría ser peor el remedio que la enfermedad.

El día de antes le había revisado la boca y había visto que tenía los dientes de pena, como suena. Llevaban años sin

atenderle y, literalmente, no podía comer. Había adelgazado tanto, al extremo, porque nadie se había preocupado lo más mínimo por él. Ni siquiera una pequeña revisión veterinaria.

Avellano tenía veinticuatro años, una edad en la que, con los cuidados necesarios, podría haber tenido una digna vejez.

Decidimos ponerle el tratamiento y esperar que todo fuese bien. Los primeros dos meses fueron un suplicio de preocupaciones, de idas y venidas, de horas pasándole suero, buscando la alimentación correcta. Al final decidí darle una papilla de varios componentes y fue un acierto. No solo la podía comer, sino que, además, empezó a mostrar algo de apetito.

❁ ❁ ❁

Avellano era un caballo muy sumiso y débil. Se dejaba hacer de todo sin quejarse y estaba siempre con los párpados caídos. Cuando salía a dar un pequeño paseo, metía «los tobillos» de atrás hacia dentro, y es que daba la sensación de que se iba a caer al suelo con cada paso.

Dediqué muchísimo tiempo a que se recuperase, me daba una pena enorme. Cuando le miraba, recordaba a un camión que vi una vez. Estaba acostumbrada a ver camiones que llevaban animales al matadero, y siempre eran las mismas caras que te rompían el corazón: corderos, cabritos, cerdos, terneros... Todos ellos bebés que habían separado de sus madres y que, sin saberlo, hacían su último viaje. Algunos, como el caso de los cerdos, era la primera vez que veían la luz del sol o respiraban aire puro, y asomaban sus pequeños hocicos, sus narices, por las trampillas de la caja metálica sin saber qué era eso tan maravilloso que había fuera, y sin saber que era la única vez que lo iban a ver. Pero ese día no eran cerdos. Eran caballos. Y no eran jóvenes. Eran ancianos. Eran caballos asustados que un tratante llevaba al matadero. Caballos de los que «sus» propietarios se deshacían porque ya no les servían para nada, vendiéndolos como si fuesen vehículos viejos vendidos a un desguace. Y sus caras, sus miradas, me rompieron por dentro. Al mirar a Avellano sentía lo mismo, y pensaba que se había

salvado por poco, por muy poco, y que merecía ser feliz. Y quería que sus ojos volviesen a brillar.

Una noche en casa me puse a pensar en cómo debía haber sido su vida y me dediqué a indagar. Desde su cartilla encontré el nombre del anterior propietario, y, buscando en redes, le encontré. Al revisar sus fotos vi una en la que salía montado encima de un caballo. Y era él, Avellano. Un joven y apuesto caballo marrón con los «calcetines» blancos, fuerte y lleno de vida. Y me entraron ganas de llorar.

¿Sabéis esa sensación de abandono que se tiene al pensar que la persona en la que confiabas te traiciona de la peor manera? No solo le abandonas, no solo te deshaces de él. Eras lo más importante y el dueño de su vida. Y cuando te deja de ser útil, ¿lo vendes a un miserable que lo va a enviar al matadero? La reflexión no fue acertada. El miserable sin duda era él. No sé, es terrible, es incomprensible, y me provoca una frustración que no puedo expresar con palabras.

Dejé de pensar en ello y me centré en ayudarle y en recuperar su felicidad. Y si tenía que morir, que fuese dignamente, disfrutando del cariño, del amor y de los cuidados que todos merecemos.

❁ ❁ ❁

El tratamiento continuó y sus crisis las fui esquivando con suero, con suplementos y con mucha insistencia. Y un día, un buen día, ¿qué digo?, un maravilloso día, cuando me acercaba a Avellano a primera hora de la mañana lo vi de pie, asomado a la puerta, mirándome. Y relinchó ¡por primera vez!

Tenía hambre, tenía ganas de verme. Tenía alegría y sobre todo unos ojos maravillosos y brillantes con una chispa al fondo que decían: «Buenos días, cuidadora. ¡Qué hambre de vivir tengo hoy!». Fue tan bonito. Esa mañana le saqué fuera y conoció a Fresno. Estuvieron juntos un rato y le vi feliz. A las pocas horas le llevé de vuelta a su dormitorio y se quedó tranquilo. Había sido una jornada increíble para él.

Los días siguientes fueron parecidos. Avellano me recibía llamándome y recordándome que tenía hambre. Pero siempre

le tocaba esperar porque su papilla tardaba treinta minutos en estar suficientemente blanda para que un abuelete como él la pudiese comer. En ese tiempo me veía llevar la comida a muchos otros y se ponía nervioso e impaciente, lo cual era, sin duda, el mejor síntoma de felicidad.

Cuando entraba en su dormitorio solo buscaba la comida. Se la comía rápido y continuaba con los desayunos de los demás. Pero luego, cuando iba a sacarle, me esperaba en la puerta y se acercaba a mí. Me olía las manos y las movía suavemente para que le acariciase la cabeza. Y yo lo hacía. ¡Avellano era tan dulce! Un anciano que apenas había disfrutado de cariño, que había sido traicionado, que había estado a punto de morir y que ahora conocía el amor cuando había perdido toda la esperanza. Avellano era un superhéroe para mí. Y un día, estando con él en su dormitorio antes de sacarle, cepillándole para que su pelo nuevo brillase como se merecía, me miró fijamente, me puso su nariz pegada a la mía y me dio un lametazo muy suave.

Los caballos no suelen hacer eso y me resultó raro, pero luego me miró otra vez y movió mis manos con su nariz, con delicadeza, para que le acariciase. Y se quedó ahí disfrutando de las caricias y del cepillado. Entonces caí en la cuenta de que, para él, la superheroína era yo. Eso me provocó una sonrisa, pero pena también. Yo no era una persona especial y eso era triste. Porque Avellano, o cualquier otro animal, debería vivir en un mundo en el que la gente les tratase bien. Yo no hacía nada más que tratarle como me gustaría que me tratasen a mí. Solo era amable y le cuidaba. Pero no tenía tanto tiempo para él porque cuidaba a muchos más. Aun así, era lo más especial que le había pasado nunca. Y me lo hizo saber. Y no pude evitar abrazarle y sonreír, aunque alguna lágrima se me escapó,

lágrimas que solo entendimos él y yo.

Ese día Avellano salió y jugó con Fresno como nunca. Estaba radiante, su pelo brillaba, se le veía fuerte, se le veía sano... se le veía feliz. Luego, por la tarde, al entrar en su habitación a dormir, noté algo extraño. Estaba cabizbajo y apenas quiso cenar.

Patricia, nuestra veterinaria, venía a la mañana siguiente. Le sacó sangre y le pusimos suero. Su enfermedad aún estaba latente y le había provocado anemia de nuevo. Y pensé en el día anterior y en lo bonito que había sido. Y otra vez volví a preocuparme por él y a luchar. No voy a decir que todo ha sido perfecto desde entonces. Pero tampoco que ha sido un drama. Sencillamente, desde ese día Avellano ha estado bien, pero siempre tengo la duda de si irá a peor. Sé que lo ha pasado muy mal y que eso tiene consecuencias. También sé que Avellano es feliz junto a Fresno y Algarrobito y que le encanta el momento en el que sus cuidadores entran a darle el desayuno o a llevarle la cena.

Soy consciente de que Avellano es mayor y de que su salud es delicada. Y que un día puede darnos un susto. Pero no me importa. Rescatar animales y darles una segunda oportunidad es lo que tiene. La gente no abandona a los caballos sanos y fuertes. A esos, en todo caso, los venden y los tratan como lo que ellos creen que son: mercancías. Por este motivo en un Santuario siempre debes ser consciente de que los habitantes no vienen para quedarse para siempre. O sí, pero ese «siempre» es el suyo, el de su vida. Que tiene un principio y tiene un final y que seguramente lo verás. Pero también es cierto que si cada día te despiertas y al verles piensas que, a pesar de que a todos nos llega el final, ese final no es hoy, entonces puedes disfrutar de ayudarles y de saber que con tus acciones, con tu misión, estás poniendo tu granito de arena para construir un mundo mejor.

Los recuerdos de Eduardo

Mel. Una historia de amor y liberación

Si tuviese que elegir un animal que me ha marcado, seguramente sería Mel. Y no porque le haya querido más que a otros o porque su historia me haya resultado más impactante, sino porque fue la que nos impulsó a crear Santuario Vegan.

Era julio de 2011, en Montserrat, Valencia. Y era el día más caluroso de todo el año, con más de treinta y cinco grados a la sombra, por lo que imaginad el calor cuando te quedabas al sol. Laura y yo cogíamos la furgoneta para ir a un acto reivindicativo sobre el veganismo y hablábamos sobre ovejas. No es que fuese un tema habitual, ni mucho menos. De hecho, era una de las primeras veces que lo tratábamos. Y el motivo era que dos días antes nos habían traído un cordero rescatado.

En ese momento convivíamos con más de cincuenta animales rescatados: treinta y tres gatos, diez perros, cinco gallinas, cuatro ratas y un erizo. Así que cuando nos preguntaron si podíamos acoger a un cordero, decidimos que sí.

No fue fácil, claro. Porque los animales considerados «de granja» tienen un problema enorme para salvarse del matadero, ya que la ley no contempla que puedan ser animales sin más, seres que sencillamente viven y lo hacen a cargo de una persona responsable. Para la ley son productos, de forma que solo pueden vivir en una granja o ir al matadero.

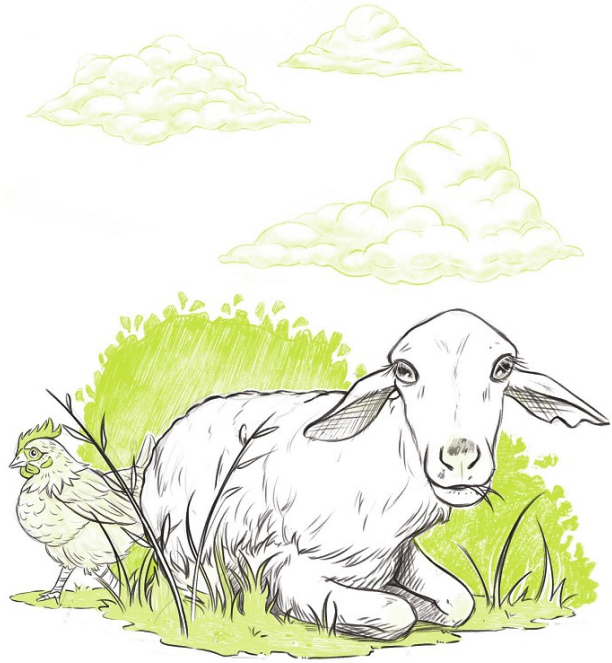
Por ese motivo tuvimos que pensarlo mucho y darle vueltas. Pero, bueno, vivíamos en el campo, en una vivienda

aislada y mucha gente de la zona tenía animales en su casa que luego se comía, por lo que consideramos que no sería un problema y le abrimos nuestras puertas.

Parecía una decisión irrelevante para el destino de nuestras vidas, pero no fue así.

Para que lo sepáis —porque seguro que ella no lo cuenta— Laura es una persona extremadamente responsable con cada vida que rescata. Así que, ya sea antes o después de acoger a un animal, se lee toda la documentación que existe, foros, estudios... para estar preparada y poder darle los mejores cuidados, alimentación y atenciones. Puede tardar días o años en tenerlo claro, pero es una de las personas que más sabe —o la que más— de cuidados de los animales «de granja» que he conocido. Y he conocido muchísima gente dedicándome a lo que me dedico.

Por ese motivo íbamos en la furgoneta, con el aire acondicionado a toda potencia, y Laura me explicaba que, por la psicología de las ovejas, deberíamos rescatar, como mínimo, a otra. Yo intentaba hacerle entrar en razón, recordándole que si empezábamos a rescatar ovejas, tendríamos un problema legal y tendríamos, además, que mudarnos, sacarnos permisos, etc.



Pero Laura, que siempre prioriza a los animales y su bienestar, me recordaba que, como activistas y defensores de los Derechos Animales, lo primero es la felicidad de los que rescatamos.

A eso yo le replicaba que si ya era raro que alguien nos contactase para que acogiésemos a un cordero rescatado, como para andar pensando en que nos volviese a ocurrir. Y en ese momento, en ese justo momento, me gritó:

—¡Una oveja! Para, para, para.

Yo era quien conducía y no paré ahí, claro. No quería provocar un accidente. Cuando por fin detuve la furgoneta un poco más adelante, la miré con cara de asombro, mezclada con una extraña duda de si se encontraba bien, y le pregunté si estaba mal de la cabeza. ¿Cómo iba a ver una oveja en medio de la nada, en el mismo momento en que estábamos hablando de la posibilidad de rescatar una?

Ella me miró y me juró que la había visto. Aunque estaba convencido de que se habría confundido con una roca, dimos la vuelta para volver. Y resultó que sí. Allí donde ella había

señalado, en medio de un campo sin árboles, al sol y posiblemente muerta, había una oveja. Los coches pasaban y nadie se dignaba siquiera a mirarla.

Acercamos la furgoneta al arcén y bajamos a verla. No estaba muerta, aunque de lejos lo parecía. Y hacía gestos como si se ahogase, aparte de estar completamente deshidratada, y no podía mover ni la cabeza. Era una oveja adulta mirándonos como suplicando ayuda.

Quizás nunca os haya pasado. Encontrarse un animal abandonado medio agonizante no es bonito. Suele impresionar y, especialmente, cuando te das cuenta de que son mucho más grandes de lo que creías. Pero todos esos pensamientos desaparecen en el mismo momento en que sus ojos se clavan en los tuyos. Porque es ahí, justo en ese instante, cuando algo te traspasa más allá de tu cerebro, como si te llegase al alma. Y sucede algo, como un clic, como un cambio interno que te acompañará toda tu vida.

Es el momento exacto en que el cerebro deja de verles como algo, y siente, comprende, que detrás de esos ojos hay alguien. Porque antes de eso puedes pensarlo, puedes razonarlo. E incluso discutes con gente sobre que los animales en las granjas son alguien y desean vivir. Pero hasta que no lo sientes de esa manera, no nace dentro de ti el sentimiento que te obliga a ayudarles, a darlo todo por ellos. Por esos animales que no tienen nada.

Y así fue.

Laura y yo nos miramos, luego miramos a la carretera, a los coches que pasaban, y nos dimos cuenta de que a nadie le importaba la oveja y lo que fuésemos a hacer con ella. Alguien la había abandonado en ese lugar para dejarla morir porque ya no podía ni caminar. Sin pensarlo, la cargamos en brazos —y no os imagináis lo que pesaba— y la metimos en la furgoneta. Y nos volvimos con ella a nuestro pequeño refugio.

Al llegar lo primero que hicimos fue darle agua. Y se bebió toda la que le ofrecimos. Le volvimos a llenar el bebedero y de nuevo la bebió. Estaba muerta de sed, literalmente. Tenía moscas en la cara, en las piernas... La dejamos en una cama para perros y le acercamos un poco de heno que habíamos

comprado para el cordero. Y prácticamente lo devoró. Y luego nos miró, con una mezcla de miedo y curiosidad, y se giró hacia la pared como para no vernos, quizás pensando que si no nos veía no podríamos hacerle daño. Y así se quedó un par de horas.

La dejamos tranquila ese tiempo para que se relajase mientras pensábamos en cómo lo íbamos a hacer. Buscamos un arnés de rehabilitación que teníamos de Lobo, un perro de tamaño mediano que se quedó tetrapléjico y que, con mucha rehabilitación y ejercicios, había vuelto a caminar.

También reorganizamos espacios para que estuviese tranquila sin perros alrededor, porque al venir de un rebaño era muy probable que les tuviese miedo.

Y, pasado un tiempo prudencial, fuimos de nuevo con ella. Y nos miró con otra cara. Ya estaba relajada y parecía haber entendido que no le íbamos a hacer nada malo. Pero poco sabíamos de ovejas ni de su psicología o cuidados. Lo que sí que sabíamos era que un animal que no se puede mover lo tiene complicado, y habíamos estado muchísimos días, meses, haciendo ejercicios a Lobo para ayudarle a caminar. Así que le pusimos el arnés de pecho y con una manta la levantamos también de atrás y la mantuvimos en el aire.

Al principio estaba completamente quieta, como si su cuerpo estuviese inerte, pero a los pocos minutos empezó a mover las extremidades. Y luego a apoyarlas hasta que, pasado un rato, se puso de pie. Y nosotros respiramos aliviados. Seguramente le había dado un bajón de algo y se había quedado tirada en el suelo. Entonces le dio una tos muy fea y ahí comprendimos cuál debía haber sido el motivo de su abandono.

La llamamos Mel en recuerdo de un cerdito bebé que vimos en una investigación de Igualdad Animal —una organización de Derechos Animales—. En ella, con cámara oculta, grababan a un propietario de una granja de cerdos estampando el pequeño cuerpo de un bebé enfermo porque no les servía para nada. Y aunque sé lo exagerado y alarmante que suena esto, tened en cuenta que ese es el estándar de la industria. Es decir, es legal —y es el modo en el que se suele

hacer— matar a golpes a bebés de cerdos —hasta algunos kilos de peso—, a esos seres inocentes e indefensos, estampando sus cabezas contra pared o suelo hasta que mueren tras un rato de agonía extrema.

Nos impactó tanto que nunca olvidamos su nombre.

Mel fue la desencadenante de la creación del Santuario Vegan. Porque justo antes de decidir meterla en la furgoneta nos miramos Laura y yo y entendimos lo que estábamos haciendo. Porque ya habíamos hablado otras veces de crear un Santuario, pero lo habíamos descartado por la enorme responsabilidad y sacrificio que supondría.

Pero allí, con una oveja moribunda en nuestros brazos, supimos que había llegado el momento. Que era urgente crear un lugar al que esos animales que habían tenido la enorme fortuna de escapar de su cruel destino, pudiesen ir.

Por si no lo sabíais, las ovejas son los seres más increíbles del mundo. Al menos para mí. Son extremadamente pacíficas y acogen a las nuevas con muchísima gentileza y amabilidad. Son muy cariñosas y adoran la comida. Así que juntar a Mel con el cordero, que se llamaba Datxu, fue mucho más sencillo de lo que habríamos imaginado.

Estábamos acostumbrados a perros y gatos. Y ya sabéis lo difícil que resulta juntar animales rescatados, que suelen venir de situaciones terribles de abuso, malos tratos y abandonos, para que se lleven bien y convivan. Y eso nos hacía pensar que quizás pudiese ser complicado. Porque Mel, aun estando débil, era mucho más fuerte y grande que el pequeño Datxu.

Pero fue algo mágico. Cuando Datxu la vio, empezó a balar hasta que le abrimos la puerta. Y ella le respondía. Y cuando él llegó hasta ella, la rodeó con su cuerpo y se quedó pegado al de Mel, como si fuese un bebé que acababa de reunirse con su madre. Y ella se giró hacia él, rozó su frente con la suya, y se tumbaron juntos en la cama de perro en la que ella dormía.

❁ ❁ ❁

Mel era muy dulce. Tenía unas enormes orejas que caían hacia abajo y hacia atrás, y unos ojos enormes que te miraban a

través de esas cuencas tan marcadas por la extrema delgadez.

Tenía algo en su mirada, como esa ausencia de brillo que percibes en la gente que ha sufrido demasiado, que ha tenido vivencias que desearías no conocer. Y, aun así, era muy cariñosa con el pequeño Datxu.

Los primeros días Mel no quería contacto con nosotros. Pero poco a poco nos la fuimos ganando. Y lo cierto es que no fue difícil. Al fin y al cabo, vivíamos con treinta y tres gatos, la mayoría de los cuales formaban una colonia que nos trajimos cuando nos mudamos. No nos fiábamos de los vecinos que se quedaban. Y muchos de esos gatos eran ferales, por lo que estábamos acostumbrados a ganarnos la confianza de animales que no tenían ningún interés en ponerlo fácil.

Por ese motivo, en menos de una semana, ya nos habíamos ganado la confianza de Mel y se quedaba quieta cuando le acariciábamos la cara o el pecho. También se acostumbró a llamarnos cuando tenía hambre y ya no buscaba pasar inadvertida.

Pero su tos no mejoraba. Y ahí aprendimos otra lección fundamental que nunca olvidaríamos: los animales considerados de granja no tienen «médicos». Los veterinarios que estudian para dedicarse a la rama de producción no aprenden a curar ovejas, vacas, cerdos o gallinas. Lo que les enseñan es a garantizar la sanidad para los humanos que se los comen, y a mantener la productividad de las explotaciones. Por eso no había veterinarios a los que pudiésemos acudir para que nos ayudasen a curar a Mel.

Probamos varios tratamientos, pero ninguno funcionaba, aunque ella seguía disfrutando a pesar de su estado de salud tan delicado.

Mel aguantó nueve meses con nosotros. Vivió la mudanza de Valencia a Madrid y conoció a otros animales que fuimos rescatando. Pero una mañana de marzo se quedó dormida y no volvió a despertar.

Recuerdo que la tarde anterior le di un beso de buenas noches. Siempre lo hacía, despidiéndome de ese pequeño rebaño de ocho ovejas y cabras. Y recuerdo que Mel estaba bien, como siempre. Pero al día siguiente, cuando fui a abrirles,

la encontré tumbada, tal y como me había despedido de ella. Con esa mirada llena de dulzura dirigida al infinito, ese en el que se perdía cuando descansaba con sus amigos, quizás recordando a todos los seres queridos que había dejado atrás.

Y aunque no suelo llorar demasiado, esa mañana me metí en mi habitación y lloré mientras escribía una despedida que estuviese a la altura de lo que ella había significado para mí.

❁ ❁ ❁

Mi pequeña Mel, ese ángel que cambió mi vida. Que me hizo abandonar mis sueños y anhelos personales y dedicarme a cumplir los de otros, los de los animales que rescatamos de granjas y mataderos.

Ese ser lleno de ternura infinita que me enseñó a mirar con el corazón a los animales y que me guio en este camino.

Me gustaría transmitir todo lo que me llevé con ella, pero no creo que las palabras sean capaces de cargar con tanto sentimiento. Y aunque una parte de mí murió con Mel, otra nació ese día. Y es la que me ha acompañado todos estos años luchando por los animales. Y la que voy a intentar mostrar aquí.

Luna. El cielo es un prado verde

Un Santuario está lleno de historias. Como os decía, unas son bonitas y otras terribles. Los animales vienen de situaciones muy diversas. Hay algunos que no han llegado a conocer el abuso porque llegan al Santuario a las pocas horas de nacer. Y hay otros que han pasado tantos años de explotación y malos tratos que no te explicas cómo han podido resistir.

Pero lo más duro de esas historias es que, como todo en la vida, tienen un final. Y esos finales pueden ser dramáticos e incluso puedes verlos venir. Aunque muchas veces, muchas más de las que me gustaría, tienes que tomar una decisión por ellos. Sabes que están sufriendo, pero has de decidir si poner fin a su vida. Si vale la pena luchar un poco más, aguantar un poco más. Te planteas si su situación es tan mala como te la pintan o si, por el contrario, puede mejorar. O si, aunque no mejore, en su lugar preferirías seguir viviendo y viendo cada amanecer, sintiendo cada brisa de aire meciendo tu pelo, y cada rayo de sol besando tu piel.

No es fácil. Porque esos pequeños detalles que nos resultan tan cotidianos y triviales muchos de los habitantes no los han podido sentir hasta llegar al Santuario, a veces incluso durante años. Y os prometo que notas en su gesto ese placer de sentirlo por primera vez. Pasado el miedo de llegar a un nuevo sitio, si te fijas bien en sus caras, y sobre todo en su mirada, aprecias el brillo del momento en que sienten esa sensación de

plenitud.

Y cuando les despides, si eres honesto con ellos y te atreves a acompañarles en todo su camino de despedida, ves, también en sus ojos, cómo ese brillo desaparece para siempre. Es un cambio en el que se apaga algo parecido a una llama.

Cuando tienes que decir adiós a alguien a quien quieres porque has decidido que su vida ya debe terminar, porque crees que si pudiese hablar te pediría descansar, ese es para mí el instante más duro de todo el día a día de un Santuario.

Yo no suelo llorar, la verdad. Me cuesta. Quizás mi mente tiene estrategias de evasión y enseguida me enfoco en los problemas y las soluciones. Entro en un modo racional que hace difícil despertar emociones como las que te provocan las lágrimas. Pero en todas las eutanasias en las que he estado, he acabado llorando sin poderlo controlar. A veces ni siquiera he podido hablar. Ha habido ocasiones en las que me he puesto gafas de sol y esperado en una esquina a que todo el mundo se fuese para despedirme de alguien a quien quería. Otras veces he esperado muchísimo tiempo, roto por dentro, intentando pasar desapercibido, desesperado por sentir que cada segundo que pasa hace menos probable que me pueda escuchar, si aún queda algo dentro de su cuerpo, decirle cuánto le quiero. Y cuando nos quedamos solos ese habitante y yo, intento transmitirle todo el amor que nos ha dejado y recordarle todo el que se ha llevado.

Y luego salgo de ahí y me recompongo, y me pongo a trabajar. Así es la vida en Santuario Vegan. Porque los que aún siguen vivos necesitan los cuidados más allá de cómo me sienta. Es por eso que, aunque nunca se lo diga a nadie, la noche de una despedida siempre me guardo un momento para el duelo. Y aprovecho para escribir una despedida que luego publicamos en las redes sociales. Y lloro.

Me he despedido de esta manera muchísimas veces de muchísimos habitantes. Y todas las despedidas han sido difíciles. Pero de todas ellas una fue la que más me costó.

❁ ❁ ❁

Se llamaba Luna, y era una burrita anciana, preciosa y encantadora, que llegaba al Santuario por una rotura de cadera. Tenía veinticinco años y la habían rescatado seis años atrás, con diecinueve, porque dejó de ser útil y la enviaban al matadero. Os sonará esto ¿no es así? Es el final para todos los animales considerados «de granja», no lo olvidéis.

Luna, con veinticinco años, se rompió la cadera en un refugio porque convivía con un burro joven y fuerte que le terminó haciendo daño. Y necesitaba ayuda para levantarse, la cual no le podían brindar en ese refugio. Aquí podíamos hacerlo porque vivíamos en el Santuario. Los cuidados son lo más importante en Santuario Vegan, y para eso es necesario que siempre estén atendidos.

Así que en febrero de 2014 nos fuimos, un día de nieve, a por una anciana con la cadera rota al norte de Madrid. No parecía un plan que me entusiasmase, sobre todo cuando la furgoneta que llevábamos empezaba a patinar. Pero al menos ella iba a venir en un remolque movido por un todoterreno, así que no era un problema añadido.

La verdad es que no veía más que complicaciones en todo porque, además, eran unos días de mucho estrés, ya que habíamos recibido material para montar un vallado porque los cerdos se escapaban y pensaba que debería estar empezando a prepararlo. Pero cuando la vi, mis sentimientos cambiaron de golpe.

Pocas veces alguien me ha despertado tanta ternura. Bueno, si ya me vais conociendo sabréis que cuando digo eso lo hago excluyendo a las ovejas que, para mí, son lo más de lo más en cuanto a ternura. Pero sí, Luna tenía algo especial. Una mirada triste, pero ¿cómo decirlo? Como si tuviese ganas de ser feliz y no se atreviese a intentarlo.

La llevamos entre varios al remolque, la dejamos tumbada y vinimos al Santuario. Y aquí la bajamos como pudimos y la metimos en el que sería su dormitorio. Y ahí empezó una bonita relación, al menos para mí.

Levantarla no era fácil. Era algo que ya imaginábamos, pero una cosa es imaginar y otra diferente es verte haciéndolo. Así que en poco tiempo monté un polipasto, que es una especie

de motor con poleas dentro, con un cable de acero y un mando, que se usa para levantar cargas pesadas. Estaba anclado a una viga del techo y le pasábamos dos cinchas a Luna, una por el pecho y otra por la ingle, y luego una tercera que las unía para que el peso quedase bien repartido. Y enganchando el cordón del polipasto a la cincha que unía a las otras dos la levantábamos.

Con este aparato y el nuevo sistema era mucho más fácil subirla y lo hacíamos entre varias personas. Pasar las cinchas era difícil porque un animal como Luna pesa mucho y meter la mano debajo de ella para sacarla por el otro lado requería de bastante pericia, por llamarlo de algún modo.

Al principio aguantaba tiempo de pie y se daba sus paseos, aunque si se tumbaba fuera de su dormitorio teníamos un problema importante. Por suerte no solía pasar, porque al rato nos pedía volver y ya se tumbaba en su cama de viruta y suelo de goma. Pero poco a poco se fue deteriorando, como era lógico. Al tener la cadera rota y cicatrizando ella equilibraba con las otras extremidades. Y al ser tan mayor sus articulaciones no estaban para muchos cambios, así que se le

atrofiaban. Esto hacía que le doliesen y se tumbara. Y no se podía levantar sola, lo cual ella no parecía pensar antes de tumbarse. O quizás sí, porque sabía que, a fin de cuentas, la íbamos a levantar.

La cuestión es que esa frecuencia de tumbarse empezaba a requerir que varias personas fuésemos a su dormitorio para levantarla. Y no era sencillo. A todo esto hay que añadir que a mí me cuesta pensar en que un animal esté mal y que con mi ayuda podría estar bien, y no hacer nada. Es como si me sintiese responsable y no pudiese evitar ayudarle. Así que aprendí a hacerlo yo solo.

Durante unas semanas desarrollé una técnica para ponerle las cinchas muy rápido, y manejar el polipasto con una mano mientras protegía su cabeza con la otra para que no se diese golpes al levantarse. Porque claro, ella nunca se tumbaba debajo del aparato. Así que el cordón siempre estaba inclinado, por lo que al levantarla era como una pequeña atracción de feria. El polipasto la subía hacia arriba en ángulo, lo que hacía que su cuerpo bailase por el dormitorio.

Lo cierto es que acabé siendo muy eficiente, lo que me permitía levantarla tantas veces como considerase necesario. Había días en los que solo era necesaria una vez. Y había días de al menos cinco veces.

Y fue ahí cuando empezó nuestra historia. Porque estábamos solos y era al que más veía cada día. En ocasiones no sabía que estaba tumbada y, cuando me escuchaba pasar —reconocía perfectamente mis pasos—, me llamaba para que la levantase.

Entonces me di cuenta de que su percepción del mundo, cómo lo veía y lo bonito que le pareciese, iba a depender muchísimo de mí y de cómo me portase. De si estaba tranquilo o nervioso, de si era amable o brusco. Cuando empezó a estar peor, yo era el que más tiempo pasaba con ella.

Cuando le ponía las cinchas, Luna tenía sus momentos. En ocasiones era encantadora, pero en otras me intentaba morder, así como suena. Yo sabía que era porque sentía dolor, así que nunca le di importancia.

A Luna siempre le cantaba una canción cuando iba a

levantarla. Y ella ya la conocía y se tranquilizaba, lo que hacía que pudiese prepararlo todo de forma relajada. Y esto era tan importante para mí como para ella, porque debía evitar que intentase levantarse antes de tiempo y se golpease.

No recuerdo bien la canción, pero era algo así como «hola, *mon amour,* dime ¿cómo estás? Ya has descansado y te tienes que levantar». La música y la letra me las inventaba, como habréis podido imaginar. Pero lo bueno de los burros, y en general de todos los habitantes, es que creo —o más bien espero— que tienen tan mal oído musical como yo, así que son poco exigentes.

Cada vez que entraba en su dormitorio intentaba ser cariñoso. Siempre le daba besitos en el hocico y le acariciaba, tanto antes como después de levantarla. Estuvimos bastante tiempo con esta rutina, porque ella vivió con nosotros hasta septiembre u octubre de 2016, no recuerdo bien, aunque el último año compartí la responsabilidad de levantarla con una voluntaria. Estuvo dos años trabajando con nosotros muy duro y dispuesta a asumir la responsabilidad de que Luna estuviese de pie cuando fuera necesario.

En ese tiempo vi cómo Luna empeoraba de sus articulaciones. Al final, apenas se movía, pero seguía llamándonos con energía, comiendo con mucho apetito y pidiendo nuestras caricias cuando pasábamos cerca. ¿Y sabéis? La mirada le había cambiado. Ya no parecía esa burrita triste que no se atrevía a ser feliz. Ahora sus ojos transmitían una confianza increíble. Y sacó todo su carácter, a veces demasiado, pero me encantaba. Porque es de lo más importante para mí, que se sientan como en casa. Que sepan, que entiendan, que este es su hogar. Que Santuario Vegan es el lugar al que pertenecen, y se puedan relajar y ser ellos mismos.

A esas alturas Luna se sentía una habitante legítima. Y por fin parecía haber encontrado la paz. Pero toda esa confianza la fue ganando al mismo ritmo que perdía su capacidad de moverse. Se deterioraba poco a poco y nos planteábamos si esa era la vida que ella desearía vivir.

No sé si os habéis visto en esa situación alguna vez, pero nunca actúas como lo imaginas en frío. Porque siempre vas a

pensar que, aunque le cueste estar mucho rato de pie, tú puedes ser su apoyo y, si hace falta levantarla cien veces cada día, lo vas a hacer. Y eso fue lo que le dije cuando me despedí de ella. Luna estaba tumbada, con esa carita llena de ternura infinita, y la veterinaria estaba preparando la eutanasia para inyectársela. Ya estaba sedada y yo le decía en susurros, lo suficientemente bajo para que nadie me escuchase pero lo suficientemente alto para que ella sí lo oyese, que la habría levantado mil veces cada día si hubiese sido necesario. Que aunque mi espalda se hubiese destrozado en esos dos años por hacerlo, estaba dispuesto a seguir haciéndolo dos años más si ella, en ese momento, reaccionaba y me decía, del modo que fuese, que quería seguir viviendo. Pero no lo hizo, ni en ese momento ya sedada ni antes.

Esa tarde se desplomó y empezó a respirar con dificultad. Algo en su cuerpo anciano de veintiocho años había fallado. No fue por su falta de movilidad ni sus articulaciones destrozadas, sino que su cuerpo se negó a continuar.

Y esos ojos tan llenos de vida y que tanto me habían mirado cada día durante esos dos años se apagaron para siempre. Y tenía tantas lágrimas en los míos que apenas lo vi. Y me quedé tumbado sobre su cabeza en un abrazo que pretendía disimular, esperando a quedarme solo. Me despedí de ella mientras imaginaba cómo debió de ser Luna cuando era una bebé y cuál debió de ser su cara cuando descubrió la mierda de mundo en el que había nacido. Y entonces sentí la necesidad de decirle que esperaba que estos años hubiesen compensado los anteriores. Que cada día, cuando le cantaba mientras preparaba todo para levantarla, intentaba que su nueva vida fuese tan bonita como ella hubiese podido desear.

❁ ❁ ❁

Las despedidas nunca fueron lo mío, sobre todo cuando me toca a mí decidir el momento del adiós. Pero un Santuario está lleno de despedidas. Y de bienvenidas. Es la magia y la tragedia de rescatar, cuidar y dar una segunda oportunidad a seres que te necesitan.

Luna se fue esa tarde lluviosa y un arco iris se formó entre las nubes, algo habitual en días así. Pero algo maravilloso a la vez. Pudo ser una señal o una casualidad. Y en mi propia versión del mundo y de esta historia me quedé con la señal. El arco iris y su puente a ese cielo, a ese prado verde e infinito, donde los animales como Luna descansan y juegan, y corren y se reúnen con los suyos. Y donde nos cuidan y esperan hasta que lo crucemos nosotros y nos volvamos a ver.

Luna, sabes que te quise. Y que aún te quiero.

Galicia y Pablo. Encuentros mágicos

Se podría pensar que toda historia, todo rescate, en un Santuario tiene un trasfondo triste. Y, normalmente, para qué engañarnos, es así.

Al fin y al cabo los animales llegan a Fundación Santuario Vegan porque han sido abandonados, desechados —como suena, tratados como objetos inservibles y tirados como basura — o por denuncias por abuso y maltrato animal que, tratándose de granjas y mataderos, os podéis imaginar lo brutal que debe de ser lo que han sufrido.

Pero muchas veces son un soplo de aire fresco, un algo que te hace contactar con una parte de ti que a veces olvidas que tienes. Que te hacen divertirte, amar, jugar y despertarte cada día lleno de ilusión y energía para vivir una aventura más.

Y ese fue el caso de Galicia y Pablo.

❁ ❁ ❁

Aquel día de septiembre de 2017 —empezaban unos incendios terribles en Galicia— íbamos a por una cabrita recién nacida que había aparecido abandonada en el campo, en una zona de dehesa, al norte de Madrid. Llegamos a primera hora de la tarde y no os voy a mentir: me pareció una auténtica preciosidad. Y mira que he visto bebés de oveja y de cabra. Pero esta muchachita que nos miraba con esos ojos entrecerrados por lo mal que se encontraba inspiraba una ternura tan, tan profunda... Mientras volvíamos con ella en brazos, en el coche,

decidimos llamarla Galicia, en recuerdo a esos millones de animales que estaban muriendo víctimas del fuego y cuyas vidas ni siquiera contarían en los análisis de pérdidas en los medios de comunicación.

Galicia, esa bebé que acababa de llegar al mundo, no se encontraba bien. Ya habíamos tenido una cabrita como ella, con esos síntomas, y resultó ser meningitis. De manual de veterinaria una cabra recién nacida con meningitis no se puede curar, pero la que rescatamos en 2013 sí que lo hizo. Y lo mismo íbamos a hacer con la pequeña Galicia.

Cuando un bebé como ella no tiene mucho apetito hay que hacer que conecte con alguien que será su madre adoptiva, que hará su función, que le dará la seguridad, el calor y el cariño que necesita para despertar esas emociones que les empujan a querer vivir. Y esta vez Laura tenía muchísimo trabajo, así que, por primera vez, yo iba a ser el que criase al bebé recién llegado.

Acepté el reto. Tened en cuenta que Laura tenía muchos más conocimientos que yo, tanto de cuidados como de veterinaria, así que no era casual que fuese ella la nodriza habitual. Pero en esta ocasión el deber me llamaba y lo iba a hacer... pero a mi manera.

Porque así como reconozco que ella sabe muchísimo más que yo, he de reconocer también que yo soy más divertido para los animales que rescatamos. Y me tomo muy pero que muy en serio mis responsabilidades. Por ese motivo le dije a Laura que esa tarde —ya casi noche— Galicia no se iba a quedar en la cuna para bebés rescatados, sino que se venía conmigo a conocer el Santuario. Y di una parte de mis cenas con ella en brazos. Y aunque no lo creáis, a ella le encantó.

Por la noche tampoco la iba a dejar en la cuna. Porque si yo iba a ser su padre adoptivo, entonces iba a conseguir que se recuperase y tuviese una vida larga y feliz en el Santuario. Así que le puse un pañal de los que teníamos para perros y la subí a la cama. Y se acercó a mí y se tumbó conmigo, haciendo que viviese uno de los momentos más llenos de amor y ternura que he podido disfrutar en toda mi vida. Me mordisqueaba la nariz, la mano y luego apoyaba su barbilla sobre ella. Galicia era más

pequeña que un gato en ese momento.

Y así nos quedamos dormidos los dos. Pero al cabo del rato me levanté y le di el biberón. Bueno, decir que se lo di es mucho decir. Digamos que estuvimos más de media hora negociando términos y condiciones de una alimentación forzada pero amable para evitar que muriese por inanición. Porque no tenía reflejo de succión de ningún tipo. Así que dejaba que mordiese la tetina y movía el biberón para que saliese algo de leche. Y esperaba a que tragase. Y volvíamos a repetir.

Y aunque fue tedioso, al final volvimos a la cama con el estómago lleno. Al menos ella, que era la que importaba. Y dormimos unas horas. Ya sabéis, los bebés comen muchas veces y poca cantidad.

Tres horas después repetíamos la operación y otra vez a la cama. Y a las cinco de la madrugada de nuevo. Y de nuevo a la cama. Y ella se quedaba tumbada y pegada a mí. Y yo le daba un beso de buenas noches —bueno, unos cuantos, que, de verdad, era adorable— y descansábamos. Y a las ocho, cuando volvíamos a despertar, le di otro biberón y la tuve que dejar en la cama para dar los desayunos al resto de animales a los que yo alimentaba. Pero cada poco entraba y revisaba que estuviese bien, evitando despertarla.

Y el siguiente biberón fue como si Galicia hubiese decidido que sí, que iba a vivir y, además, con muchas ganas. Porque se enganchó a la tetina y empezó a succionar como una campeona, provocando en mí una alegría inmensa y una sonrisa de oreja a oreja. Y luego cuando me moví, ella me siguió con energía.

La dejé en la cuna para continuar con mis quehaceres del Santuario.

Desde ese momento empezó a comer mucho mejor y a verme como su madre, provocando un vínculo entre los dos muy profundo. En cuanto me veía se ponía de pie y me llamaba para que le diese biberón o la cogiese en brazos. Y desde aquí iba a ser como tantas otras veces, cuestión de rutina de cariño y alimentación. O eso me habría gustado, porque la realidad comenzaba a ser diferente. Galicia tenía altibajos y su energía no era la de un bebé sano.

Al día siguiente le repetimos las pruebas y vimos que mantenía una infección. Seguramente la de meningitis. Por lo que iniciamos un nuevo tratamiento y cruzamos los dedos.

Los resultados llegaron rápidos en la analítica, pero no en su comportamiento. No acababa de encontrarse bien nunca ni de tener esa energía infinita de un bebé de cabra. Y lo que

siempre buscaba era que la cogiese en brazos, me sentase en algún sitio y dormir.

No tenía muy buena pinta, siendo sincero. De hecho, pintaba muy mal, porque eso eran señales preocupantes de que algo no iba bien.

A los días nos dieron otro aviso, el de un bebé de oveja, un cordero, que había aparecido en unos matorrales en Las Rozas, y que parecía tener mucho dolor abdominal.

Fuimos a por él y lo hicimos rápido, porque yo tenía que volver con Galicia, y el panorama empezaba a ser muy desolador, porque si ya cuesta cuidar de un bebé enfermo, no os imagináis lo que supone hacerlo de dos mientras trabajas todo el día, cada día del año, en el día a día del Santuario. Así que le dije a Laura que igual necesitaba un poco de ayuda si no se llevaban bien, y decidimos probar a dejarlos juntos estando con ellos. Porque aunque Galicia era un poco más mayor —algo más de una semana—, Pablo parecía más grande de lo que realmente era, ya que tenía solo dos días de edad. Y Galicia más pequeña debido a su estado.

Y el encuentro fue mágico.

En cuanto Galicia vio a Pablo abrió los ojos de par en par y empezó a olerle y a mirarle, y acto seguido se subió de un salto en mis brazos, algo que nunca había hecho porque estaba muy floja, y se quedó allí como diciendo «este es mío, pequeño».

No os podéis imaginar cuánto me reí. Y fue así toda la noche, ya que en ese momento llevé un sillón reclinable que teníamos a una sala para poder dormir con los dos y Gali no quería bajarse de mis brazos. Y cada vez que Pablo se acercaba, ella intentaba echarle. Esa noche le dejé una cama de perro a los pies del sillón y acerqué el radiador, y Pablo durmió abajo y Galicia arriba.

Y cuando desperté, estaban los dos jugando y superanimados. Eso hizo que Galicia se tomase muy rápido el biberón y que Pablo aprendiese en pocos minutos. Sobre todo al ver que Galicia intentaba quitarle el suyo.

Ese día fue muy divertido. Los llevé a una zona y empezaron a jugar los dos. Bueno, más que a jugar era a seguirme, Pablo superemocionado de tener una hermana

mayor y Galicia intentando que Pablo no se acercase a ella y a mí, y tratando en todo momento de llamar mi atención.

Desde ese instante fue todo maravillosamente bien. Cada día jugaban y compartían la cama. Por la noche Galicia se esforzaba en mantener a Pablo abajo del sillón. Y cuando yo me iba fuera, ella se subía y al volver estaban tal y como lo había dejado.

Pero un día entré sigiloso y me acerqué. Gali no me esperaba y empecé a mirarles. Tuve que hacer un esfuerzo inmenso por no reír cuando vi a Galicia y Pablo, los dos juntos y pegados, tumbados en el sillón. Y cuando Galicia me escuchó, echó a Pablo abajo y empezó a hacer el gesto que siempre hacía sobre el sillón para que me acercase y la cogiese en brazos.

❁ ❁ ❁

En todos estos años he sido testigo de pocas relaciones tan bonitas, divertidas y entrañables como esta. Se hicieron inseparables. Al comenzar a convivir con más ovejas y cabras, a Galicia no le caía bien ninguna oveja, no le gustaban lo más mínimo. Pero al mismo tiempo adoraba a su hermano pequeño. Y él estaba todo el día detrás y haciendo lo mismo que ella.

Finalmente, siendo ya adultos, les hemos separado. Lo ideal es que cabras y ovejas vivan separadas, ya que las primeras son demasiado brutas para las pacíficas ovejas. Pablo es muy feliz con el rebaño grande del Santuario Vegan, y Galicia es feliz con su familia de cabras. Pero, seguramente, cuando duermen o rumian, tengan recuerdos de esa maravillosa infancia que vivieron los dos. Bueno, mejor dicho, que vivimos los tres.

Haize. Confianza ciega

Cuando un animal entra al Santuario comienza su nueva vida. Es entonces cuando nos conocemos, empezamos a relacionarnos y le vemos crecer. O hacerse viejo, o aguantar el tiempo que pueda o el que le podamos ayudar.

La llegada de un animal es el inicio de una nueva historia y, a veces, solo a veces, podemos olvidar que su historia, realmente, empezó mucho tiempo antes. Esto sucedió con un pequeño potro que un ganadero explotaba en Trapagarán, Bilbao.

Era el año 2013 y en ese pueblo, desde el tren, mucha gente podía ver una parcela con unos bonitos caballos pastando sin aparentes preocupaciones. Esto no suele desagradar a la mayoría de personas, ya que ven a los animales y rara vez conocen lo que su explotador busca de ellos. Si lo hubiesen sabido, quizás habrían intentado evitarlo. Porque en esa finca vivían dos yeguas y un potro de seis meses, con un ojo de cada color y el pelo pío —marrones y blancos como si fuesen los caballos de las películas del Oeste—.

Ese potro con un ojo de un azul intenso tenía la fecha de muerte fijada antes de nacer, ya que el ganadero hacía parir a esas dos yeguas para enviar a sus hijos al matadero.

Como te decía, la gente que viajaba en el tren y al pasar por Trapagarán veía a esa pequeña familia de tres desde su asiento estaba acostumbrada a verles y sonreír. Hasta que un día todo cambió y lo que vieron les dejó helados.

Tirada en el suelo, con sus patas atadas entre sí, la madre

del potro agonizaba mientras su hijo se mantenía a su lado, esperando a que su madre se levantase como cada día para jugar con ella o pedirle cariño. Llamaron a la policía, al Ayuntamiento. Nadie hacía nada.

Esa madre agonizó durante siete horas hasta que consiguieron que un veterinario se acercase para eutanasiarla. Y murió sin poder proteger a su hijo y sin saber qué sería de él. Por supuesto denunciaron al propietario, pero parece ser que tenía amistad con el alcalde. Este era el motivo de que le dejasen tener allí a los caballos, porque estaban de manera ilegal en esa parcela. Y los hizo desaparecer antes de que se ordenase el decomiso.

La historia salió en prensa y tuvo cierto eco, pero legalmente no hubo consecuencias. Y la suerte, no sabría decir si buena o mala, quiso que tras nueve meses el ganadero volviese a llevar a los animales allí. Y nadie sabe qué sucedió, pero la misma gente que grabó el vídeo de la madre agonizando y puso la denuncia miraba sin dar crédito cómo el mismo potro, ya hecho casi un caballo de año y medio, intentaba despertar con su mano a la otra yegua que estaba tapada con una lona. La yegua estaba muerta, pero el potro no lo sabía y no quería perderla. Ella había sido su madre adoptiva, su referente, toda su familia, y de nuevo la iba a perder.

Grabaron el vídeo, volvieron a denunciar y esta vez tuvo más repercusión en medios y consiguieron forzar un decomiso. Fue ahí cuando nos contactaron y nos contaron la historia, una historia que nos rompió el corazón. ¿Cómo podíamos negarnos a acoger a ese potro que tanto había sufrido en solo un año y medio de vida?

Así que nos pusimos manos a la obra. Preparamos un recinto, organizamos el traslado, hicimos una recaudación de fondos para costear el traslado —que era bastante dinero por los kilómetros que había que recorrer— y ayudamos a organizarlo todo. Pero el día que llegaba allí el transportista le dijeron que no podía viajar, que el veterinario oficial no daba la autorización. Fue un poco lioso todo, así que al final pedí, por favor, que me dejaran hablar con él por teléfono. Y he de reconocer que pocas veces he hablado de esa manera a alguien.

Porque lo que intuí es que ese veterinario quería devolver el caballo al ganadero que le había provocado tanto abuso y sufrimiento, y que había dejado agonizar y morir a sus dos madres. Y que, además, quería enviarle pronto al matadero.

Así que me presenté y le dije que era el presidente —en ese momento era yo el presidente y años más tarde pasó a ser Laura la presidenta— de un Santuario, que habíamos hecho una campaña para preparar el traslado y llegada de ese potro, que había muchísima gente pendiente de esta historia y que teníamos una responsabilidad enorme. Y que si por su interés tan sucio y dudoso nos metía en problemas, le juraba que mis problemas iban a parecer una broma de niños comparados con los que le íbamos a causar a él, estando ya el decomiso ejecutado y el traslado aprobado.

Y fueron palabras mágicas. Se disculpó, me dijo que en unos minutos estarían los papeles y que el potro podría salir poco después. Y así fue.

Unas horas más tarde estábamos todos preparados para su llegada. Os mentiría si os dijese que no estaba inmensamente emocionado. Y no porque fuese un caballo, ya que a mí la especie de los animales que rescatamos me es bastante indiferente. Pero su historia, lo que habría tenido que pasar, eso sí me afectaba. Y pensar que tendríamos la oportunidad de cambiarle la vida era algo tan, tan... El camión llegó, entró hasta el sitio que habíamos preparado, abrieron la puerta y bajó ese potrillo que...

—Puffff. ¡Eso es un potro!

Esas fueron mis palabras. Me quedé con la mandíbula casi desencajada al verle. Era enorme en comparación con lo que esperaba encontrar. Parecía que estuviésemos en un concurso de belleza, con ese pelo brillante y sus melenas ondeando al viento. Y sus ojos increíbles lo miraban todo con una curiosidad y una inocencia que hacía muy fácil enamorarte de él.

❁ ❁ ❁

Entendedme. Estábamos acostumbrados a ovejas y cabras,

cerdos, algún ternero y unos burritos que habían llegado pocos meses antes. Pero él me hizo preguntarme si era ético rescatar un animal tan bonito, si no habría muchísima gente que estaría encantada de darle una segunda oportunidad. Por supuesto, ahí era mucho más inocente que ahora. En los casi nueve años que han pasado desde entonces he aprendido mucho del mundo y la motivación de la gente.

❁ ❁ ❁

Bien, volviendo a la historia, el caso es que el transportista, que tenía experiencia con caballos, le llevaba del ramal —la cuerda— y lo dejamos en el recinto que le habíamos preparado. Se portaba tan bien que no me lo podía creer. De hecho, me chocaba, puesto que nos habían comentado que era un poco difícil porque no le habían domado, que era un poco cerril —así se le llama en la jerga de explotación—, que viene a significar que tiene voluntad propia y no va a hacer lo que quieras porque se lo ordenes.

Y cuando le dejamos en ese recinto por fin respiramos. Todo había salido a la perfección. Había podido hacer el viaje, había llegado sin problemas y estaba en el sitio que habíamos preparado. Y cuando iba a empezar a felicitar a los que estábamos allí, oí un relincho y, al girarme, vi al potro mirando aterrado hacia los lados, dándose cuenta de que se había quedado solo, levantado sobre sus patas traseras y dando saltos sin parar. Y en ese momento se puso a correr como loco, llegó al vallado del nuevo recinto y lo destrozó, literalmente. Lo atravesó como si fuese papel. Y siguió corriendo.

A los cincuenta metros llegó a otro vallado, y, en su loco frenesí, lo destrozó también. Y siguió corriendo. En ese momento nos pusimos todos a correr tras él, pero no os hacéis una idea de lo que corre un caballo hasta que no te toca perseguir a uno.

Cuando llegó al final de esa zona tiró una puerta corredera de metal y siguió corriendo. Y ahí ya pensé que era el fin. Porque no había ningún obstáculo más, y a doscientos metros tenía el vallado perimetral que, visto lo visto, lo iba a destrozar también

como si fuese un decorado. Y entonces tendríamos que organizar un dispositivo de búsqueda, esperar que no cruzase la autovía y conseguir traerlo de vuelta. Pero nada de esto ocurrió, porque en ese terreno vivía una familia de tres burros que habíamos rescatado pocos meses antes. Y uno de ellos, el padre, Martín, le miró y provocó que el potro parase en seco. Caminó hacia él y le olió. Se olieron los dos. Martín se dio la vuelta, se puso a caminar y el potro se pegó a su culo y se fue tras él. Y así terminó ese día.

En los siguientes meses apenas se separó de Martín.

Ese día, más tarde, nos dijeron que le habían puesto el nombre de Haize, 'viento' en euskera. Y me pareció muy bonito, pero sobre todo me resultó muy apropiado tras verle correr. Quizás podría haberse llamado huracán, porque parecía que hubiese pasado uno al ver los destrozos que había provocado Haize. Pero si ya me vais conociendo, sabréis que este pensamiento no salió de mi cabeza. Tengo tendencia a intelectualizar y hacer bromas en las situaciones de tensión, aunque muchas veces no las comparta.

Y así fue como Haize pasó a formar parte de la creciente familia de Fundación Santuario Vegan. Y como podéis ver, su historia empezó mucho antes de su rescate. Y continuó de una manera muy diferente. Porque Haize es uno de esos habitantes que tienes la absoluta certeza de que es feliz. De que su vida, sus amistades, sus emociones, todo lo que vive aquí le hace sentirse feliz.

❁ ❁ ❁

El primer mes en el Santuario fue muy curioso. Habrá quien piense que los caballos son especiales respecto a otros animales, pero no es verdad. Son especiales, aunque todos, en mayor o menor medida, lo son. Eso quiere decir que un caballo no es apenas distinto al resto de animales que vive en el Santuario. Quizás un poco más nervioso, eso sí. Pero en lo esencial se parecen mucho entre sí. Incluso los perros y gatos se les parecen. Es por eso que fue fácil relacionarse con Haize y, además, al no estar domado, pudimos entender mucho mejor la manera que tienen de aprender y de relacionarse con los demás.

Una de las lecciones más importantes que aprendí es que los caballos pueden tener mucho genio. Y te lo van a hacer saber. De hecho, en esos meses, Haize me dio dos avisos. Uno con una coz que me rozó la pierna y otro con un mordisco en el cuello cuando me tenía de espaldas. Pero yo también le enseñé que a mí es difícil asustarme, así que todo fue muy sencillo. Yo era la persona que le ponía de comer, a él y a sus compañeros, cada día. Así que nos fuimos conociendo muy rápido. Y lo cierto es que siempre hemos tenido buena conexión.

En todos estos años he visto a Haize cambiar de mejor amigo, de Martín a Manu, un potro con una rotura de radio que vive con él. Necesitamos tres intentos con meses de diferencia entre ellos, curas de heridas que le provocó y mucha paciencia por nuestra parte. Pero ahora son inseparables.

Le he visto divertirse asustando a Javi, un toro «de carne» y Ruth y Manuel —toro y vaca «de lidia»—. Le he visto aprovecharse de las ovejas para conseguir comida, tirar vallas,

puertas, postes, bebederos, forrajeras... Le he visto encariñarse con una cerda cruce con jabalí a la que siempre le dedica un rato por la mañana y no para de lamerla. Y le he visto asustado por primera vez al intentar asustarle él a Marius, un toro de más de mil kilos que no estaba dispuesto a apartarse de su camino cuando Haize se puso frente a él. Le he visto haciendo todas sus locuras, enamorarse de una yegua y renunciar a ella porque eligió a Yeti, otro caballo. También le he visto correr, jugar, y acercarse a mí pidiendo caricias. Le he dado besos y abrazos, le he reñido a veces y hemos aprendido mucho los dos. Últimamente apenas nos vemos porque se encarga Óscar o voluntarios de su zona.

Nunca le he enseñado a hacer nada, no le he forzado y no he dedicado tiempo a entrenarle de ninguna manera. Vive como cualquier otro animal, como una oveja, una cabra, un gato salvaje o un jabalí, haciendo cada día lo que le apetece hacer. Pero cuando hay que medicarle o pincharle, sigue confiando en mí. Deja que le coja, le ponga la cabezada, le lleve hasta su zona y puede enfadarse, pero cuando nos miramos a los ojos, cuando miro sus preciosos ojos de distinto color, sabe que puede confiar en mí. Y eso resume, en esencia, lo que espero aportar a cada habitante del Santuario. Porque no busco que me amen o me quieran ni que vengan corriendo a saludarme cuando me ven. Lo único que quiero es que cuando las cosas se ponen tensas, en esos momentos en los que es importante obligarles a hacer algo, sepan al mirarme que es por su bien.

Haize me ha enseñado mucho sobre los demás animales. Y espero haberle enseñado mucho también.

Vanesa. Una segunda oportunidad

Hay un dicho en el entorno de los Santuarios que es que, a menudo, cuando salvas una vida, salvas dos. Porque la explotación animal va de eso.

El negocio, lo que hace que la ganadería suponga un beneficio, es el hecho de que las hembras, además de animales, pueden ser madres. Es así, como suena. La capacidad de un animal hembra de quedarse embarazada es la forma en la que los ganaderos «producen» animales. Y ya sabéis de sobra lo que sentíais por vuestra madre cuando erais pequeñas o pequeños. Y las que seáis madres, lo que sentís por vuestros hijos. Pues eso mismo es lo que siente cada animal madre por sus hijos. Amor incondicional, deseo de proteger y cuidar, alimentar y dar su vida, si es necesario, por salvar a su bebé.

Entended que cada trozo de carne que alguien compra en un supermercado es parte del cuerpo de un animal al que separaron de su madre, o de esa misma madre. Ella le intentó proteger, pero no pudo. Y ya en el matadero ese animal intentó escapar, pero fue imposible. Porque todos, absolutamente todos los animales que entran a un matadero huyen y luchan por su vida con todas sus fuerzas. Pero nunca lo consiguen. Los mataderos están diseñados para que ninguno pueda escapar de él.

❁ ❁ ❁

Pero esta historia no va de esto, no voy a soltar un

discurso, así que no os preocupéis. Esta historia es mucho más bonita e inspiradora. Trata de una oveja que vagaba sola por un polígono de noche, o eso nos contaron. Un grupo de gente estaba en un polígono industrial de Cuenca. Era poco antes de medianoche y su conversación se detuvo de repente cuando un grito desgarrador llenó la oscuridad. Se quedaron callados e intentaron identificar qué o quién había sido, a qué se debía ese sonido tan inquietante. Pero no volvieron a escuchar nada, así que continuaron con la charla. Y fue una hora más tarde, el momento en el que se iban a su casa, cuando vieron un bulto recogido en un arcén. Pararon el vehículo y vieron una oveja aterrorizada que no se movía. Había sangre por todas partes y entonces descubrieron que tenía media cara cortada, separada del cráneo y con la oreja colgando de un pequeño hilo de piel.

Nos llamaron y nos explicaron lo que había sucedido, y les dijimos que, por favor, la trajeran de urgencia. A las dos horas, ya de madrugada, llegaron con la oveja metida en el maletero. Y lo que vimos nos destrozó por dentro.

Por si no lo sabéis las ovejas son increíbles, y no lo digo porque sea mi animal favorito del mundo. Más bien es mi animal favorito del mundo porque las ovejas son así. Pacíficas, tímidas, cariñosas, divertidas... Es imposible encontrar un motivo para hacer daño a una. Pero a esta pobre inocente le habían destrozado la vida.

Al cogerla en brazos para dejarla en la cuarentena notamos un bulto en el abdomen, uno muy feo y que no pintaba nada bien. Le limpiamos la herida del cráneo como pudimos y llamamos a nuestra veterinaria. Y nos dijo que a primera hora estaría en el Santuario, y que eso era urgente y teníamos que operar.

Y a las pocas horas, ya de día, empezábamos la cirugía. Vanessa, como la habíamos llamado, tuvo muchísima suerte, dentro de lo que cabe, porque le quedó suficiente piel para unir las dos partes de la cara una vez amputada la oreja. Y aunque el efecto era rarísimo, he de reconocer que ahí me conquistó. Soy de esos que siente predilección por los animales con signos claros y evidentes de un pasado duro y terrible, y que van a tener secuelas para siempre.

También le hicimos una ecografía y vimos que el bulto era una hernia. Es decir, se le había roto la pared abdominal y los intestinos colgaban directamente sobre la piel.

Como nos dijo Bea, la veterinaria, imaginad el golpe que tuvo que recibir para provocar esa rotura. A veces es mejor no pensar demasiado. Aprovechamos para descartar un embarazo. Bea nos aseguró que la hernia dificultaba la exploración, pero que en este estado difícilmente podía prosperar un feto.

El resto de la mañana fue bastante tranquilo y terminamos desayunos, cambiamos el agua de los bebederos, medicamos a los enfermos y limpiamos las zonas que nos dio tiempo. Pero a mediodía Vanessa no estaba bien. Llamamos a Bea y nos pidió que la llevásemos de urgencia al hospital, que eso podía significar que la hernia le estaba dando problemas y era algo muy grave, de vida o muerte.

La llevamos directamente y el cirujano nos contó que la tenía que operar en pocas horas. Nos dijo que iba a ser una operación complicada y que iban a necesitar una malla que se usa en cirugía humana para unir las dos partes de la pared abdominal porque había demasiada apertura. También nos comentó los elevados riesgos que había para una oveja en ese estado y que había sido sometida horas antes a otra cirugía. Pero que no había más opción que operar.

No supimos nada hasta la noche, cuando nos llamaron con malas noticias. Vanessa había superado la operación, que se había alargado más de lo esperado. Tuvieron que usar mucha malla porque la apertura era enorme, y tuvieron que recolocar los intestinos. Y había sobrevivido a todo eso, incluida la anestesia —los rumiantes son extremadamente sensibles a las anestesias—. Pero al despertarla sufrió un neumotórax y estuvo a punto de morir. Estaba viva, pero su estado era tan grave que nos dijeron que podía morir en cualquier instante.

No supimos nada más hasta la mañana siguiente, momento en el que nos llamaron para decirnos que Vanessa estuvo inmóvil toda la noche, pero que al salir el sol y entrar por la ventana de su box, se levantó, se acercó a la alfalfa, se puso a comer y que no había parado en toda la mañana. Y nos

alegraron el día, o la semana. O la vida, ya no recuerdo bien.

❁ ❁ ❁

Vanessa volvió al Santuario a los días, cuando ya era seguro que saliese del hospital. Tuvimos que hacerle curas de la cicatriz durante un tiempo y ser muy pacientes porque, al tener cerrada la piel sobre el agujero del oído de la oreja que habíamos amputado, se desorientaba un poco.

Vanessa era muy asustadiza, y era lógico. Las ovejas que llegan adultas y han sido explotadas en ganaderías suelen tener muchísimo miedo del humano. Pero ella, además, tenía motivo para querer a los hombres lo más lejos posible.

Cuando ya se recuperó la juntamos con el grupo grande ovejas y la verdad es que se integró muy rápido. Se notaba que había vivido entre cientos, o miles. Enseguida se hizo amiga de las que eran como ella: mayores, asustadizas y que habían sufrido la explotación en sus propias carnes. Aun así, siempre mantenía un poco de independencia. Algo relativamente normal, aunque en una oveja adulta es raro, ya que son muy sociables y se necesitan muchísimo unas a otras. Cuatro meses después entendí el motivo. Era una mañana de finales de primavera y me dirigía con la máquina y una bala grande de forraje —de unos cuatrocientos kilos— a llenar la forrajera de las ovejas. Y al ir a abrir la puerta escuché un sonido que, pese al motor encendido, captó toda mi atención. Pero le encontré tan poco sentido que apagué el motor y volví a prestar atención. Y lo volví a escuchar. Y no había ninguna duda porque había escuchado ese sonido decenas de veces... ¡era el balido de un cordero bebé!

Inmediatamente llamé a Laura y se lo conté, y vino corriendo. Y mientras llegaban todas las ovejas, que estaban en círculo en torno a una figura central, se dispersaron de golpe y en medio quedaron dos seres que me provocaron un vuelco en el corazón.

Una protectora y cuidadosa Vanessa lamía con muchísimo esmero a una criatura hermosísima que acababa de nacer. ¿Cómo podía ser? Descartamos el embarazo de Vanessa

cuando llegó, ¿o no? Ahora, al recordarlo, caí en que no se veía bien con la hernia. Además, la habían operado a vientre abierto y habrían visto algo, ¿no? ¡Pues claro que no! Podía ser tan peque que pasase desapercibida incluso a ojos expertos. Pero ¿y la cirugía y el desgaste? Haría falta un milagro para que un feto mantuviese su vida y salud en esas condiciones tan duras en que se encontraba su madre.

Y entonces caí en una conversación que tuve con Laura una semana atrás, cuando me dijo que veía las mamas y la vulva de Vanessa muy hinchadas. Y yo, haciendo un cálculo erróneo —me equivoqué de fecha con Lola, una oveja que había llegado un mes y medio antes—, le dije que era imposible, no solo por las circunstancias tan brutales que pasó Vanessa, sino que había pasado de largo la fecha de nacimiento. Y con todo, ahí estaba esa preciosa escena ante mí. Ahí estaba una madre con su bebé. Por primera vez Vanessa podría cuidar en paz a su hija, verla crecer y nadie las separaría.

En cuanto Laura llegó, cogimos a las dos y las llevamos a un box aparte para que Vanessa estuviese tranquila. Hicimos un vídeo en nuestras redes sociales y preguntamos qué nombre creían que le podíamos poner a su pequeña hija. Y la propuesta que más votos consiguió fue Milagros, por lo que ya podéis imaginar.

Milagros era una preciosa cordera. Estaba llena de una sustancia amarillenta, que es el color del líquido amniótico cuando el parto se da bajo mucho estrés de la madre. Y se protegía todo el rato detrás de ella, que se ponía delante orgullosa. Amaba tanto a su hija, estaba tan pendiente y la hacía tan feliz...

❁ ❁ ❁

Vanessa y Milagros han estado juntas desde entonces. Y aún de adulta, Milagros se sigue escondiendo detrás de su madre, que ya es más pequeña que ella. Y Vanessa, que es muy desconfiada y miedosa, saca todo su valor para proteger a su pequeña y siempre se coloca delante. Daría su vida por su hija si fuese necesario.

Ahora mismo, mientras escribo estas palabras, Vanessa está separada del resto porque ha adelgazado mucho. Estamos a la espera del resultado de la analítica y le damos comida especial para ancianas. Ha cogido algo de peso y está feliz. Confía en nosotros, aunque no le gusta demasiado cuando la vamos a medicar.

En breve, si todo va bien, se reunirá de nuevo con su hija y seguirán escribiendo su propia historia, las dos juntas. Y nadie las podrá separar.

Little Blacki. Una hazaña inspiradora

Little Blacki, o Little, como la llamábamos, era una gallina. Quizás os suene extraño, dado que os he contado historias de animales como ovejas, cabras, caballos, burros..., pero las gallinas son seres increíbles, tanto o más que cualquier gran mamífero de mirada cautivadora que podáis imaginar.

Las gallinas son cariñosas, curiosas y divertidas. También son protectoras con los suyos, inteligentes y es muy fácil entenderse con ellas. Pero sobre todo las gallinas son unas grandes incomprendidas y eso hace que sufran la vida más miserable que existe en la explotación animal.

La historia de Little comienza un día de primavera de 2012, cuando dos activistas por los Derechos Animales nos contactaron para preguntar si podíamos acoger a un pollito que acababan de rescatar. Su historia era de lo más inspiradora, así que no pudimos negarnos.

Nos contaron que entraron a una tienda de esas que están enfocadas al «mundo rural». De esas que venden productos para que puedas tener tu pequeña explotación en tu casa, al estilo «tradicional». Y, de paso, que puedas comprar directamente los animales a los que alimentarás y luego te comerás. Pues bien, en una de esas tiendas entraron estas dos activistas para comprar algunos productos para gatos, si mal no recuerdo. Y vieron cómo de una de las vitrinas donde tenían pollitos a la espera de ser vendidos, uno de ellos daba un salto

inverosímil, conseguía trepar hasta el borde y se lanzaba al vacío para escapar.

Las dos se quedaron sin palabras ante la escena y siguieron, desde el otro lado del pasillo, todo el recorrido que seguía ese pollito. El pequeño valiente corría entre transportines y paquetes de pienso y, por azar, esquivó al dependiente de la tienda que justo miraba hacia arriba cuando pasaba entre las piernas.

Ellas estaban nerviosas y cuando vieron al pollito despistar al dependiente empezaron a pensar en la idea de sacarle de allí mientras disimulaban para que nadie mirase hacia donde ellas lo hacían. Y en la primera oportunidad que tuvieron, consiguieron cogerle y meterlo dentro de la sudadera de una de ellas y salir sin que nadie se percatase.

No creáis que fue algo malo para la tienda. El valor que la industria de la explotación animal le da a cada vida es tan ridículo que en las granjas donde crían gallinas para explotarlas por los huevos, los pollitos macho son considerados desecho y se deshacen de ellos triturándoles vivos, por miles, cada día.

Little no sabía la inmensa fortuna que acababa de tener. Ya no solo por el hecho increíble de conseguir escapar de esa vitrina y no ser detectada por la gente de la tienda o los clientes. Sino porque ese día dos activistas que defendían a animales como ella entraban por primera vez en esa tienda a la misma hora de su hazaña. Y conseguía llegar hasta ellas... Ahora ya sabéis por qué os decía que su historia era inspiradora.

Cuando Little llegó a Fundación Santuario Vegan no era más que un pollito de plumas negras. Un animal tan pequeño que tenías que ir con cuidado de no perderla de vista porque le podías aplastar sin querer al dar un paso.

La llamamos Little Blacki —Little era el nombre en confianza, el que usábamos su círculo más cercano, ya me entendéis— porque meses antes habíamos rescatado a otra gallina que se llamaba Blacki. Y Little era como ella, pero en pequeñito. Os podéis hacer una idea de que la imaginación para los nombres se desarrolla con la experiencia, y ahí aún nos

quedaba mucho camino que recorrer.

Little se crio dentro de casa. Era un pollito de lo más entrañable. Le encantaba subirse encima de mí y que la pusiese bajo mi barba. Creo que es porque instintivamente les recuerda a cuándo se meten bajo las alas protectoras de sus madres. Y Little nunca conoció a su madre, así que cuando me lo pedía yo hacía ese papel.

Era muy entrañable porque ella, como buen pollito, piaba con esa dulzura tan característica y se subía al sillón —era muy ágil, pero en realidad le puse un par de cajas de diferentes alturas que hacían de escalón y no se lo dije a nadie—. Y luego se acercaba y se me subía en el regazo y seguía piando hasta que la dejaba bajo mi barba, momento en el que ya se callaba. Y desde ahí aprendió a subirse en mi hombro, lo cual me parecía de lo más divertido. Era como una especie de pirata, pero en vez de un loro tenía una pequeña gallina.

❁ ❁ ❁

Little fue creciendo y aprendiendo a manejarse entre humanos. Se sentaba en el sillón y se subía a la mesa a comer. Nosotros le poníamos su plato y, cuando se lo terminaba, buscaba las cosas más deliciosas para seguir comiendo.

Y ya cuando era una gallina —al menos de aspecto, porque yo siempre la vi como una encantadora pollito bebé— empezamos a dejarla con otras gallinas y gallos, los que estaban en el porche.

A Little no le convenció ese cambio, y se pasaba los días intentando entrar en la casa. Se tumbaba junto a Brus, uno de los perros que vivía en el Santuario, y esperaba a que les abriésemos la puerta. Pero ella ya tenía que empezar a integrarse con sus nuevas compañeras, aunque a veces yo me hacía el despistado y la dejaba entrar. Luego me sentía mal, porque sabía que ella debía desapegarse de su vida de bebé. Es duro, pero para atender a tantos animales, antes o después debes conseguir que tengan una familia de su especie —o de otra, pero una a la que quieran— y así poder dedicarte a otros animales que te necesiten en ese momento.

Little hizo muy buenos amigos, como Miguelito y Osorio, e incluso la propia Blacki, aunque tenía mucho genio para lo pequeñita que era de tamaño. Porque eso fue una paradoja divertida. Little Blacki ya era más grande que Blacki a los cinco meses de edad, que era de una raza mucho menor.

A medida que empezaron a venir más voluntarias y voluntarios, y el momento del almuerzo y la comida se hizo rutinario, Little y su banda desarrollaron técnicas para colarse en el porche, subirse a la mesa y pedir comida. Y lo hacían con tanta gracia que siempre conseguían lo que buscaban. Pero cuando los demás se iban, Little esperaba siempre su ratito junto a Brus en la puerta, hasta que finalmente decidía volver con su nueva familia.

Little fue feliz durante muchos años. Tuvo momentos críticos de salud, pero ella era fuerte y se recuperaba. Para ser una gallina, llegó hasta una edad muy avanzada, aunque en realidad su momento le llegó cuando aún era demasiado joven para morir. Porque las gallinas son consideradas viejas con cuatro años. En granjas incluso a los dos años de edad. Y una gallina puede llegar a vivir diez o más. Pero durante años, durante siglos, el humano, en su deseo de transformar a los animales en esclavos a los que explotar, ha terminado convirtiéndoles en máquinas de producir. Y con ello llegó el

deseo de hacerlos más eficientes. Y esto, lo que en realidad ha conseguido es destrozar a esos animales, condenarles a vidas miserables con una salud de cristal.

❁ ❁ ❁

Las gallinas pueden llegar a «poner» casi un huevo al día. Digamos que, como mínimo, doscientos cincuenta o trescientos al año. Pero, por si no lo sabéis, las gallinas no son una familia de animales alienígenas ni una rama evolutiva diferente o especial. En realidad son aves, ni más ni menos. Y las aves, en general, tienen dos puestas de huevos al año. Es decir, para que os hagáis una idea, que una gallina ponga un huevo al día es como si una humana diese a luz cada dos semanas. ¿Os imagináis el desgaste que sufriría? ¿Os hacéis una idea de cómo sería su salud? ¿Podríais calcular cuánto tardaría en morir?

Pues en el caso de las gallinas, en una granja de huevos, sea industrial o «ecológica», se van al matadero cuando apenas tienen un año y medio o dos años de edad. Y a ese «proceso» los avicultores lo llaman desvieje, porque a partir de esa edad, cuando son unas aves de apenas año y medio de vida que han dejado hace poco de piar como un pollito, bajan su ritmo y ponen menos huevos. ¡Es de locos! Esta forma de ver el mundo, de relacionarnos con los animales, de quitarles todo lo que tienen y no dejarles nada para ellos, de arrebatarles la vida, sus sueños, deseos y emociones, esta manera de tratarles es tan absurda que no sé muy bien cómo seguir hablándoos de esto. Sencillamente, es una locura colectiva que determina un marco conceptual, un modo de ver el mundo desde la perspectiva de que una gallina es como un melón. Lo puedes lanzar, almacenar, abrir para saber si está bueno, comértelo cuando desees y tirarlo a la basura si crees que no te va a ser útil.

Y seguro que imagináis por qué os cuento esto, ¿no es así? Pues eso es. Little murió cuando llegaba a la mediana edad porque su sistema reproductivo, como el del resto de sus compañeras, le había destrozado la vida. En su caso no fue un huevo que no consiguió formarse porque ese proceso interno

falló, como suele ser habitual. Un huevo no acaba de formar la cáscara, no es expulsado y se queda dentro de sus frágiles cuerpos pudriéndose y provocándoles una infección generalizada y sistémica, una septicemia, hasta que se mueren. En su caso fue algo también muy habitual: cáncer del sistema reproductor.

Luchamos por ella durante meses y conseguimos que le ganase dos años a la vida. Que para una gallina es mucho. Pero el final fue inevitable y llegó el día en que tuve que ir a la clínica veterinaria donde estaba hospitalizada a despedirme de ella. Y le vi esos ojitos que tanta ternura me despertaba unos pocos años atrás. Y casi escuché su suave piar pidiéndome que la pusiese bajo mi barba para sentirse segura.

En ese instante, mientras ella respiraba forzosamente y tenía la mirada fija en el infinito, me acerqué a la puerta de la jaula de hospitalización, la abrí un momento y le acerqué mi barba. No sé si ella fue consciente o no de este gesto, pero a mí me pareció que su respiración se volvía más suave.

Me tuve que tapar los ojos para que nadie viese las lágrimas en mis ojos y me separé de ella tras decirle en un susurro inaudible para el resto que nunca la olvidaría.

Esa fue la última vez que la vi. Durante seis años, cada día, me cruzaba con ella en el Santuario. La vi crecer, hacer amigos, enamorarse de Osorio y luego de Miguelito, enfermar, luchar y recuperarse, volver a enfermar y recuperarse de nuevo y, finalmente, perder la batalla contra las cadenas de la explotación animal. Porque son largas y nunca les puedes liberar del todo de ellas. Da igual que les lleves a un Santuario y dediques cada día a cuidar de ellos. Su cuerpo, su salud, sus posibilidades de tener una vida larga, sana y feliz se vuelve más remota conforme más brutal es la explotación a la que someten a los que son como ellos. Y en el caso de las gallinas, a las que dejan malviviendo en jaulas de medio metro cuadrado con otras seis, en las que el espacio vital para cada una es de una hoja de papel, y que les han provocado unos cuerpos que no dejan de poner huevos hasta que mueren por ello, en su caso es imposible vencer.

O no del todo. Porque cada gallina salvada, cada historia

que permite que la gente tome conciencia de su realidad y cambie, y se plantee su alimentación y su relación con los animales, cada pequeño paso es una victoria. Para las gallinas y para quienes defendemos sus derechos. Los que ahora no tienen, pero en un futuro tendrán.

Little fue feliz durante seis años. Ojalá todas las gallinas pudiesen lograrlo también.

Marius y Leo. El lenguaje del corazón

Uno de los momentos que nunca olvidaré fue cuando, casi de madrugada, llegaba el camión que traía a Marius y Leo. Era de noche, además una noche muy cerrada, y estábamos con la linterna alumbrando la rampa del camión cuando esta se abrió y una cabeza enorme se asomó a ver dónde estaba.

¡Era inmenso! Y tenía unos cuernos que apenas podría rodear con las manos —que son grandes— en su base. Su pelo negro brillaba con el reflejo de la linterna y su primer resoplido nos dejó a todos quietos, sin atrevernos a mover un solo músculo de nuestro cuerpo. Porque Marius era un toro, un toro enorme, de unos mil kilos, cruce de toro de lidia y una raza del sur llamada negro andaluz.

La historia que llevó a Marius a Fundación Santuario Vegan fue una liberación de animales que vivían en unas condiciones terribles.

En Villarrasa, Huelva, un ganadero mantenía animales grandes, de pelo negro, en el patio de su casa. Por las fotos que nos enseñaron el lugar era una especie de escombrera sucia y sin espacio. Marius vivía atado y estaba tan flaco que se le marcaba cada costilla del cuerpo.

Cuando por fin le denunciaron y el Seprona se personó en la casa del ganadero, nos contaron que le encontraron despellejando a uno de los caballos que allí tenía. No sabemos más de él ni del resto de animales. A nosotros nos contactó una

asociación dedicada a burros y caballos que se hacían cargo de parte de los animales, pero que no podían encargarse de algunos como Marius. Nos contactaron porque ya teníamos experiencia en algunos potencialmente, como decirlo..., complicados. Y era porque hacía unos años habíamos rescatado a dos becerros de lidia y les habíamos criado.

Marius, de cinco años, vivía con Leo, un ternero como él de un año. Las gestiones para el traslado fueron un poco engorrosas y tuvimos que hacer una campaña para costear el carísimo transporte. Además, les construimos un recinto para ellos con un porche que les sirviese de dormitorio mientras se adaptaban, ya que era comienzo de verano.

El día que el transportista llegó a por ellos nos llamó para decirnos que nunca había visto unos toros tan delgados. Y también nos dijo que Marius era buenísimo y que le había podido meter en el camión tan solo enseñándole un trozo de pan. A los toros les da muchísimo miedo subirse a camiones, así que imaginad el hambre que debía de tener. Nos dijo también que Leo, el pequeño, le seguía a todas partes, así que iba a ser muy fácil el manejo de los dos.

❁ ❁ ❁

Y tras casi un mes desde que nos dieron el aviso, ahí teníamos a Marius, asomado al camión, casi de madrugada, y mirando todo con muchísima curiosidad. O quizás olfateaba, porque era difícil ver nada con tan poca luz.

Como os contaba, su resoplido nos dejó a todos petrificados, sin movernos. No os imagináis cómo suena el resoplido de un toro como Marius. Porque aunque estuviese delgado, su estructura ósea era enorme. Pero tras esto nos miró, dio un paso, luego otro, y bajó de la rampa pasando por nuestro lado como si llevase toda su vida en este lugar. Algo había sentido que le hizo sentirse relajado y en paz.

Bajaron los dos y cerramos la puerta, respiramos profundamente y nos fuimos a descansar para estar despiertos muy pronto y controlar que todo fuese bien.

Al contrario que mis compañeras, yo tenía una gran

preocupación por el vallado. En mi experiencia los animales como Marius, con ese poderío físico, se mantienen en un recinto solo si no encuentran un motivo para salir de él. Y es lo que encontramos a la mañana siguiente, porque Marius había salido por un lateral, había caminado por una especie de pasillo y se había colado en la parte alta, la de arriba, donde estaba el caballo Haize, que se sentía como el jefe del Santuario.

Intenté mantener mis nervios bajo control y recordamos lo que nos había contado el transportista sobre la relación de Marius con la comida. Así que llevamos un poco de tacos para vacas —comida en forma de pellets— y nos dirigimos hacia él. Lo hicimos con disimulo para que Haize, Manu y los burros no nos siguiesen, y de esa manera conseguimos que Marius caminase con nosotros hasta la puerta. Pero ahí surgió el conflicto, porque Haize vino corriendo, con esa actitud desafiante que siempre adquiría cuando se cruzaba con animales como Marius, y se plantó frente a él.

Haize estaba acostumbrado a jugar a asustar a Ruth y Manuel, el toro y la vaca de lidia que viven en el Santuario. Y

también a Javi, un toro de novecientos kilos. Así que él se sentía muy por encima de toros y vacas. Pero calculó mal, porque Marius era un poco diferente. Javi, Ruth y Manuel tenían tres años en ese momento y Marius casi seis. Era, por decirlo de algún modo, un joven que entraba en su madurez y era perfectamente consciente de su fuerza. Y a pesar de su delgadez, se le veía realmente imponente.

Marius miró a Haize y no hizo ningún gesto. Solo se dirigió hacia la puerta que acabábamos de abrir y no me dio tiempo a hacer nada, a echar a Haize o frenar a Marius. Haize se lanzó contra Marius y este, sin hacer ningún aspaviento, le dio un cabezazo que le lanzó cerca de tres metros hacia un lado. Marius continuó caminando sin buscar problemas y salió, nos siguió a su recinto y se quedó allí comiendo. Haize, en cambio, había experimentado algo que no había sentido nunca. Y le vino muy bien porque se volvió mucho más respetuoso y menos desafiante con otros animales de gran tamaño como él. No se había hecho daño, solo se asustó.

Marius estuvo sin compañía unos meses. Primero tuvimos que esterilizarle —somos un refugio, y en los refugios se esteriliza a los animales para que no críen dentro y reservar el poco espacio disponible para otros que nos necesitan y que nadie más que un Santuario les podría ayudar— y luego tuvimos que decidir con quién iba a vivir.

Y esta indecisión se debía a que Marius era una mezcla complicada. Con humanos era muy bueno. No le gustaba el contacto, pero podías estar pegado a él. No tenía gestos extraños, excepto cuando tenías comida y le entraba un ataque de ansiedad por ella. Pero era problemático con otros animales. Una vez al vecino, que tiene una granja de vacas y terneros —y os podréis imaginar cómo te rompe el corazón ver a esas madres con sus hijos y saber que, por estar al otro lado de la valla, les espera un futuro terrible y sin esperanza—, se le escaparon las vacas. Las guio rodeando el Santuario y Marius, al verlas a lo lejos, se puso nervioso y empezó a tirar los vallados. Lo hacía como si fuesen papel. Y se coló en el recinto de los cerdos, y mientras se dirigía hacia la valla perimetral por donde veía a las vacas pasar, lanzó por los aires a los que se

cruzó en su camino y huían aterrorizados de él. Luego conseguimos frenarle en el momento justo en el que iba a destrozar la valla perimetral y correr tras ellas. Y lo hicimos con comida, así que nos tocó correr delante de él mientras le llevábamos de vuelta a su recinto. Era yo quien corría delante, esperando que no fuese más rápido. Una vez dentro, Marius se quedó tranquilo y siguió así durante un tiempo.

❁ ❁ ❁

Unos meses después llegaron seis vacas de un rescate de Boiro, Galicia. Otro decomiso. Y Marius se puso como loco cuando las vio bajar. Aun así, no intentó salir de su recinto. Ya lo respetaba, pero no podía seguir solo mucho más tiempo. Leo, el que había sido su compañero, había muerto en una cirugía, porque la anestesia, la más segura que existe para su uso en vacas, le había provocado un *shock* anafiláctico y murió delante de nosotros sin que pudiésemos hacer nada por reanimarle.

Así que esperamos a integrar a las vacas de Boiro, dividirlas en dos grupos, meter a tres de ellas con el grupo de Javi, Carmen, Ruth y Manuel, y luego probar. Y así lo hicimos.

El día en que intentamos juntar a Marius con un grupo de toros y vacas fue uno de los más importantes de mi vida. Para mí era una mezcla intensísima de emoción y miedo. Si todo iba bien, sería un orgullo enorme verle por fin con una familia. Y si salía mal, ¿cómo podíamos meternos en medio de una pelea entre Marius —como digo de más de mil kilos— y un grupo como ese, con Javi —el toro de novecientos kilos— y Ruth y Manuel?

Pero había que hacerlo. Así que llevamos a Marius hacia ese recinto, abrimos la puerta y él entró. Miró directamente hacia donde estaba el grupo debajo de una encina y se fue allí corriendo. Como preveía, Javi salió a su encuentro. Hubo un poco de liturgia bovina, rascada de suelo, arena sobre la espalda, resoplidos y ambos se lanzaron a un choque imponente de cabezas. Y la de Javi, con toda su fuerza y poderío, se comprimió sobre su cuello como un acordeón. Se quedó parado medio desubicado de donde estaba. Marius

siguió avanzando hacia el grupo. Manuel, el otro toro, se alejó y se fue con Javi, que seguía inmóvil. Marius olió a las vacas y ellas a él. Y le cambió la cara. Os juro que le vi en los ojos un brillo de infinita felicidad.

No hubo más altercados ni peleas. En treinta segundos Marius se presentó, les dijo que iba a ser el jefe del grupo y que les iba a cuidar a todos, y había encontrado una familia.

❁ ❁ ❁

Han pasado casi cinco años desde ese día y viven todos felices. Marius es cuidadoso con ellos y nunca hay conflictos.

Marius es un toro noble y en cierto modo encantador. Lo curioso es que cuando rescatas animales como ovejas, cabras, burros, caballos o toros y vacas y les ves crecer, aprendes a identificar su mirada, su seguridad y cómo se vuelven adultos. Y te das cuenta de que no son realmente adultos como se podría pensar. Un toro de seis años, o de doce, no es muy diferente a cuando era un ternero. Si le quitas toda la musculatura que envuelve su cuerpo y te centras en su mirada, en su esencia, comprendes que son la misma persona, el mismo animal, el mismo ser. No sufren las vivencias y desilusiones como nosotros los humanos. No se vuelven más fríos. Son como nosotros, pero con ese halo de inocencia que les acompaña durante toda su vida.

Y la mirada de Marius, con esos ojos enormes rodeados de unas pestañas largas y suaves, son la de un ternero, un bebé, que cada día se despierta con el deseo de descubrir el mundo junto a su madre.

Cuando vemos los bebés con sus madres, al otro lado de la valla, en la granja vecina, entiendes que es la misma mirada. Ellos crecen sin saber que ese momento va a durar muy poco. Y cuando estás en el lado correcto de la valla, en la visión del mundo de respeto, empatía, solidaridad y deseo de construir un mundo mejor, darías lo que fuera por poder hacer que el Santuario fuese más grande, mucho más grande. Con recursos ilimitados y con muchísimos humanos cuidando a los animales rescatados. Y desearías abrir la valla y traer a esos animales, a

esas familias, antes de que les separen y les rompan el corazón. Y les lleven al matadero.

Esa mirada de su hijo, ese orgullo y amor de su madre. Esa esperanza en sus ojos de que quizás a este hijo no se lo arrebatarán. Ese momento en el que se acercan a la valla y te acercas a ellos, y el pequeño ternero se sobresalta, se esconde tras la protección de su madre, y al sentirse seguro asoma su cabeza con la curiosidad de un bebé. Esos momentos tan hermosos y que hacen de este mundo un lugar mejor. Esos momentos tendrían que ser eternos, porque significaría que todo animal es cuidado, protegido, y tiene la oportunidad de vivir una vida que sea digna de ser vivida. Que valga la pena vivir.

Esa no es la mirada de Marius ni de casi ninguno de los animales que viven en el Santuario. Porque aunque mantengan la inocencia, han sufrido, y mucho. Y una parte de ese brillo se atenúa, desaparece. Pero poco a poco recuperan una parte. Y el reflejo de esa luz es la motivación que todo humano necesita para hacer lo que hacemos en Fundación Santuario Vegan. Mirarles a los ojos, ver quién se esconde tras ellos. Ver más allá de «solo un animal» y entender que hay alguien que te mira y que se pregunta si le dejarás ser feliz.

Y devolverles la mirada con una respuesta que les dice:

—Sí, puedes seguir haciendo lo que hacías. Voy a cuidar de ti.

Esto es algo que he hecho con Marius casi cada día que me he cruzado con él. Y no sé si le ha ayudado a sentirse tan feliz como parece serlo en el Santuario. Desconozco si me ha llegado a entender. Pero yo sí que siento esa inocencia en su mirada, en la de cada habitante del Santuario. Y creo que el mundo cambiaría su manera de ver a los animales si pudiesen hacerlo también.

Napo y Flor. Amor de verdad

Recuerdo el día en que Laura me contó la historia de un cordero que había nacido especial, muy especial. Y cuando me enseñó la foto, sentí mucha lástima, pero me enamoré de él.

Era un cordero de apenas un mes que había nacido con el esternón hundido. Algo así como si nos creciese el esternón del revés.

Una persona maravillosa que vivía en Ibiza lo había encontrado llorando con horas de vida. Junto a su casa había una pequeña explotación de ovejas y ese bebé no podía ni caminar. Se lo llevó, lo cuidó y alimentó. Le llevó al veterinario y le dijeron que tenía muy pocas esperanzas de salir adelante, pero ella sentía que era alguien especial e iba a luchar por sacarlo adelante. Y así lo hizo. Aunque tuvo varios sustos, consiguió que superase el primer mes. Y le llamó Napoleón.

Napoleón vivía con ella en casa. Llevaba pañales y le encantaba tumbarse cerca de la chimenea. Tanto que en una ocasión se quemó la lana de la zona del muslo. Pero sabía poco más de él más allá de que alguien estaba dispuesto a todo para salvar su vida.

Ella habló con Laura y le dijo que cuando pasase un tiempo y viese que ya podía viajar sin riesgo, le traería al Santuario. Y así fue.

A su vez nos llegó otro caso de una corderita en Asturias que tenía dos meses y sufría laxitud en todas sus articulaciones, de manera que no podía apenas sostenerse en pie.

Y el mismo día que llegó Napoleón, unas voluntarias fueron hasta Asturias para traer a esa corderita que también necesitaba nuestra ayuda. Todo esto sucedió mientras empezaban a saltar las alarmas por la COVID, a principios de 2020.

Primero llegó Napoleón, y la verdad es que impresionaba verle. Era un cordero blanco como la nieve y con una mirada muy dulce. Sus orejas caían hacia los lados dándole una enorme ternura. Y su cuerpo, con forma de avispa, no daba la impresión que había imaginado. Porque al tener el esternón hundido tenía una caja torácica mucho más pequeña y los hombros muy separados. La cintura era diminuta y el resto del cuerpo tenía el tamaño normal. Pero Napoleón se encontraba muy bien. Había aprendido a tomar biberón de una manera específica y nada más llegar le dimos uno. Era divertido, aunque estaba tan poco acostumbrado a los demás animales que se sentía algo desorientado.

Poco después llegó la otra cordera, y eso sí que fue un flechazo. Era muy pequeña, con una lana dura y rizada y pelo negro. Y unos ojos que parecían pequeños botones que relucían con la luz del tubo de neón.

Como nos habían contado, era incapaz de mantenerse en pie. Pero ya habíamos preparado una silla de ruedas y la dejamos ahí nada más llegar. Y lo primero que hizo fue mirar a Napoleón y se le iluminaron los ojos. Es cierto, no es una forma de hablar. Eso sí fue un flechazo, un amor a primera vista.

Flor intentó acercarse a él con la silla, aunque no tenía mucha práctica. Así que, al entender lo que pretendía, la aproximé hasta él. Napoleón le acercó su boca, la olió, se miraron, pero luego siguió a lo suyo. Y Flor intentó seguirle. Así que estuve un buen rato siendo el copiloto de la silla de Flor para que estuviese con Napoleón.

Napoleón durmió esa noche con la persona que le había cuidado. Nos pidió hacerlo de esa manera porque así él podía acostumbrarse al nuevo hogar, y ella podía hacerse a la idea de la despedida. Flor durmió conmigo, con pañales también, y estuvo muy tranquila toda la noche.

A la mañana siguiente les dejé en la cuarentena donde

iban a estar un tiempo, que iba a ser su dormitorio. Y allí presencié una de las imágenes más bonitas que he visto y que pude grabar.

Napoleón ya estaba dentro tumbado cuando llevé a Flor. Entré con ella en brazos y la senté en mi regazo porque no estaba la silla y no quería dejarla en el suelo. Y entonces Flor empezó a mirarle y de nuevo se le iluminaron los ojos. Y comenzó a hacer esfuerzo para bajar al suelo. Pensé que estaba incómoda, así que la dejé en la parte que más viruta tenía. Y apenas rozó el suelo, empezó a arrastrarse, casi sin poder moverse, hasta Napoleón. Estaba hecha polvo, con las extremidades que le miraban cada una hacia un lado, andando sobre codos y rodillas. Seguramente sentiría dolor y preferiría estar en un sitio más cómodo. Pero todo eso no le importó. Flor empezó a caminar hacia Napoleón, como pudo, y se tumbó a su lado, totalmente pegada a él, y se le puso una cara de inmensa felicidad. Era evidente que una relación muy especial acababa de nacer.

Al tercer día la persona que había rescatado a Napoleón tuvo que volver a Ibiza por su trabajo y desde ese momento empecé a dormir con los dos en la habitación. Flor dormía conmigo en la cama y Napoleón en la cama que tenía a pies de la mía. Bueno, esa era mi intención, porque lo cierto es que Flor, pasado un rato en mis brazos —e intentando aprender a tomar biberón, algo que nunca consiguió— insistía en que la bajase al suelo para estar con Napoleón. Así que la segunda noche tuve que llevar otra cama de perro para que pudiese dormir junto a él.

Esa misma semana vino la veterinaria a hacerles una revisión. Le hizo radiografías y ecografía a Napoleón y la noticia que nos dio no fue muy buena. El esternón hundido no era solo una cuestión estética. En realidad eso provocaba que hubiese menos espacio dentro de su caja torácica, pero los órganos internos eran del tamaño normal. Es decir, tenían menos espacio. El corazón, por ejemplo, estaba aplanado en vez de tener la forma normal. Otra cuestión que podría ser grave en un futuro, aparte de posibles problemas de columna, era que su esófago se estrangulase en su paso hacia sus cuatro estómagos,

ya que la unión entre la zona del esternón y el abdomen era la más estrecha de todas. Pero Napoleón estaba muy bien de salud y ánimo.

A Flor le pusimos varias férulas para que aprendiese a caminar de nuevo con la intención de que sus articulaciones no se debilitasen aún más. Y empezó su rehabilitación.

La rehabilitación consistía en llevar las férulas buena parte del día y ayudarle con la silla de ruedas o con un arnés. La idea era que cogiese fuerza y pudiese tener las extremidades en su posición sin que se abriesen. También empezamos con ejercicios en una piscina que compramos para ella, para que pudiese muscular y tener aún más fuerza. Y la verdad es que hacía progresos y podía sostenerse en pie con las férulas y caminar por sí sola con un poco de asistencia.

El problema llegó con las restricciones de la COVID, porque durante las primeras semanas nos quedamos solos

Laura y yo en el Santuario y apenas teníamos tiempo para todo. En esas condiciones una parte del trabajo se resintió, entre ellas la rehabilitación de Flor, a la que intentaba dedicar todo el tiempo posible, pero no era suficiente. Y por ese motivo empeoró un poco.

Cuando, pasadas pocas semanas, pudieron volver los voluntarios, se continuó con el trabajo y la rehabilitación de Flor, aunque ya había perdido parte de sus progresos y ahora el objetivo era que las extremidades se quedasen con la suficiente rigidez como para permitirle caminar.

Flor seguía enamorada de Napoleón y él la quería, pero era más independiente. Napoleón siempre fue de esos seres que ves y sientes que tienen un mundo interior en el que se refugian. Tenía mucho carácter y genio, aunque era un buenazo. A veces, cuando salíamos a pasear, se acercaba al recinto de la guardería —eran ovejas más mayores que él— y se quedaba ahí pegado, esperando a que los de dentro acercasen su cabeza a la suya y se comunicasen de la manera en que lo hacen. Y luego les miraba, quizás pensando porque sentía que era diferente a ellos. En el Santuario los esfuerzos están dedicados a que todos los animales se sientan uno más sin tener en cuenta su condición. Así que le cogía en brazos y

entraba con él y esperaba que los otros se acercasen y le oliesen. Y luego le dejaba en el suelo y él intentaba jugar. Pero no sabía que era mucho más frágil y que podían hacerle daño, y por eso yo iba regulando sus juegos.

Mientras tanto, Flor les miraba desde fuera tumbada y sin quitarles ojo. No le interesaba ninguna otra oveja que no fuese Napoleón.

A primeros de abril contraje COVID 19 y estuve un mes en cuarentena en una de las dos casas del Santuario. Todo ese tiempo no pude ver a nadie, incluidos los habitantes. Fue un mes muy frustrante porque tuve síntomas durante solo dos días, aunque seguía dando positivo en los test rápidos. En aquel entonces se sabía poco de la COVID.

Cuando me hice la última prueba, el 1 de junio, el doctor me dijo que me reincorporase, que era seguro que ya no tenía el virus. Y lo primero que hice al llegar al Santuario fue ir a ver a Flor y Napoleón. Y allí conocí a una recién llegada, una cabrita bebé llamada Menta.

Flor y Napoleón ya dormían fuera en su dormitorio porque, además, había dejado de hacer frío. Y Menta vivía con ellos.

Justo antes de enfermar me pareció que Napoleón y Flor se movían muy poco y necesitaban algo más de vida, de alegría.

Ella estaba muy limitada y Napo tenía muy poca resistencia por el espacio que le quedaba a su corazón y pulmones. Y cuando les vi allí con Menta, que era un pequeño terremoto que no paraba de morderles las orejas, saltar sobre ellos e invitarles a jugar, me di cuenta de que era justo lo que necesitaban. Además, parecía que a Flor le gustaba eso de tener una hermana pequeña. Y esa fue una faceta suya que me sorprendió y me hizo amarla aún más.

Tal y como estaban me parecía la pareja, o mejor dicho, el trío, más bonito y feliz que pudiera recordar. Siempre he pensado que la condición física y las capacidades no determinan en modo alguno tu «normalidad» ni tu capacidad de ser feliz. Y disfrutaba muchísimo pasando tiempo con ellos, haciéndoles fotos y dándoles un poco de amor.

Pero doce días después de mi vuelta, Napo comenzó a encontrarse mal. Llamamos a la veterinaria y le hice caminar por si estaba sufriendo algún tipo de cólico. Y recuerdo que él me seguía. Le pusieron una vía y le pasamos suero, tratamiento para el dolor y todo lo que se consideró necesario. Y pareció mejorar.

Después de comer empezó a fatigarse y a empeorar, y no pudimos hacer nada. Moría en nuestros brazos mientras intentábamos agarrar su vida como fuese para que no abandonase su cuerpo, sin recordar en ese momento que es algo que no podemos hacer. Ojalá pudiésemos. Ojalá pudiésemos saber cuándo nos va a dejar un ser querido y despedirnos como nos habría gustado. O evitarlo y dejarle disfrutar su vida un tiempo más, un día más.

Napoleón se fue así ese día y de nuevo algo se me rompió por dentro.

Flor echó de menos a Napoleón en ese mismo instante. Esa noche estuvo deprimida y apenas comió. Temíamos que estuviese enferma también, pero a la mañana siguiente empezó a comer con normalidad. Menta, la bebé, la estaba animando con sus travesuras y pidiendo ser todo el rato su centro de atención. Pero su mirada no era la misma.

❁ ❁ ❁

Los animales sienten de manera muy parecida a nosotros, y saben cuándo alguien se va. Cuando Napoleón murió, le dejamos un rato con Flor y ella se acercó a él como de costumbre. Pero al olerle algo cambió en su mirada, aunque no se apartó de su lado. Estuvo apática y no hacía caso a Menta y a los mordiscos que le daba en sus orejas.

Flor no volvió a ser la misma. No es que sea infeliz, más bien se ha vuelto independiente y ya no busca a nadie como a un ser amado. Ahora tiene un gran amigo que se llama Madroño. Es una cabra que llegó poco después de la muerte de Napoleón. Tenía un mes de vida y padece hemimelia radial, es decir, no tiene radio en una extremidad. Eso quiere decir que su extremidad es más corta, curvada y sin fuerza. Eso que les hace parecer un cangurito.

❁ ❁ ❁

Desde el principio Flor se volcó en él como una madre con su hijo. Bueno, más bien, como una hermana mayor. Los dos tienen diversidad funcional y se entienden perfectamente. Madroño la ama y Flor le quiere mucho, pero no es como lo que ella sentía por Napoleón. Le quiere como a un hermano pequeño y a Napoleón, él... no sé cómo describirlo. Pero eso era amor de verdad.

Hoy Flor es feliz en la zona de cuidados especiales con otros animales rescatados que tienen diversidad funcional. Y a veces, cuando la miro rumiar y mirar al horizonte, pienso que, quizás, se acuerde de Napo tanto como me acuerdo yo.

El día que murió Napoleón salió un arco iris enorme en el Santuario. No sé si fue una señal o que pasó. Porque hay una leyenda sobre el puente del arco iris que aparece cuando un animal muere y es el camino que le lleva al cielo de los animales. A veces me gusta pensar que es cierto, pero otras prefiero que no. Porque quisiera que ese lugar que tienen reservado fuese el mismo al que iremos nosotros los humanos. O al menos al que iré yo.

Fresno. El caballo olvidado

Una mañana de verano, a primeros de agosto, Laura me contó que le habían dado un aviso. Cerca de donde está ubicado el Santuario, habían abandonado a muchísimos animales y estaban siendo decomisados para buscarles un nuevo hogar.

Y me dijo que teníamos que ir a por un caballo anciano. Así que preparé el remolque, la viruta, las barras separadoras, lo enganché al coche y esperé a que Laura terminase de preparar los últimos detalles. Y salimos hacia allí.

El trayecto fue breve, la verdad, acostumbrado como estaba a viajes de varias horas para llegar a diferentes puntos de España. Y al acercarnos nos dio paso un agente del Seprona, que estaba controlando los vehículos que entraban y salían del lugar abandonado.

Tras encontrarnos con la persona que llevaba el caso, de otra asociación, nos llevó hasta donde estaba el caballo, aunque para llegar allí antes tuvimos que esquivar varios gallos y gallinas de pelea que corrían asustados por todas partes. Era un espectáculo muy triste pensar que todos esos animales estaban allí sin que nadie lo supiese, y que ahora ¿quién se iba a poder hacer cargo de ellos?

El caballo que teníamos que recoger estaba metido en una nave de chapa. Al ir a entrar deseé que no estuviese en ese sitio metido porque era verano, primeros de agosto, como he dicho, y si ya hacía calor fuera, no quería ni imaginar la temperatura a

la que podría estar dentro.

Entramos en la nave y vi lo que había. Básicamente maquinaria y herramientas variadas. Y a un lado, sin moverse ni un milímetro pese a no estar siquiera atado, muerto de calor pero sin ningún gesto que lo mostrase, esperaba un caballo enorme y esquelético.

Nos acercamos a él y apenas se inmutó. Con el calor que hacía tardamos poco en empezar a prepararle. Yo fui a por el remolque mientras Laura le ponía la cabezada y el ramal —la correa—. Y en cuanto le hizo un pequeño gesto, le siguió sumiso y obediente, y entró al remolque sin titubear. Tened en cuenta que los animales, en general, no quieren entrar a los remolques y cuesta varios intentos. Pero el caballo entró a la primera.

Y una vez dentro fue cuando me di cuenta de lo enorme que era. Tanto que tenía que agachar la cabeza porque le daba contra el techo. Era un caballo que estaba en los huesos, pero de una altura increíble.

Yo estaba acostumbrado a animales grandes y altos. En el Santuario ya vivían animales así, como Yeti, un semental de pura raza española. O a Javi y Marius, dos toros que rondaban los mil kilos. Pero no era comparable a la altura a la que quedaba la cabeza del caballo que estábamos rescatando.

Una vez dentro del remolque, nos acercamos un momento a ver a los otros animales que había. Fuimos a una zona de pollitos de raza de pelea que corrían entre caravanas haciendo imposible coger alguno. Pero finalmente conseguimos llevarnos a dos. No era mucho para la cantidad que allí había, pero en el Santuario vivían tantos gallos y gallinas que no podíamos llevar a más. Así que con los tres animales en el vehículo, los pollitos en transportín y el caballo en el remolque, salimos de vuelta al Santuario.

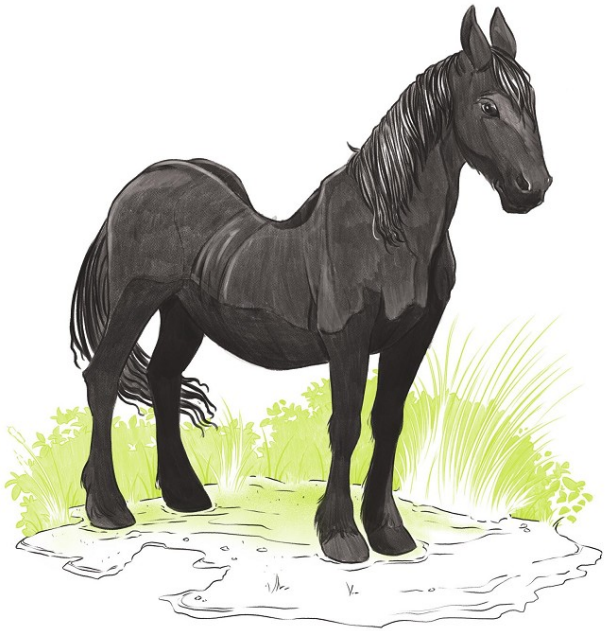
Fue un viaje tranquilo y sencillo. Al fin y al cabo eran unos treinta kilómetros lo que teníamos que recorrer. Pese a todo, se hizo bastante largo. Siempre sucede cuando piensas en la cantidad de animales que dejas atrás, en los que no has podido salvar. Pero la naturaleza de un Santuario es esa. Rescatas animales que van a vivir en el refugio toda su vida. Y vas a

intentar que sea lo más larga posible. Y al tener recursos y espacio limitado, hay un número de animales a los que puedes acoger.

❁ ❁ ❁

Ojalá el planeta fuese un enorme santuario donde todos los animales viviesen en paz, fuesen amados y cuidados y pudiesen ser felices. Pero no es así. Y pese a ello, pequeños proyectos de Santuario van surgiendo por todas partes con el objetivo de hacer lo que podamos y llegar hasta donde podamos llegar. Y más allá de los animales que rescatamos, un Santuario inspira a otros a hacer lo mismo. Y sus historias, sus rescates, cuando la gente las conoce, esa es la semilla de un mundo mejor. Por ese motivo siempre tienes un conflicto interno, una emoción agridulce, cuando rescatas a unos animales y dejas a otros atrás. Al menos en este caso, había varias asociaciones y protectoras involucradas y volcadas para intentar ayudar a la mayor cantidad posible.

❁ ❁ ❁



Bueno, volviendo a la historia del rescate, tardamos poco en llegar al Santuario. Y al hacerlo bajamos al caballo y lo llevamos donde iba a pasar unos días de adaptación y cuarentena. Ahí le exploramos y fuimos conscientes de su extrema delgadez, y me fijé más en un detalle que había visto pero, con las prisas, no con la suficiente atención: su espalda estaba tan curvada por la carga a la que le habían cometido que casi hacía forma de u. Era terrible.

Es en esos momentos cuando te das cuenta de hasta qué punto es capaz de llegar el ser humano. No solo estaba tan delgado que se le marcaba cada costilla y casi podías hacer un estudio anatómico de los huesos de un caballo. Sino que, además, le habían destrozado la espalda hasta un límite inimaginable.

Cuando dejamos de prestarle atención y le quitamos la cabezada se fue directo a la forrajera, que estaba repleta de heno, seguramente el mejor que nunca hubiese visto. Y se puso a comer. Buena señal, la verdad. Entre que se movía con mucha más agilidad de la esperable y que tenía apetito, la cosa no

pintaba tan extremadamente mal.

Cuando nos aseguramos de que estaba bien nos fuimos de nuevo al lugar del abandono. Nos habíamos comprometido a echar una mano con el transporte de algunos animales, y estuvimos ocupados todo el día.

A la mañana siguiente vino la veterinaria a revisarlo y, como imaginaréis, quedó sorprendida ante lo que vio. Le dimos un baño porque estaba realmente sucio y le hizo una exploración. Con el pelo mojado era mucho más impactante tanto su extrema delgadez como la curvatura de su espalda. Nos dijo que era muy anciano y en la documentación se indicaba que tenía treinta años. ¡Treinta años! ¿Tanto tiempo ha estado en manos de alguien que ha sido capaz de llevarle hasta ese estado miserable de salud? El problema de los animales cuyo fin no es ir al matadero, es que su sufrimiento se prolonga durante mucho más tiempo. Como en el caso de este caballo. Nos dijo también que su espalda, para bien o para mal, ya estaba deformada, pero que seguramente se había adaptado a ella y no le provocaría mucho dolor. Ya no. Nos dijo que, además, tenía un soplo en el corazón. Que no era alarmante, pero que podría darle problemas por la edad.

Y con toda esa información en la cabeza, cuando me quedé solo con él, le miré a los ojos con detenimiento por primera vez. Y no os imagináis cómo son sus ojos, cuánto transmite su mirada. Estaba apagada, pero era como si se viese, al fondo, una pequeña chispa contenida, un deseo oculto, pero inmenso, de vivir. Y quizás por ese motivo había aguantado esa vida terrible durante treinta años.

❁ ❁ ❁

Le llamamos Fresno. No por ningún simbolismo, si no, simplemente, porque nos parecía que le quedaba muy bien. Y cuando lo presentamos al público, la reacción de la gente fue impresionante, porque la mayoría nunca había visto un caballo así. Hasta vinieron de televisión para hacerle un pequeño reportaje.

Fresno, el caballo olvidado que iba a empezar una nueva

vida, tenía una magia especial para tocar el corazón de la gente. Al principio era muy tímido, pero estaba tan acostumbrado a obedecer órdenes y ser sumiso, que se dejaba querer sin querer. Aunque eso le vino muy bien porque tardó poco en descubrir lo que se siente cuando te muestran cariño y te dan amor, algo que él no había sentido en su vida. Seguramente solo conocía los golpes, las amenazas y una completa falta de atención.

Fresno era un caballo que había estado sometido durante treinta años y no sabía que el mundo podía ser diferente. Conocía solo una cara de la moneda, una en la que la indefensión adquirida era la única forma de sobrevivir. Y poco a poco su mundo empezó a llenarse de luz y a brillar.

Fresno tenía la boca como un verdadero anciano, lo que quiere decir que apenas podía alimentarse de forraje largo y duro. Por ese motivo se alimenta de papillas principalmente. Son unas especiales para caballos que les ayudan a digerir el alimento y a ganar mucha peso y mantenerse sanos.

Con el paso de los días, y luego de los meses, Fresno empezó a mejorar de una manera increíble. Su pelo comenzó a brillar, su cuerpo se llenó de músculo y su mirada, sobre todo sus ojos, se llenaron de esa llama que se ocultaba en su interior y empezaron a adquirir esa chispa que tiene cualquier animal rescatado que desea tanto vivir.

Fresno tenía un buen amigo, Algarrobito, un pequeño poni de su edad que rescatamos del mismo lugar que él. Pero su ánimo cambió realmente cuando le presentamos a Avellano, un caballo de veinticinco años que habíamos rescatado un mes antes que él y que llegó incluso en peor estado de salud. Estuvo tanto tiempo separado recuperándose que tardamos en presentarle a otros habitantes porque queríamos asegurarnos que tuviese la suficiente fuerza, de nuevo, como para que un empujón de Fresno no le tirase al suelo.

La conexión entre ambos fue inmediata. Y hoy son inseparables. Duermen separados y Avellano y Fresno cada mañana esperan impacientes el momento de reunirse y ya no se separan en el resto del día.

Es maravilloso ver cómo se recuperan animales que llegaron a estar tan graves de salud y ver también la manera en

la que llegan a amar su nueva vida. Esos cambios en su comportamiento, en su mirada. Esa manera que tienen de ganar confianza en sí mismos y atreverse a intentar quitarte la comida que llevas para otros. En esencia, esa forma que tienen de volver a ser lo que siempre fueron: animales. Como lo somos todos.

Solo les falta hablar
Laura Luengo y Eduardo Terrer

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de cubierta: © Planeta Arte & Diseño
Ilustraciones de cubierta: © Freepik
Diseño de interiores: María Pitironte
Ilustraciones de interiores: Rita Muñoz Delgado

© Laura Luengo, 2022
© Eduardo Terrer, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2022

ISBN: 978-84-270-4980-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!